GABRIEL MERINO

Las dos noblezas

DRAMA

EN CINCO ACTOS Y SEIS CUADROS

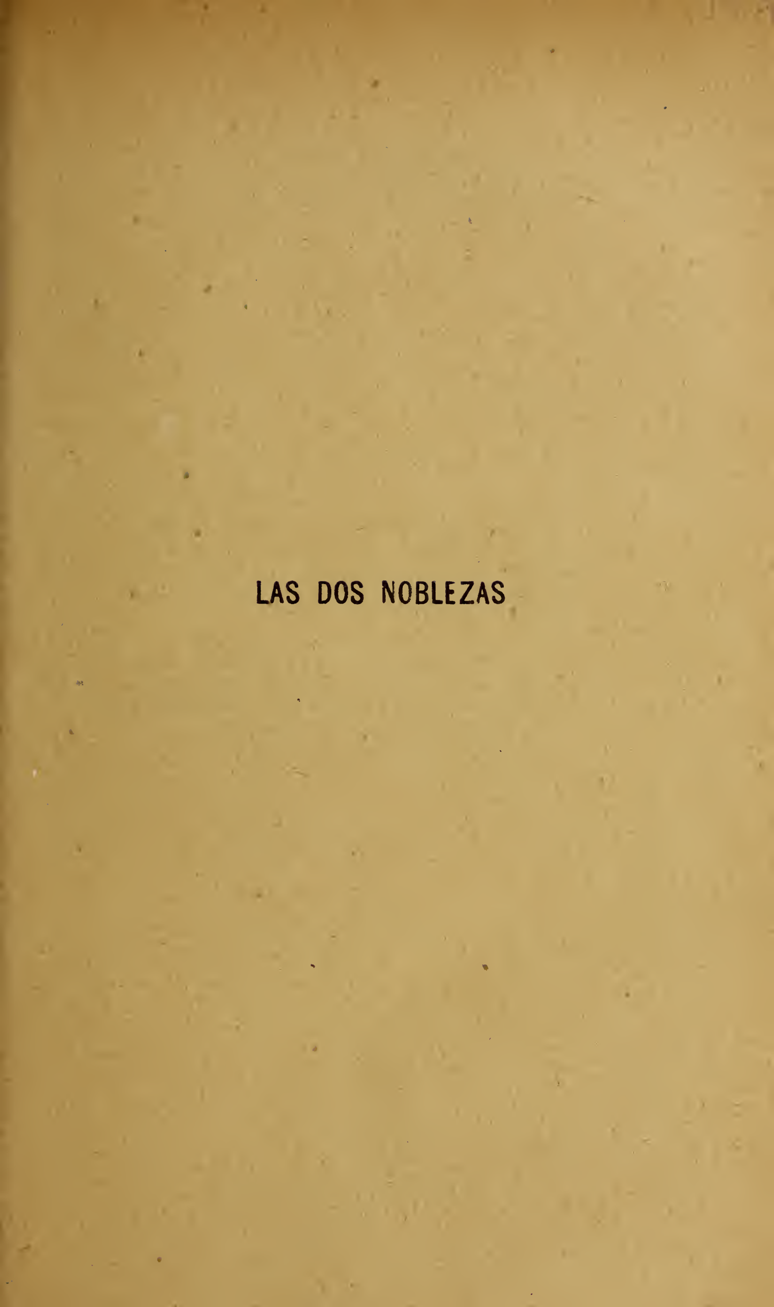
PRECEDIDO DE UN PRÓLOGO EN DOS

INSPIRADO EN UNA OBRA FRANCESA Y ESCRITO EN PROSA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1903



LAS DOS NOBLEZAS

LAS DOS NOBLEZAS

DRAMA

EN CINCO ACTOS Y SEIS CUADROS

PRECEDIDO DE UN PRÓLOGO EN DOS

NSPIRADO EN UNA OBRA FRANCESA Y ESCRITO EN PROSA

POR

GABRIEL MERINO

Estrenado en el TEATRO DE NOVEDADES la noche del 17 de Noviembre de 1903



MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11

Teléfono número 551

1903

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
LA SEÑORA JUANA	Sra.	Santoncha.
MARGARITA	Srta.	Martín Gómez.
ENRIQUETA DE PARDIAC	Sra.	Caire.
LA SEÑORA CATALINA		Guijarro.
FIFITA, niña de 6 años	Niña	Povedano.
ROSA	Srta.	Herreros.
CASILDA		Envid.
ALDEANA 1.ª		Gutiérrez.
IDEM 2.ª		Fernández.
ROBERTO DE BENONVILLE	Sr.	Hompanera.
EL SEÑOR ANDRÉS		Campos (J.)
ARMANDO DE PARDIAC		Robles.
NARCISO		Chaves.
RIGOBERTO		Coduras.
EL DOCTOR IZET		García.
CARADEC		Campos (G.)
GRANDVAL		Fernández.
D'HERISEL		Barinaga.
ANTONIO		Martín.
UN COMISARIO DE POLICÍA		Coduras.
AGENTE 1.º		Sánchez.
IDEM 2.º		Barinaga.
IDEM 3.º		Fernández.
ALDEANO 1.º		Martín.

Agentes de policía y aldeanos de ambos sexos

La acción del prólogo, en 1719; el resto en 1726

El primer cuadro en Rouen; el resto de la obra en los alrededores de Etretat (Francia).



PRÓLOGO

CUADRO PRIMERO

La Conjuración

Sala corta en el castillo de Roberto de Benonville. En el centro una mesa lujosamente servida y á la cual están sentados ROBERTO, PARDIAC, CARADEC, GRANDVAL y D'HERISEL.

ESCENA PRIMERA

Los personajes citados

ROB. Bebed, caballeros. Veo con sentimiento que hacéis poco honor á mis bodegas.

ARM. Por el contrario, marqués. Hemos abusado con tal ensañamiento del Burdeos y del Borgoña, que nos será imposible apreciar en todo su valor el mérito incomparable de vuestro riquísimo Champagne, que según noticias, no lo bebe mejor ni el mismísimo Luis XV nuestro amado monarca, (Inclinándose con respeto.) que Dios guarde, ni el propio señor Regente, que Dios confunda.

GRAN. Dice bien el caballero Pardiac; si el Champagne se retrasa un poco no encontrará en nuestros estómagos hueco para alojarse.

ROB. Pues bien, señores; dediquémonos al Champagne. Yo mismo voy á tener el honor de serviros. (Descorchando una botella.)

CAR. Y brindemos porque el éxito corone nuestra patriótica empresa.

D'HER. Y por el triunfo de nuestra conspiración. (Pausa. Beben.)

ROB. Yo celebro mucho ver á mis amigos tan animados, pero no quisiera que los vapores del vino os hiciesen olvidar que el asunto que nos reune aquí esta noche es demasiado serio.

ARM. ¿Y quién lo olvida? Harto sabemos que cada uno de nosotros se juega la cabeza en este negocio; pero eso, antes que un peligro, es un estímulo para trabajar con mayor esmero porque el que más y el que menos desea que permanezca sobre sus hombros este pequeño artefacto que tan necesario es para la conservación del individuo; ¿no os parece?

GRAN. Y D'HER. Conformes.

ARM. Yo, por mi parte, pienso defenderla á toda costa.

ROB. Ya sabéis de lo que se trata...

ARM. De una buena obra; de quitar de en medio al Regente.

ROB. El señor barón de Caradec, aquí presente, viene en nombre del comité bretón á ponerse de acuerdo con nosotros y á establecer un pacto de mutua reciprocidad...

ARM. Que nosotros firmaremos muy gustosos. Los normandos no ceden á los bretones en su amor ni en su fidelidad á nuestro Rey, y si Nantes se apresta á secundar el movimiento que informa nuestra conspiración, la ciudad de Rouen no ha de quedarse atrás en este patriótico empeño.

ROB. Ya lo oís, barón; os encontráis en presencia de los elementos más importantes de nuestra causa. La Normandía no espera más que una señal.

CAR. Esa señal se dará muy pronto.

GRAN. ¿Desde Nantes?

CAR. No; desde París.

D'HER. ¿Cómo?

CAR. Esa señal será la muerte del Regente. (*Confidencialmente y con misterio.*)

ROB. ¿Tan adelantados están los trabajos?

CAR. ¡Por Dios y por el Rey! Hé aquí nuestra divisa. ¿Creéis que íbamos á caer en la candorosa inocencia de la conspiración de Cellamare? Entonces solo se pensó en desterrar al Regente, sin comprender los peligros que ofrecía el atravesar el reino con un prisionero de esa importancia.

ROB. Es cierto.

ARM. Tenéis razón; por eso lo mejor es quitar estorbos.

CAR Una vez muerto el Regente, proclamaremos al duque de Maine Intendente general del reino, y es de suponer que la Francia toda secunde el esfuerzo y la iniciativa de Bretaña.

ROB. Nosotros respondemos de la Normandía.

CAR. ¿Lo juráis por vuestro honor?

TODOS ¡Lo juramos! (*Levantándose con solemnidad.*)

CAR. Celebro vuestra decisión, pero como es conveniente prevenir todas las contingencias, si por desgracia fracasa nuestra tentativa, los que puedan burlar la persecución de la policía y logren salvarse, quedan obligados á amparar á las viudas y á los huérfanos de los que sucumban como mártires gloriosos de nuestra causa. Así lo hemos convenido en el comité.

ROB. Y es un ejemplo muy digno de imitar.

GRAN. Está, desde luego, acordado también entre nosotros.

ARM. Por mi parte, sólo tengo una hermana, Enriqueta de Pardiac, que á mi muerte quedará pobre y sin amparo; yo os la recomiendo, señores.

ROB. Yo, en cambio, no tengo más que un pariente, que, por fortuna, no necesitará vuestro apoyo, aunque yo falte.

ARM. Ya lo creo. Como que se trata de un cardenal millonario que habita en su soberbio

palacio de Roma y que goza de poderosa influencia en la corte pontificia.

ROB. El es mi única familia, de manera que, si muero, mis amigos no tienen otra obligación que la de dedicar un recuerdo á mi memoria. En cambio, si sobrevivo, yo juro que mi fortuna estará siempre á disposición de las familias de mis compañeros.

GRAN. Gracias, señor marqués, en nombre de todos. (Llaman con pequeños golpes en la puerta del foro.)

ARM. ¿Llaman?

ROB. Y es bien extraño que los criados se atrevan á interrumpirnos después de mis instrucciones. (Abriendo.) ¿Qué ocurre, Antonio?

ESCENA II

DICHOS y ANTONIO

ANT. Venía á anunciar al señor marqués que unos aldeanos desean verle.

ROB. ¿Y no te he dicho que hoy no recibo á nadie?

ANT. Vienen de muy lejos, y además, yo creo que el señor marqués ha de alegrarse de su visita.

ROB. ¿Quiénes son?

ANT. La señora Juana Duchemin, su hija Margarita y Narciso.

ROB. ¡Ah! Para esos estoy siempre: que pasen en seguida. (Mutis Antonio.) Os he dicho que no tenía familia y es que me olvidaba de estos honrados aldeanos que habitan y cultivan mi granja de Valaine (1). Juana Duchemin es mi hermana de leche, Margarita mi ahijada y Narciso un bravo mozo con el que compartí las primeras alegrías de mi infancia. Gran placer me proporciona el verlos por

(1) Pronúnciase *Valén*.

aquí. (Yendo al foro.) Entrad, entrad, amigos míos; mi hermana Juana viene siempre á su casa.

ESCENA III

DICHOS, JUANA, MARGARITA y NARCISO

JUANA (Muy contenta y yendo á Roberto sin reparar en los demás.) ¡Querido Roberto! (Fijándose en los demás personajes.) ¡Ah! Perdonad... señor marqués.

ROB. Tranquilízate, mi buena Juana; estos señores son de gran confianza para mí y tienen como yo una verdadera satisfacción en verte.

ARM. Dice bien el marqués; nunca desagrada contemplar mujeres tan simpáticas como vos, ni caras tan bonitas como la de esta joven. (Por Margarita.)

JUANA Gracias, caballero, sois muy galante.

MARG. (Aparte.) ¡Y él nada, sin fijarse en mí! (Contrariada.)

ROB. Cierto que no pasan años por tí, mi querida Juana; estás mejor que en mi último viaje. (Los caballeros forman grupo y no dejan de contemplar á los recién llegados y de hablar entre sí por lo bajo.)

NARC. (Entusiasmado.) ¿Verdad que sí?...

ROB. En cambio á tí, amigo Narciso, te encuentro algo desmejorado y envejecido.

NARC. ¡Anda, y lo cuento de milagro! Estuve muy malo el año pasao.

ROB. ¿De qué?

NARC. Del nombre de la enfermedad no me recuerdo, pero lo que no se me olvida es que tan pronto estaba amarillo, como verde, como azul... en fin, que parecía mi cara el arco iris.

JUANA Sí; bien malo estuvo el pobre... pero, gracias á Dios y á nuestro simpático dóctor Izet, pudo salvarse.

NARC. Y gracias también al esmero con que me cuidó la señora Juana...

JUANA ¡Bah!... Yo cumplí con mi deber...

NARC. ¡Pero de qué manera, señor marqués! Era una hermana de la caridad, un ángel bienhechor, que llevaba su influencia hasta á hacer que me supieran á gloria las *melecinas* que tomaba y que, dicho sea de paso, sabían á demonios.

JUANA No le hagáis caso; Narciso me quiere mucho.

ROB. Como todo el que te conoce, querida Juana; demasiado sabemos que eres la Providencia del país.

JUANA Vaya, vaya; guardad vuestras galanterías para quien las merezca más que yo, por ejemplo, para mi chica Margarita, vuestra ahijada, que estaba loca de alegría por venir á veros y ni siquiera le habéis dirigido la palabra.

ROB. Es cierto; perdona, hija mía, (Pasando á su lado.) pero tu madre despierta en mí tantos y tan agradables recuerdos, que sin querer me distraigo. Acércate, buena moza; va á hacer dos años que te ví la última vez, y ahora te encuentro mucho más hermosa que entonces.

MARG. Es favor que me dispensáis.

ROB. Ya estás hecha una mujer; tanto, que no me atrevo á darte un abrazo sin tu permiso.

MARG. Mi padrino no necesita permiso para eso. (Con cierto rubor, pero deseándolo y acercándose.)

ROB. ¡Dios te bendiga, hija mía! (La abraza.) Convendréis conmigo, señores, en que la chiquilla es un portento. (Margarita procura disimular su emoción.)

ARM. Una delicia.

CAR. Una verdadera preciosidad.

ROB. Dame otro abrazo; no sabes el placer que tu vista me proporciona... pero, ¿que es eso... te has puesto pálida... te sientes mal? (Fijándose en la turbación de Margarita.)

MARG. No, no es nada... un poco de cansancio.

JUANA No me choca; la muchacha no está acostumbrada á viajar; es la primera vez que la saco de aquellos cuatro terrones, pero yo tenía que comprar en Rouen unas alhajillas y he

querido aprovechar la ocasión para que Margarita y Narciso vieran algo más del mundo.

ROB. Con que alhajas, ¿eh?... Por lo visto el molino y las tierras marchan bien...

JUANA No puedo quejarme; gracias al celo de mi buen Narciso y al esmero con que se lleva la labor, no nos falta el pan ni carecemos de algunos ahorrillos para repartirlos á los pobres en los años malos. Es una compensación que debo á la divina Providencia; yo no se leer ni escribir, ni tengo ilustración de ninguna clase, pero á falta de eso, nadie me gana en ordenar las faenas de mi casa, en administrar, como Dios me da á entender, mi pequeño patrimonio...

ROB. Ni en disparar una escopeta á tiempo, ¿te acuerdas?

JUANA ¡Bah! Para una vez que lo hice...

ROB. Sí, amigos míos. (Al grupo de personajes.) Aquí dónde me veis, mi queridísima Juana me libró de una muerte horrible.

JUANA Vais á recordar ahora...

ROB. Ahora y siempre; son cosas que no pueden olvidarse. Estaba yo de caza por los alrededores de Valaine y rendido por el calor y la fatiga de una marcha penosísima, sentéme á descansar en los linderos del camino y á la sombra de un árbol corpulento. Pronto el sueño se apoderó de mí, pero un sueño tan profundo que no me permitió oir los gritos de alarma ni las exclamaciones de terror que profería un numeroso grupo de hombres y mujeres que venía persiguiendo á un perro rabioso. El animal, jadeante y acosado por los aldeanos, pasó junto á mí y al divisarme quiso arrojarse sobre mi cuerpo. Pero Juana, á quien sin duda el ángel de mi guarda había llevado por allí, comprendió el peligro, y, veloz como el rayo, tomó mi escopeta que yo había dejado á pocos pasos de distancia, disparó con pulso firme y el perro cayó muerto á mi lado en el momento en que sus fauces sangrientas y espumosas rozaban mi semblante.

ARM. Fué un hermoso rasgo de valor y de serenidad.

JUANA Yo misma no supe lo que hice; la prueba es que después de disparar me desmayé del susto; como que yo era entonces una chiquilla; tenía á la sázón quince años.

NARC. Eso no quita el mérito á vuestra acción; al contrario, le aumenta. Margarita tiene diez y siete, y seguramente no se hubiera atrevido á hacer lo que vos.

MARG. ¿Yo?... ¡Claro que no! A mí no se me hubiera ocurrido más que ponerme delante de mi padrino para defenderle. (Con candorosa ingenuidad.)

ROB. Bravo, Margarita; eres un ángel. (Abrazándola de nuevo.)

ARM. (Al grupo de Caradec, Grandval y D'Herisel.) Verdaderamente que es un encanto la muchacha.

JUANA Bueno, pues á lo que venimos, porque es tarde y no podemos detenernos. Además del gusto de veros, querido Roberto, traemos el propósito de convidaros á una boda que pensamos celebrar en el molino con gran boato.

ROB ¿Una boda?... ¿Es que reincides tú, queridísima Juana?

JUANA ¡Por Dios! ¿Quién va á querer ya á una pobre vieja como yo?

ROB. ¿Vieja te llamas á los treinta y cuatro años?

NARC. ¡Pues si todas las viejas fueran como vos no tendría yo inconveniente en dedicarme á la ancianidad!

JUANA Sin embargo, cuando se ha tenido un esposo tan bueno como el pobre Pedro, que esté en gloria, y se tiene una hija tan bella como Margarita, no se puede pensar más que en rezar al uno y en cuidar á la otra.

NARC. Os engañais, señora Juana; ya os lo he dicho. Se puede pensar en algo más... (Con intención.)

JUANA Se puede, pero no se debe ..

NARC. (Aparte.) ¡Siempre lo mismo!... ¡qué manía la suya!

ROB. Pero entonces, ¿quién es la novia? ¿Es quizá mi encantadora ahijada?...

MARG. No, padrino; yo no quiero casarme... yo no me casaré nunca. (Con cierta tristeza.)

ROB. ¡Oigan!... ¡Y con qué firmeza lo dice! ¿Qué sabes tú de eso, tontuela? Eres aún muy joven para tomar esas determinaciones.

MARG. Pues á pesar de eso, yo os lo aseguro, padrino.

ROB. Entonces, ¿de quién se trata? Yo no veo que en el molino de Valaine haya otra que esté en condiciones de tomar estado.

JUANA Porque os olvidais de la señora Catalina.

ROB. ¿La señora Catalina?... ¿Pero es que ha muerto el pobre Andrés?... ¿El venerable patriarca de Criquetot?

NARC. ¡Qué se ha de morir, si está cada día más tieso!

JUANA Ochenta y cinco años cumplió el mes pasado.

ROB. Entonces, ¿con quién se casa la abuela?

NARC. Con quién se ha de casar... ¡con su marido!

ROB. Explícanos este enigma, querida Juana.

JUANA Pues es muy sencillo: los novios son Andrés y Catalina, que llevan casados cincuenta años justos y que dentro de ocho días celebrarán sus bodas de oro.

ROB. ¡Ah! vamos, ya comprendo.

NARC. Y como esto no es cosa que se ve con frecuencia, hemos querido solemnizar el acontecimiento con bailes, serenatas, meriendas y vino... ¡mucho vino!

ROB. Muy bien hecho; el señor Andrés y su venerable esposa merecen todo lo que hagais en su obsequio, y yo os prometo que, á permitírmelo ocupaciones perentorias que estos días me entretienen, tendré mucho gusto en participar de vuestros festejos, brindar por la felicidad de los novios y romper el baile con mi encantadora Margarita.

MARG. (Muy contenta.) ¿De veras... padrino?

ROB. Algo muy grave había de ocurrirme para que yo faltase á mi palabra.

JUANA Daréis una alegría inmensa á aquellos pobres aldeanos que tanto os quieren.

NARC. Y celebraremos vuestra llegada iluminando el bosque á la veneciana, alumbrando con hachones vuestro camino, aumentando el programa de festejos...

ROB. Eso... y aumentando unos cuantos pellejos de vino por mi cuenta.

NARC. Anda... ¡Pues entonces, iluminación general!

JUANA ¿Con que no faltaréis?

ROB. Iré á llevar mi regalo de boda á los novios.

JUANA A eso hemos venido á Rouen también nos otros; á comprar unas alhajas para ellos, y también para Margarita, á quien he querido feriar este medallón, (Señalando uno que lleva al cuello Margarita pendiente de una cinta.) que ella deseaba con verdadero empeño.

ROB. (Acercándose á verlo.) ¡Qué lindo es!

JUANA ¡Si supiérais lo que tiene dentro!

MARG. Vamos, madre... ¿os queréis callar? (Ruborosa.)

ROB. ¡Hola, hola! ¿Secretitos con tu padrino? ¿A ver, á ver? (Queriendo abrirlo. Margarita se retira avergonzada y confusa.)

JUANA ¿No lo adivinais? ¡Es el retrato de un guapo mozo!

ROB. Conque esas tenemos, ¿eh?... ¡No te ruborices, mujer!... enséñame ese afortunado galán.

MARG. Pero, padrino... (Retirándose.)

JUANA Déjale, á ver si le conoce. (Roberto abre el medallón y mira.)

ROB. ¿Cómo? ¡Este es un retrato mío! (Sorprendido.)

JUANA ¡Justamente! El que regaló á mi difunta madre la señora marquesa en recuerdo de haberos criado con tanto esmero. Margarita lo tiene siempre guardado, y ayer, al preguntarle con qué quería que la obsequiara, me dijo que con un medallón; se lo he comprado, y ahí la tenéis con su padrino al cuello constantemente.

MARG Si esto os disgusta, padrino, perdonadme.

ROB. ¿Disgustarme? ¡Todo lo contrario! ¡Pues apenas agradezco yo esa cariñosa distinción!...

Tanto, que voy á completar lo que te falta. Quítate esa cinta y coloca en tu garganta esta cadena de oro; también ha pertenecido á mi madre, y en su santa memoria te la entrego. (Se quita la cadena la besa y se la da.) De esta manera tendrás un recuerdo de ella y otro mío.

MARG. Gracias, padrino. ¡Qué bueno sois! (Besa la cadena, coloca en ella el medallón y vuelve á ponérselo en el cuello.)

JUANA Y ahora, adiós, querido Roberto; conste que os esperamos.

ROB. No lo olvidaré.

MARG. Yo os escribiré para recordároslo.

JUANA (Al grupo de invitados.) Adiós, señores, y no hay que decir que tendríamos igualmente una alegría muy grande en verles por allá para que participaran de nuestra pobreza.

ARM. Gracias, buena mujer; quizá acompañemos á Roberto.

CAR. A ser posible, con verdadero placer.

D'HER. Y llevaríamos también nuestro presente á ese par de tortolitos.

MARG. Adiós, padrino. (Volviéndose á los demás y haciendo una reverencia.) Soy vuestra humilde servidora.

ARM. Y nosotros, admiradores y vasallos de tu belleza, hermosa Margarita.

JUANA Hasta la vista; vamos, Narciso.

NARC. Señores... como representante de la juventud rural de Criquetot, y en nombre del personal subalterno del molino de Valaine, me alegraré una barbaridad en ver por el molino á tan ilustres caballeros... y el molino se honrará mucho con ver en el molino... (Aparte.) ¡y dale, molino!

ROB. (Riendo.) Basta, amigo Narciso, no te molestes.

NARC. En fin, señores... yo... (Pausa. Dudando y sin saber lo que decir. De pronto rompe y dice:) Muy buenas noches. (Sale corriendo entre las carcajadas de todos.)

ESCENA IV

ROBERTO, PARDIAC, GRANDVAL, CARADEC y D'HERISEL

CAR. ¡Qué familia tan agradable!...

ARM. ¡La señora Juana es una viuda á la que se podía consolar sin gran sacrificio!

ROB. Es gente á la que debo muchas atenciones. Ya lo sabéis, señores; si la fatalidad me lleva á perecer en nuestra empresa, yo os ruego que no abandonéis á Margarita Duchemin, mi encantadora ahijada.

ARM. Es un deber que cumpliremos fielmente.

ROB. Y ahora... (Llenando las copas.) Por el triunfo de nuestra causa.

CAR. Por nuestro amado monarca. (Levantando las copas.)

ROB. ¡Viva el Rey!

TODOS ¡Viva!...

MUTACION

(A la vista, dejando obscuro el teatro mientras se quita la mesa y desaparecen los personajes.)

CUADRO SEGUNDO

Bodas de oro

Una sala baja de la granja de Valaine. Al fondo izquierda una gran ventana ó galería de cristales que deja ver el patio de la granja con algunos árboles. A lo lejos se ve el molino. Foro derecha la puerta de entrada. En el lateral izquierdo una puerta en primer término, y en segundo, otra puerta frente al público, es decir, un trasto que forma ángulo con el del primer término. En el lateral derecho gran chimenea de campana en primer término, y puerta en el segundo. Sillas y taburetes de madera. Algunos cacharros en la chimenea. Una mesa grande como para doce cubiertos; otra mesa de madera pequeña con vasos y botellas, á la izquierda entre las dos puertas.

ESCENA PRIMERA

JUANA y NARCISO. La primera, sentada en una silla baja, está peinándose, teniendo el espejo colocado en otra silla alta delante de ella

NARC. (Dentro, foro.) ¡Señora Juana! ¡Señora Juana!

JUANA ¿Qué hay, Narciso?... Aquí estoy...

NARC. (Entrando.) ¡Buenos días, mi ama!... ¡Hola, hola! estais arreglándoos para la boda, ¿eh?

JUANA Sí, hijo mío; hay que presumir un poquito. Y eso que hoy no he tenido quien me ayude, porque como Margarita anda ocupada en vestir á la novia...

NARC. Para estar guapa no necesitais á nadie.

JUANA ¡Este Narciso, siempre tan galante!

NARC. ¡Y esta señora Juana, siempre tan apetitosa!

JUANA Vaya, vaya, cambiemos de conversación; ¿de dónde vienes? (Levantándose y retirando las sillas.)

NARC. De la vecina playa de Etretat, de ajustar el mejor pescado para la comida de boda. Casilda lo traerá luego. Por cierto que según he oido en el mercado hay novedades políticas de importancia.

JUANA ¿Sí, eh?

NARC. Corren rumores de haberse descubierto una conspiración contra el Regente, y he oído que la policía ha hecho numerosas detenciones en París, en Nantes y en Rouen.

JUANA ¡Demonio! ¿Estaremos seguros?

NARC. Nosotros, sí; ¿qué podemos temer? Pero se dice que hay muchos nobles comprometidos en el asunto, y que la política anda muy revuelta.

JUANA Pues allá ellos; nosotros con que el molino marche bien y Dios favorezca las labores del campo, tenemos resuelta nuestra verdadera política, ¿verdad, Narciso?

NARC. ¡Ya lo creo! No hay cosa mejor que no meterse en *ná*, ni tener ambiciones. En conservando lo que Dios nos ha dado, ¿*pa* qué quiere uno más?

JUANA Dices bien; por eso estoy yo preocupada.

NARC. ¿Vos? ¿Y por qué?

JUANA Ya ves; los abuelos están con un pie en la sepultura, como suele decirse. Margarita es todavía una niña; muertos mis padres y mi marido, si yo falto por desgracia ó caigo enferma, ¿quién cuidará nuestra hacienda, quién se encargará de la granja y del molino?

NARC. Por Dios, señora Juana; yo creo que no os he dado motivo para que me ofendais de esta manera. (Compungido.)

JUANA ¿Ofenderte?

NARC. Toda mi vida he procurado cumplir lo mejor que he sabido; he puesto en los trabajos de vuestra casa más interés que si fuera mía... Si á pesar de *tó* esto creeis que no sirvo *pa* el caso ni sé cumplir con mi obligación... hacéis mal en tenerme á vuestro lado; yo me marcharé, sí, me marcharé de aquí con el corazón hecho *piazos*, pero con la *concencia mu* tranquila... (Todo este párrafo lo dice entrecortado por los sollozos y «haciendo pucheros», hasta que al final rompe á llorar desesperadamente.)

JUANA Vamos, no seas tonto. ¿Quién habla aquí de

que no sirvas, ni quién pone en duda tu buena fe? Demasiado sabes, por el contrario, que todos te debemos gratitud, y que por tu laboriosidad é interés ha prosperado nuestra casa y nuestra hacienda; pero tú no vas á estar así toda la vida, al fin y al cabo eres joven, acabarás por casarte, quizá nuevas obligaciones te alejarán de nuestro lado.

NARC. Nunca.

JUANA ¿Y tú qué sabes? El mejor día tropiezas con una mujer que te gusta, se te alegra el alma y caes de bruces en el matrimonio.

NARC. ¡Quiá, no señora! La prueba es que ya he *tropezao*, (Con intención.) pero por desgracia no he hecho más que tropezar... ¡Ojalá hubiera caído!

JUANA ¿Luego tú te casarías con gusto?

NARC. Ahora mismo, si pudiera ser.

JUANA Pues me alegro mucho; esto puede facilitar la realización de un proyecto que tengo hace tiempo.

NARC. ¿Un proyecto?

JUANA ¿Crees que yo no pienso en tí? Pues te equivocas. Tu porvenir y tu felicidad me interesan mucho.

NARC. Gracias, señora Juana; ya hemos convenido en que sois un ángel.

JUANA No creas que es todo bondad. Hay en ello también gran parte de egoismo y mucho de gratitud. Eres un buen muchacho, un hombre honrado, la flor y nata del contorno, como te llama el abuelo Andrés. A nuestro lado estás desde pequeño, y has contribuído con tu trabajo y con tu celo á la prosperidad de nuestra casa. Es muy justo, pues, que participes de nuestras ganancias, y para eso... he pensado en casarte.

NARC. ¡Toma! Eso mismo estoy yo pensando hace tiempo.

JUANA Ingresando en nuestra familia, tú encuentras el premio de tus afanes y desvelos, y nosotros un hombre honrado y trabajador que sustituya á mi pobre difunto.

NARC. (Muy alegre.) ¡Dios mío! ¿Será posible? ¿Os

decidís al fin, señora Juana? ¡Oh! gracias, mil gracias... me haceis el más feliz de los hombres... Yo os juro que no habéis de echar de menos al señor Pedro, ni en cultivar las tierras para obtener los frutos más abundantes, ni en cultivar amorosamente vuestro corazón y vuestro cariño para obtener otros frutos de distinta especie. (Maliciosamente y muy apasionado.)

JUANA ¿Pero qué estás hablando? No se trata de mí; yo ya te he dicho que no pienso casarme.

NARC. ¿Cómo?

JUANA La novia que te destino vale bastante más.

NARC. ¡Ah! ¿sí? Pues no os molestéis, señora Juana; yo la rehuso de antemano. (Muy serio.)

JUANA ¡Hombre! ¡Tendría gracia que te atrevieras á rehusar como esposa á Margarita!

NARC. ¿Vuestra hija?

JUANA ¿Pues quién iba á ser, tonto? Mi hija, sí, señor, mi hija; un capullito de rosa que estoy dispuesta á entregarte para que te vuelvas loco de orgullo y de felicidad. (Narciso se muestra muy contrariado. Pausa.) Pero qué, ¿no te alegras?... ¡habráse visto el muy zopenco! Pues mira, chico, no te des tono, porque si te he de hablar con franqueza, te diré que he pensado en tí por no haber en todo el contorno otro mozo que valga lo que tú, que de haberlo, no te dispensaría yo el honor de elegirte *pa* yerno. ¡Así, clarito!

NARC. Señora Juana, yo os agradezco mucho esos piropos y la honra que me dispensais; pero, la verdad, yo no puedo ser el marido de Margarita.

JUANA ¡Toma! ¿Y por qué?

NARC. Porque Margarita es una niña á la que he visto nacer, la he tenido sobre mis rodillas, la he criado á mis pechos, como quien dice, y ni á ella le gustaría casarse con un hombre que puede ser su padre, ni yo estaría tranquilo porque me parecería que me casaba con una hija y eso... ¡eso es un *pecao mu* grande!

JUANA — No te preocupes; yo hablaré á la chica y lo arreglaré todo.

NARC. — Pero es que yo... (Rumores dentro.)

UNA VOZ — ¡Vivan los novios!

OTRAS — ¡Vivan!

JUANA — (Yendo á la puerta del foro.) Los convidados que vienen á buscarnos para la ceremonia.

NARC. — (Aparte.) ¡Pues, señor, valiente *conflito pa* mí!

JUANA — Adelante, señores, adelante; los novios están terminando su tocado. (A Narciso.) Anda, avisa al abuelo. (Mutis Narciso derecha.)

ESCENA II

La SEÑORA JUANA, ROSA, el DOCTOR IZET, ALDEANAS 1.ª y 2.ª, ALDEANO 1.° y VARIOS ALDEANOS más de ambos sexos, vestidos de fiesta y con ramos de flores

ROSA — Pero, ¿todavía no están dispuestos?

ALD. 1.ª — ¡Vaya, pues no presumen poco!

ALD. 1.° — ¿Es que están esperando el azahar para la novia? (Risas.)

JUANA — Anda, Rosa, entra tú á ayudar á Margarita. (Rosa entra primera izquierda seguida de un grupo de Aldeanas.) Queridísimo Doctor, cuánto os agradezco que os hayais dignado venir. (A Izet.)

DOCTOR — Siendo vuestro amigo y tratándose de una fiesta de familia no podía faltar.

JUANA — Y mucho menos cuando sin vos esta fiesta se hubiera convertido en duelo.

DOCTOR — ¿Por qué?

JUANA — Porque á no haber sido por vuestra ciencia y por vuestros cuidados, la abuela no hubiese curado de su caída del año anterior y la pobre hubiese ido á la tierra á celebrar sus bodas de oro y no habría hoy fiestas, ni bailes, ni alegría, ni tendríamos el honor de sentar á nuestra mesa nada menos que al señor marqués de Benonville, á quien estamos esperando.

DOCTOR — ¡Ah! ¿pero esperábais al marqués?

JUANA ¡Ya lo creo! Ha escrito diciendo que viene y de un momento á otro estará aquí.

DOCTOR (Aparte.) ¡Pobre gente! Ignora lo ocurrido. ¡No quiero turbar hoy su alegría!

ESCENA III

DICHOS, el SEÑOR ANDRÉS, MARGARITA, la SEÑORA CATALINA, NARCISO y ROSA

NARC. (Apareciendo en la puerta derecha.) Prevenidos, señores; el novio va á hacer su presentación.

ROSA (Desde la puerta de la izquierda.) Y la novia tambien: adelante, señora Catalina; no os dé vergüenza. (Salen respectivamente Andrés de la mano de Narciso y Catalina de la de Rosa. Ella turbada y vacilante, él procurando aparecer erguido; son dos viejecitos venerables y simpáticos. Catalina se apoya en una cayada y cojea un poco.)

NARC. ¡Vivan los novios!

TODOS ¡Vivan! (Las mujeres rodean á Catalina y la ofrecen sus ramos de flores: los hombres se disputan el acercarse á Andrés para abrazarle. Ambos grupos conducen á los viejos al centro de la escena donde se encuentran.)

JUANA (Poniéndose entre ellos y cogiéndoles las manos.) ¡Ahora, á darse un abrazo muy apretado, como si fuera el primero!

ANDRÉS ¡Con mil amores!

CAT. ¡Pues ya lo creo! (Se abrazan con efusión.)

CAT. ¡Picaronazo! (A Andrés.)

ANDRÉS ¡Coquetona! (A Catalina.—Risas.)

NARC. ¡Eh, señores, que estamos aquí nosotros! Dejad esas cosas para cuando volvais de la iglesia. (Con malicia.)

ANDRÉS ¿Creíais que los años habían enfriado nuestro entusiasmo? Pues aprended de nosotros, que vamos á la iglesia con la misma ilusión de hace cincuenta años, rodeados de amigos, y después de haber conocido tres generaciones que nos quieren y nos respetan. ¡Qué

importa que seamos viejos, si somos dichosos! La felicidad es una segunda juventud; ¿somos felices? ¡pues somos jóvenes! ¿verdad, Catalina?

CAT. ¡Verdad, esposo mío! ¡Debemos dar muchas gracias á Dios que nos ha conservado tanto tiempo entre las personas que nos aman!

NARC. ¡Y muy bien que os ha conservado! ¡Como que sois un matrimonio en conserva! (Risas.)

ANDRÉS Ríete lo que quieras, pero no cambiaría yo mis ochenta y cinco Navidades por tus treinta primaveras.

NARC. No, ni yo tampoco.

ANDRÉS Dios ha arreglado muy bien las cosas de este mundo y da á cada uno su parte... yo estoy satisfecho de la mía.

NARC. ¡Ya lo creo! Y podéis estarlo. Entre otras cosas os ha obsequiado con dos bodas cuando hay quien no puede ni con una.

ANDRÉS Pero observo que falta la música, ¿es que vamos á ir á la iglesia á palo seco?

MARG. No, abuelito, no; están citados los músicos y pronto se dejarán oir.

CAT. ¡Los músicos! No los cansaremos tanto como la otra vez... ¿verdad, Andresillo? ¡Estamos ya para pocos bailes! (Con cierta tristeza.)

ANDRÉS Pues yo pienso inaugurar la ronda con mi encantadora Margarita; (Acariciando á Margarita.) el más viejo con la más jóven, ¡el invierno lleno de nieve con la primavera llena de flores!

NARC. ¡Muy bien dicho! Y yo con la señora Juana, ó sea, el Otoño lleno de pámpanos y el verano que quiere entrar por uvas.

JUANA No, señor; yo te reservo para la novia.

NARC. (Contrariado.) ¡Con mucho gusto! (Aparte.) *Miá* que es manía... ¡siempre reservándome para las demás!

ANDRÉS ¡Ea! La iglesia de Etretat está un paseíto y ya debe ser la hora de marchar. (Busca su reloj en el bolsillo.) ¡Demonio!

JUANA ¿Qué tenéis, abuelo?

ANDRÉS Pues tengo, que no tengo reloj, que se me ha olvidado.

JUANA ¡Bah! ¡Un reloj de cobre que atrasaba siempre!

CAT. (Buscando el suyo.) ¡Calle!... ¡pues tampoco tengo yo el mío! Margarita ha olvidado ponérmelo.

MARG. No os importe, abuela; vuestro reloj adelantaba mucho. (Sonriendo.)

NARC. Teníais dos relojes que no se entendían y en un matrimonio que se lleva tan bien, todo debe marchar de acuerdo.

JUANA Por eso vuestra nieta ha querido obsequiaros con otros nuevos, que no se diferenciarán ni un minuto; (Sacando del bolsillo dos estuches.) tomad, papá Andrés; poneos éste, mamá Catalina. (Entregando á cada uno el suyo.)

ANDRÉS ¡Caramba, y de plata!

CAT. ¡Qué precioso es!

JUANA ¡Es mi regalo de boda!

CAT. ¡Dios te bendiga, hija mía! Ayúdame á ponérmelo, Rosa. (Colocánse al cuello las cadenas.)

JUANA Pues todavía os aguarda otra sorpresa.

MARG. Callad, madre; si lo decís ya no es sorpresa.

CAT. ¡Ah!... ¿Un regalo de la niña de la casa? ¡Que se vea, que sea vea!

MARG. No, abuela; aún no está concluído. (Ruido de campanas á lo lejos.)

ANDRÉS ¡Vaya, en marcha! las campanas nos llaman y el señor cura nos espera.

MARG. (A Juana.) Creo que debíamos aguardar un rato más; el padrino se incomodará si no le esperamos.

JUANA Me parece que el padrino nos ha olvidado.

MARG. Eso no; yo tengo la seguridad de que viene.

DOCTOR (¡Pobrecilla!) (Alto.) El señor marqués tiene muchas ocupaciones y no puede exigírsele gran puntualidad; llegará al banquete, y si no al baile, pero la ceremonia religiosa no debe retardarse.

CAT. Dice bien el señor Doctor. Andando le esperamos.

ROSA Pero señora Catalina, que se os está cayendo la cofia.

CAT. Es claro, la precipitación. Ponme un alfiler ó una horquilla, hija mía; (A Rosa.) ahí en el

cuarto de Margarita la habrá. (Señalando segundo izquierda.)

MARG. (Vivamente.) No, en mi cuarto no se puede entrar; tomad una. (Quitándosela del pelo.)

ANDRÉS Pero, ¿qué ocultará esta chiquilla en su cuarto? Hace dos días que no permite que entre nadie. (Rosa prende la cofia á Catalina.)

MARG. Ya lo sabréis, abuelo.

JUANA Es la sorpresa de que os he hablado. (Aparte al Doctor Izet y á los Aldeanos.) Un cubre-cama precioso que está bordando. (Suena música dentro; flauta, violín y tambor.)

NARC. ¡Ea! ¡ya está aquí la orquesta! En marcha, señores. (Comienzan á salir los Aldeanos.)

MARG. (Aparte á Juana.) Yo me quedo un rato, porque quiero acabar mi labor; me falta muy poquito.

JUANA Pues quédate, hija mía; y tú, Narciso, ocúpate de ir poniendo la mesa, (Aparte á Narciso.) y aprovecha la ocasión para decirla algo de lo que hemos hablado (Alto.) Andando, pues.

ANDRÉS Toma mi brazo, Catalina, y hazte cuenta de que los años han pasado por nosotros como un sueño.

CAT. Sí, Andrés, pero es un sueño que nos ha desfigurado bastante...

ALD. 1.° ¡Vivan los novios!

TODOS ¡Vivan! (Salen del brazo Andrés y Catalina y el Doctor Izet con la señora Juana seguidos del grupo de Aldeanos; los músicos tocan, las campanas voltean alegremente, y algunos cohetes atruenan el espacio. Mucha animación en este mutis.)

ESCENA IV

MARGARITA y NARCISO

MARG. Bueno, pues ahora despacha pronto, porque volverán en seguida, y aun nos queda bastante que hacer.

NARC. (Empezando á colocar la mesa y á extender el mantel.) ¿No quieres ayudarme?

MARG. No; voy á mi cuarto á acabar una labor que he de entregar á los novios en cuanto vuelvan... (Medio mutis hacia la segunda izquierda.) Adiós...

NARC. Aguarda un poco, mujer, que tengo que decirte una cosa.

MARG. Pues no seas pesado y acaba pronto.

NARC. ¡Acaba pronto!... ¡Como si fuera tan fácil!...

MARG. Vamos, ¿de qué se trata?

NARC. De una noticia que te va á sorprender; es decir, creo yo que te sorprenda... porque á mí me ha *dejao* como tonto.

MARG. Pues sí que me sorprende, porque tú ya lo eras. (Medio en broma.)

NARC. Gracias por el requiebro, hija mía.

MARG. Vamos, no te incomodes; demasiado sabes que te se quiere. (Con mimo y dándole golpes cariñosamente en el hombro.)

NARC. Pues eso es lo que hay que evitar precisamente, que se me quiera. (Alarmado.)

MARG. ¿Cómo?

NARC. Que tú puedes hacerme un favor muy grande, un favor del que depende mi bienestar y la felicidad de todos nosotros.

MARG. ¡Caramba! pues cuenta con él.

NARC. Se trata de que le digas á tu madre que no me puedes ver ni en pintura, que soy feo, bruto, ordinario y *tós* cuantos piropos por el estilo se te ocurran. En una palabra, que me odias con *tós* tus cinco sentidos.

MARG. ¿Pero estás loco? ¡Yo que voy á decir nada de eso!

NARC. ¿Que no?

MARG. De ninguna manera; en primer lugar, porque no es verdad, y en segundo, porque te quiero demasiado para insultarte de ese modo.

NARC. ¿Que tú me quieres? (Con asombro y temor.)

MARG. ¡Ya lo creo!

NARC. ¡Anda! ¡Pues ahora si la que hemos *enredao*!

MARG. ¿Qué dices?

NARC. ¿De manera que resulta que tú me quieres?

MARG. De todo corazón, ya lo sabes.

NARC. ¿Y que me aceptarías por marido?

MARG. Hombre, eso no. (Sorprendida.)

NARC. ¡Acabáramos! Pues de eso es de lo que se trata.

MARG ¿De qué?

NARC. De que nos casemos tú y yo.

MARG. ¡Ave María Purísima! (Santiguándose.)

NARC. Sin pecado concebida (Idem id.) ¿Ves como yo decía que ibas á sorprenderte? Es una idea que se le ha ocurrido á la señora Juana.

MARG. ¿Sin consultar conmigo?

NARC. Se conoce que antes ha querido explorar mi ánimo. (Dándose tono cómicamente.)

MARG. ¿Y tú que le has dicho?

NARC. Pues... yo... la verdad... no te enfades, pero he rehusado.

MARG. Y has hecho muy bien.

NARC. No porque yo no te quiera; al contrario, por tí sería capaz de todo, pero... francamente, yo estoy *enamorao* como un bruto de otra persona y á tí no te puedo querer más que como á una hija, como á una hermana, en fin, con otra clase de cariño.

MARG. Lo mismo que yo á tí.

NARC. Bueno; pues entonces *to* puede arreglarse. Yo le diré á la señá Juana que tú me has rechazado.

MARG. Justo, y yo le diré lo mismo de tí.

NARC. ¿Convenido?

MARG. Convenido.

NARC. ¡Ay, qué peso se me ha quitado de encima! (Pausa. Transición.) Bueno; pero no vayas luego á enamorarte de mí, ¿eh?

MARG. (Riendo.) Estate tranquilo; no pienso darte ese disgusto.

ESCENA V

DICHOS y CASILDA, foro

CAS. Ya estoy aquí; acabo de dejar el pescado en la cocina. ¡Ay, señorita, si supieráis las noticias que traigo de Benonville!

MARG. ¿De Benonville? Habla por Dios, Casilda.

CAS. Se dice que el castillo está invadido por agentes de la policía de Paris, que han llegado para prender al señor marqués.

MARG. ¿A mi padrino?

NARC. (Haciendo señas á Casilda para que se calle.) ¡Demonio!

CAS. Según parece es el jefe principal de una conspiración para matar al señor Regente y hay quien dice que si le cogen será sentenciado á muerte.

MARG. ¡Jesús! (Aterrada Cae sobre una silla, oculta el rostro entre las manos, y llora.)

NARC. ¿Y á tí quién te manda hablar de estas cosas? (A Casilda.)

CAS. Toma, yo cuento lo que me han dicho.

NARC. ¡Vete á la cocina!

CAS. Es que además se dice...

NARC. ¡A la cocina inmediatamente! (Empujándola.)

CAS. Ya voy... (Mutis tercer término izquierda.)

ESCENA VI

MARGARITA y NARCISO

MARG. ¡Dios mío, Dios mío, qué desgracia! (Llora.)

NARC. ¡Vaya, no te acongojes de ese modo. El señor marqués habrá escapado seguramente. Francia es muy grande y si se oculta bien será más difícil dar con él que encontrar una aguja en un pajar.

MARG. ¿Y si no ha podido huir?

NARC. Mujer, yo creo que él habrá tomado sus precauciones.

MARG. ¡Ah, pues es preciso saberlo en seguida! Hay que ir inmediatamente al castillo.

NARC. Bueno, yo iré luego; pero por lo pronto conviene disimular y ocultar la noticia á la señora Juana y á los pobres abuelos Hoy es un día de júbilo para ellos y debemos evitarles ese disgusto, por lo menos, hasta ver si nuestros temores están justificados.

MARG. Sí, dices bien; conviene que no sepan nada hasta que tú te enteres de lo ocurrido.

NARC. Voy á acabar de poner la mesa, y tú á tranquilizarte y á procurar que nada sospechen. Ya verás cómo Roberto está en salvo.

MARG. ¡La Virgen Santísima le proteja!

NARC. Eso es lo que debemos decir; que se fíe en la virgen, ¡pero que corra..., que corra todo lo que pueda! (Mutis.)

ESCENA VII

MARGARITA

¡Mi padrino comprometido! ¡Oh! No, eso es imposible; debe haber un error; él no puede ser culpable; mi padrino es incapaz de desear la muerte de nadie... El tan bueno, tan generoso... ¡Dios haga que no se confirmen esos rumores! ¡Si le ocurriese una desgracia... yo... moriría de dolor! ¡Eh! ¿Quién es? ¡Roberto!

ESCENA VIII

DICHA y ROBERTO. Este aparece por la ventana del fondo, que se abre violentamente

ROB. ¡Silencio! ¿Estamos solos?

MARG. ¡Sí, solos; entrad pronto! (Roberto salta á escena y viene hasta el proscenio apoyado en Margarita; está pálido, jadeante y con las ropas en desorden y cubiertas de polvo.)

ROB. Gracias, mi querida Margarita, gracias.

MARG. ¿Qué os ha ocurrido? ¿Estáis enfermo?

ROB. No, hija mía, fatigado solamente; vengo de camino toda la noche, á campo traviesa y por senderos escondidos. Ayer debí ser detenido en Rouen y tuve que huir precipitadamente.

MARG. ¿Luego es cierto que estáis complicado en la conspiración?

Rob. Sí, Margarita; hemos sido vendidos traidoramente; yo he escapado de Rouen sin ser visto, con la esperanza de poder llegar á Benonville, pero he sabido en el camino, por unos aldeanos que mi castillo estaba ocupado ya por fuerzas de la policía. Extenuado y jadeante he continuado la marcha hacia la granja de Valaine y aquí llego destrozado y muerto de fatiga, dispuesto á entregarme, á dejarme matar...

Marg. ¿Qué decís, padrino? ¡Eso nunca! Aquí descansaréis y os ocultaremos tan bien, que nadie podrá encontraros... Vamos, animo; estáis entre personas que os quieren mucho y que darán sus vidas por salvaros...

Rob. Gracias, Margarita.

Marg. Lo primero es reponer las fuerzas, y este vino añejo nos ayudara á conseguirlo. (Echa en un vaso y se lo ofrece á Roberto.) Tomad, padrino; es lo mejor de nuestra bodega; lo reservábamos para la comida de boda que hoy debe celebrarse... (Se oyen de nuevo á lo lejos las campanas.)

Rob. ¡Ah! ¿Pero es hoy?... (Roberto bebe.)

Marg. Hoy precisamente; ya debe haber terminado la ceremonia religiosa y no tardará en regresar el cortejo nupcial.

Rob. ¡Qué contrariedad! Haber venido á perturbar vuestra alegría.

Marg. ¿Queréis callar? Si nosotros hubiéramos sabido á tiempo lo que os pasaba habríamos suspendido todos los festejos. ¿Quién iba á tener humor de divertirse estando vos en peligro?

Rob. Mira, hija mía; yo acepto la generosa hospitalidad con que me brindas, pero por unas cuantas horas solamente; mi estancia aquí puede comprometeros.

Marg. ¡Vaya, vaya! no os ocupéis de eso.

Rob. Lo mejor es que continúe mi jornada después de proporcionarme aquí algún descanso; de modo que esta noche abandonaré la granja de Valaine. Nadie me ha visto al llegar; si consigo salir de la misma manera,

todavía tengo esperanza de ponerme en salvo.

MARG. Ya os he dicho que aquí podréis ocultaros perfectamente, pero si insistís en partir, Narciso se pondrá de acuerdo con Juan Maillard, el mejor y el más honrado marino de Etretat, y en una de sus embarcaciones favorecidos por la obscuridad de la noche podrá conduciros á Inglaterra, ¿no os parece?

ROB. Bien pensado, hija mía, eres un ángel...

MARG. ¡Vamos, padrino; que me avergonzáis!... (Oyense dentro voces y murmullos que van acercándose.)

UNA VOZ ¡Vivan los novios!

VARIAS ¡Vivan!...

MARG. Ya vuelven de la iglesia.

ROB. ¿Dónde podré ocultarme? Es mucha gente y no confío en la discreción de todos...

MARG. Venid aquí; (Abriendo segunda izquierda.) á mi habitación.

ROB. ¿A tu habitación?

MARG. Sí; no entrará nadie; yo os lo aseguro.

ROB. No, Margarita, no; yo no quiero exponerte de ese modo. Ya sabes que se me persigue; si fuera descubierto aquí tú serías también detenida por encubridora... quizá sentenciada... no, hija mía, yo no puedo aceptar tu sacrificio.

JUANA (Dentro.) Narciso, Margarita, Casilda...

MARG. Ya están aquí; entrad pronto y no os ocupéis de nada.

ROB. Pero Margarita...

MARG. Dejaos de réplicas y entrad pronto.

ROB. Es que...

MARG. ¡Yo lo quiero! (Con enérgica resolución.)

ROB. (Se inclina resignado, la coge una mano y se la lleva á los labios.) Adiós, pues, Margarita. (Entra en el cuarto y Margarita cierra con rapidez retirando la llave.)

ESCENA IX

DICHA, NARCISO, CASILDA, por la tercera izquierda y por el fondo JUANA, CATALINA, ROSA, EL SEÑOR ANDRÉS, EL DOCTOR IZET, ALDEANOS y todo el cortejo. Aparecen foro derecha á tiempo que salen por la izquierda Narciso y Casilda con cubiertos, platos, etc.

JUANA ¿Pero estáis sordos? ¿Qué hacéis que no salís á recibirnos?

CAS. Estábamos poniendo la mesa.

MARG. ¿Qué tal la ceremonia, abuelito? (A Andrés.)

ANDRÉS Soberbia, hija mía. (Mientras, Narciso y Casilda colocan los platos, jarros, vasos, etc.)

CAT. ¡Qué preciosa estaba la iglesia!

ROSA Y que no cabía un alfiler.

DOCTOR Etretat, Bordeaux Saint-Clair (1) y todos los lugares del contorno se han despoblado para acudir en pintoresca manifestación á demostrar su afecto á los novios.

ANDRÉS Eso, sí; mucho tengo que agradecer á los amigos; no estuvieron tan concurridas nuestras primeras bodas, ¿verdad, Catalina?

CAT. Es muy cierto; se nos ha tratado como á grandes señores, no como á humildes aldeanos.

NARC. ¡Ea, ya está la mesa!

TODOS (Aplaudiendo.) ¡Bravo!... (Mutis Casilda.)

ANDRÉS Santa palabra; no hay nada como casarse para que se abra el apetito.

JUANA (Echando vino en los vasos y dando uno á Andrés.) Vaya un traguito para prepararse á la batalla, ¿no os parece, abuelo? (Margarita echa vino y ofrece al Doctor.)

ANDRÉS ¡Venga, hija mía, eso nunca está demás!

NARC. Y luego que el cuerpo lo agradece mucho, ¿verdad, señores?

TODOS ¡Sí, sí! (Risas y algazara.)

DOCTOR (Brindando.) ¡Por la segunda luna de miel!

NARC. ¡Por las terceras nupcias de los recién casados!

---

(1) *Bordó-Sen-Clér.*

ANDRÉS Gracias, Narciso; pero esas nupcias las celebraremos ya en otro mundo mejor que este.

NARC. ¿Mejor que este? ¿Estáis seguro de que es mejor?

ANDRÉS Hombre, eso dicen.

NARC. Pues yo al refrán me atengo: «más vale lo malo conocido...» (Echando un trago.) etcétera, etcétera.

JUANA Vaya, déjate de refranes y trae platos.

NARC. A sentarse, señores. (Se sientan Andrés y Catalina en el centro, frente al público; á la derecha Juana, el Doctor Izet y tres aldeanos; á la izquierda Margarita, Rosa y tres mozas; en junto doce cubiertos.)

JUANA Los novios aquí en el centro; yo á su derecha; vos, Doctor, á mi lado; tú, Margarita, al del abuelo, Rosa junto á Margarita, vosotros aquí... eso es... cabemos todos. (Narciso coge más platos y un paño blanco de la mesa pequeña y empieza á limpiarlos para ir colocándolos en la mesa. Al fijarse en que ya no hay hueco, pregunta:)

NARC. ¿Pero y mi sitio, señora Juana?

JUANA Tú no puedes sentarte ahora porque tienes que ayudar á Casilda; además, contigo seríamos trece á la mesa y eso trae mala sombra.

NARC. ¡Mala sombra! ¡Yo sí que tengo mala sombra! (Deja caer unos cuantos platos que se rompen con estrépito.)

JUANA ¿Pero, qué has hecho?

NARC. Perdonad, señora; ha sido *improvisadamente*.

JUANA ¡Torpe! ¡Mi vajilla nueva que yo había reservado con tanto esmero para hoy!

ANDRÉS Vaya, hija, no te apures, que no se ha perdido más que la hechura.

JUANA Lo que yo más siento es que también es de mal agüero que se rompan los cacharros.

ANDRÉS No lo creas; recuerdo que en la comida de nuestra primera boda rompí yo dos platos, y un viejecito que tenía á mi lado me dijo: «eso es que os vais á casar dos veces;» ya veis cómo ha tenido razón.

NARC. ¡Anda! ¡Y yo que he roto siete! (Mirando los pedazos.)

ANDRÉS Pues hijo, te acompaño en el sentimiento. (Risas.)

JUANA Vamos, que traigan la sopa.

CAS. (Con una gran sopera humeante.) Aquí está ya. (Dejándola en el centro de la mesa.)

DOCTOR ¡Ea, pues, al asalto, señores! (Mutis Casilda.)

JUANA Yo iré haciendo platos.

ANDRÉS Un momento; bendigamos la mesa dando gracias al Todopoderoso por las mercedes que nos dispensa. (Todos se levantan.) En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.

TODOS (Santiguándose.) Amén.

DOCTOR Y ahora... por última vez. ¡Vivan los novios!

TODOS ¡Vivan! (Se sientan y comienza el reparto de platos con mucha algazara.)

ESCENA X

Los mismos y CASILDA, que vuelve asustada

CAS. ¡Señora... señora!

JUANA ¿Qué ocurre, Casilda?

CAS. Un grupo de soldados y de agentes de la policía de París ha rodeado la casa y algunos entran en el patio.

ANDRÉS ¿La policía en mi casa?

JUANA ¿Estás segura?

CAS. ¡Segurísima!

MARG. (Aparte.) ¡Dios mío! ¿Le habrán visto?

CAT. ¿Qué pueden buscar aquí?

ESCENA XI

DICHOS. El COMISARIO y varios AGENTES

COM. Buenos días: ¿la señora Juana Duchemin?

JUANA Yo soy, para serviros.

COM. ¿Sois la hermana de leche del marqués Roberto de Benonville?

JUANA Tengo esa honra, señor Comisario.

ANDRÉS ¿A quién buscáis en esta granja?

COM. Al citado marqués de Benonville.

JUANA ¿A Roberto? ¿Y por qué causa?

COM. Hay grandes indicios para suponer que dicho señor formaba parte de una reunión de conjurados sorprendida ayer en Rouen, y que tenía por objeto atentar á la vida del señor Regente del reino. (Pausa.)

ANDRÉS Señor Comisario: el marqués de Benonville no está en la granja ni le hemos visto por aquí hace bastante tiempo. Pero podéis estar seguro de que si nosotros le hubiéramos ocultado, todos nos haríamos matar antes que entregároslo; ¡de tal manera se le quiere por aquí al señor marqués! (Asentimiento en todos.)

COM. A pesar de eso y sintiendo mucho la molestia que os proporciono, mi deber es practicar un registro en la casa.

JUANA Practicadlo en buen hora; nuestra tranquilidad es la mejor prueba de que os equivocáis. (El Comisario da instrucciones por lo bajo á sus Agentes; dos de ellos entran en la habitación, derecha; otros dos en la de la izquierda; otros salen por la tercera izquierda.)

DOCTOR Por lo que decís, señor Comisario, se ve que hasta ahora la policía no tiene, respecto al señor marqués, más que ligeras suposiciones sin fundamento; nada prueba que Roberto asistiera ayer á la reunión de conspiradores.

COM. Tenéis razón; por eso nuestro deber es averiguarlo. (Vuelven á salir los Agentes.)

AG. 1.º Aquí no está. (Derecha.)

AG. 2.º Aquí tampoco, señor Comisario. (Izquierda.)

AG. 3.º En las habitaciones interiores nada se encuentra. (Tercera izquierda.)

COM. Está bien; sólo falta examinar este cuarto. (Señalando el de Margarita y acercándose á la puerta.)

MARG. (Aparte.) ¡Gran Dios!

COM. Está cerrado. ¿Queréis hacerme el obsequio de darme la llave?

JUANA Es la habitación de mi hija Margarita. El registro resultará también inútil.

COM. Sin embargo, os suplico la llave. (Pausa.)

ANDRÉS Vamos, Margarita, abre tu habitación.

MARG. (Se acerca á la puerta vacilante y de pronto en un arran-

que de energía y decisión.) Señor Comisario, aquí no podéis entrar. (Poniéndose delante de la puerta.)

COM. ¿Cómo?

ANDRÉS ¿Qué dices, hija mía?

COM. ¡Apartaos, joven!

MARG. ¡Nunca!

COM. Será preciso forzar la puerta. (Da órdenes á los Agentes, que retiran á Margarita á viva fuerza.)

JUANA ¿No ves que ese empeño puede aumentar las sospechas? (La puerta se abre al fin y Roberto aparece en el dintel con asombro de todos.)

ESCENA XII

DICHOS y ROBERTO

ANDRÉS, JUANA, CAT., DOCTOR ¡Roberto!

LOS DEMÁS ¡El marqués!

COM. ¡Por fin!

ROB. ¡Estoy perdido! (Pausa corta.)

JUANA (A Margarita.) ¿Roberto en tu cuarto? ¿Qué es eso, Margarita?

COM. Señor marqués, daos preso.

MARG. Un momento, señor Comisario. El marqués Roberto de Benonville no puede ser el conspirador que venís buscando.

COM. ¿Que no? Pues las señas no dejan lugar á dudas.

MARG. Yo os aseguro que el marqués no pudo estar ayer en Rouen ni asistir á la reunión de conjurados.

COM. ¿Por qué?

MARG. Porque se encontraba aquí. (Asombro en todos.)

COM. ¿Aquí? Nadie le ha visto y además ya habéis oído que hace bastante tiempo que no viene por la granja.

MARG. Es que nadie sabe que el marqués Roberto de Benonville está oculto en mi habitación hace tres días. (Con heróica firmeza.)

TODOS ¿Cómo?

ANDRÉS ¿Qué dices, Margarita?

JUANA Perdonadla, señor Comisario.

MARG. (Bajo á Juana.) ¡Silencio ó le perdéis!

JUANA ¡Pero tú te deshonras!

MARG. ¿Y qué importa, si le salvo?

ROB. Señor Comisario...

MARG. Calla, Roberto; si por delicadeza ocultas la verdad, yo no acepto ese sacrificio que pone en peligro tu vida.

ANDRÉS ¿Pero, Dios mío, qué estoy oyendo? (Llorando.) Señor marqués, yo no puedo creer que hayáis venido á nuestra casa á ofender nuestras canas, á envilecer nuestro nombre honrado... no, no es posible... vos sois muy bueno... hablad, hablad, señor marqués... ¡por vuestra madre amantísima que os está oyendo desde el cielo!...

ROB. (Aparte á Margarita.) No hay más que un medio de aceptar tu generoso sacrificio, hija mía. (Alto.) Señor Andrés, queridísima Juana, tengo el honor de pediros la mano de Margarita á quien adoro, y de quien por fortuna soy amado también.

ANDRÉS Y JUANA } ¿Qué oigo?

DOCTOR (Aparte.) ¡Hermoso rasgo! (Al Comisario.) Ya véis, señor Comisario, que el marqués no ha podido estar ayer en Rouen.

COM. Es cierto; y ya veo que puesto que el asunto va á resolverse en matrimonio, no se puede dudar de la declaración de esta muchacha. Daré cuenta á mi jefe de lo ocurrido y que resuelva lo que le parezca. Salgamos... y que sea enhorabuena. (Mutis con los Agentes.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, menos el Comisario y los Agentes

JUANA ¿Conque era cierto?

ROB. Ya os explicaré lo ocurrido. Margarita es un ángel.

MARG. (A Roberto.) Ahora, querido padrino, poneos

en salvo; agradezco vuestra noble generosidad, pero no puedo aceptarla; estáis libre por completo y solo me resta que perdonéis mi atrevimiento.

ROB. ¿Que te perdone?... No, Margarita. Dentro de ocho días serás mi esposa. (Abrazándola.) Señor Andrés... querida Juana... ¡un abrazo!

JUANA ¡Roberto! (Estrechándole.)

ANDRÉS ¿Pero esto es un sueño? (Arrojándose también en los brazos de Roberto.)

NARC. (Muy alegre.) A la mesa, señores; hay que festejar las dos bodas. Beberemos por duplicado y comeremos por partida doble.

ANDRÉS ¡Viva el marqués de Benonville!

TODOS ¡Viva!

NARC. ¡Y viva la señora marquesa! (Saludando con cómicas cortesías á Margarita.)

TODOS ¡Viva! (Se sientan de nuevo á la mesa y empieza la comida con alegre algazara.)

TELÓN



ACTO PRIMERO

CUADRO TERCERO

La Institutriz

(SIETE AÑOS DESPUÉS DEL PRÓLOGO)

La escena representa un patio de entrada á la granja, con algunos árboles. A la izquierda, cobertizo con emparrado y puerta que da acceso á la casa de labor. A la derecha puerta lateral y cajas libres. Tapia al fondo con puerta en el centro. Costales de grano y aperos de labranza repartidos por la escena. Un banco de piedra á la puerta de la casa, junto al emparrado.

ESCENA PRIMERA

CASILDA y NARCISO; éste entra por el foro quejándose

NARC. ¡Ay, ay, ay! (*Con la mano en la cabeza.*)

CAS. Decididamente, estás atontado, Narciso.

NARC. ¡Pues claro! Atontado del golpe.

CAS. ¿Pero en qué ibas pensando?

NARC. ¡Yo qué sé!

CAS. ¡Se necesita ir distraído para tropezar con las aspas del molino!

NARC. Yo me he acercado sin darme cuenta, ha

venido una ráfaga de viento y ¡catapúm! allá te va Narciso rodando y con la mar de chichones.

CAS. ¡Vaya por Dios! ¡Voy á traerte un poco de árnica! (Mutis derecha.)

NARC. Desde que la señora Juana se marchó á Ivetot hace dos días no sé donde tengo la cabeza... Es decir, ahora sí lo sé porque me duele, pero no hago nada á derechas; en fin, ayer me levanté para tomar el desayuno y echar de comer á las palomas y resultó que las dejé á ellas el chocolate y yo bajé del palomar comiendo algarroba. Y es que cuando la señora Juana no está aquí no hago más que pensar en ella; verdad es que cuando está me pasa lo mismo... Y ella... *ná*, sin hacerme caso...; pues esto tiene que acabarse; hoy mismo se lo digo todo al señor Andrés, pido mi cuenta y me voy de la granja; yo no puedo sufrir más tiempo, y ojos que no ven, corazón que no siente... Ya sé que el golpe va á ser rudo, pero contra esos golpes...

CAS. (Saliendo con un frasco y un trapo blanco.) El árnica.

NARC. Gracias, Casilda. (Se da unas frotaciones en la cabeza empapando el trapo en el líquido.) ¿Está dentro el señor Andrés?

CAS. No ha vuelto aún de su acostumbrado paseo. Ya sabes que todos los días hace una visita al cementerio.

NARC. Sí, ya lo sé. ¡Pobre señora Catalina!

CAS. La abuela no sobrevivió mucho á sus bodas de oro.

NARC. Es verdad, poco más de un año; dejó este mundo el mismo día en que Margarita, es decir, la señora marquesa de Benonville dió á luz á su pequeña Fifita.

CAS. Justo, va á hacer seis años de esto; desde entonces el pobre abuelo no levanta cabeza.

NARC. Quería mucho á su esposa.

CAS. ¡Ya lo creo que la quería! Ni más ni menos que el marqués, que casi siempre tiene á Margarita sola.

NARC. ¡Ya, ya! Si no fuera por su hija nadie diría que la pobre muchacha estaba casada...

CAS. ¡Silencio! ¡El abuelo! (Mirando por el fondo.)

ESCENA II

DICHOS y el SEÑOR ANDRÉS; sale por el fondo y entrega á Narciso su sombrero que está rodeado por una gasa negra. Se sienta en el banco y queda un momento abstraído en sus meditaciones; se advierte que en el rostro la tristeza ha grabado nuevas y más profundas arrugas. Pequeña pausa. Casilda entra en la casa

ANDRÉS ¿Qué hay, Narciso? ¿Has visto hoy á Margarita?

NARC. No, señor.

ANDRÉS Su esposo la ha prohibido venir al molino. ¡Pobre muchacha! ¡Cuánto mejor hubiera sido la apariencia de su deshonra que la realidad de su desdicha!

NARC. ¡Es que el marqués no es un marido como vos lo habéis sido, como yo lo sería, como lo son siempre los hombres honrados que quieren á sus mujeres! Pero sin duda en la aristocracia hay otras costumbres, y como el marqués no pertenece á nuestra clase...

ANDRÉS Dices bien, Narciso; el marqués no es de nuestra clase; ya me lo hizo notar el día en que me atreví á hablarle como un padre y me permití darle algunos consejos... ¡Ingrato!... Desde aquel día no he vuelto por el castillo, ni volveré jamás.

NARC. ¡Muy bien hecho!

ANDRÉS Por Juana y por la pobre Margarita lo siento. ¿Qué será de ellas, quién podrá consolarlas el día que yo falte? Solo quedarás tú, mi buen Narciso; tú, que eres un amigo leal, un servidor decidido y resuelto.

NARC. Precisamente de eso quería yo hablaros, señor Andrés. (Como sin atreverse.) No sabéis lo que me apena decíroslo, pero yo... en cuanto el ama regrese de Ivetot pienso marcharme.

ANDRÉS ¿Marcharte? ¿Dejar tú la granja? ¿Abandonar

á los que te han querido como un hijo? No te creo tan ingrato, Narciso; eso sería no tener corazón.

NARC. Por tenerle me pasa lo que me pasa, señor Andrés. El corazón es el culpable de todo. Hasta hace poco he creído que ese órgano con dar sus golpecitos á tiempo y funcionar con la debida regularidad, tenía bastante; pensé que no servía para más ni necesitaba otra cosa, pero ahora no se contenta con eso el muy tunante y siempre está pidiendo gollerías... (Pausa corta.) Es decir, gollerías precisamente no son; se trata de una cosa muy natural, porque al fin y al cabo, yo soy un hombre, señor Andrés, un hombre en toda la extensión de la palabra.

ANDRÉS Nadie lo ha puesto en duda.

NARC. Y un hombre no es un niño, y un niño no piensa como un hombre, y un hombre...

ANDRÉS Basta, Narciso, no te esfuerces; ya te entiendo: todo ese preámbulo es para decir que estás enamorado de una moza.

NARC. No, señor; no es de una moza.

ANDRÉS ¿Que no? ¡Ah! vamos. Ahora sí que lo comprendo; la mujer que tú amas es casada, y antes que dejarte arrastrar por ese amor peligroso quieres marcharte. Muy bien hecho, Narciso; eso te honra... y no seré yo quien te detenga.

NARC. Tampoco acertais, abuelo; se trata de una viuda.

ANDRÉS ¿Eh?...

NARC. De una viuda que no me hace caso y que toma á broma mi cariño.

ANDRÉS ¡Válgate Dios, hombre, y qué cosas te suceden! Pero no seas tan precipitado y espera, que yo hablaré á esa viuda.

NARC. ¿Vos, señor Andrés? (Muy alegre.)

ANDRÉS Me da el corazón que la conozco y que tengo alguna influencia sobre ella y que algo podré conseguir en tu favor. (Con intención y sonriendo.)

NARC. ¿De veras?...

JUANA (Dentro) ¡Casilda, ven por la borrica!

ANDRÉS (Riendo.) Anda, anda á recibir á la viuda... digo, á recibir al ama

NARC. Voy, voy, señora Juana; yo llevaré la borrica á la cuadra. (Mutis foro muy alegre.)

ESCENA III

ANDRÉS. Luego JUANA. Después NARCISO

ANDRÉS Sí; esto puede ser una solución; con él tienen las chicas un firme y valeroso apoyo.

JUANA (Dentro.) ¡Hola, Narciso! (Saliendo por la puerta del fondo.) Buenos días, abuelo, ¿qué tal desde que no nos vemos?

ANDRÉS ¿Vienes muy cansada, hija mía?

JUANA He traído buen paso; la pobre Peregrina se ha portado valientemente. Y es que las dos teníamos muchas ganas de llegar pronto á casa.

ANDRÉS ¿Y qué tal el viaje?

JUANA Excelente; vengo muy contenta.

ANDRÉS En cambio aquí no lo estamos tanto.

JUANA ¿Que no? ¿pues qué pasa?

ANDRÉS Ahora mismo estaba regañando á Narciso. (Entra éste por el fondo.)

JUANA ¿A Narciso? ¿qué ha hecho el pobre?

ANDRÉS Pues que quiere dejar la granja y abandonarnos, ¿te parece poco?

JUANA ¡Eso no es posible! ¿Verdad, muchacho? Acércate, dime quién te ha ofendido, cuéntamelo todo. (Cariñosamente.)

ANDRÉS Son cosas del querer, hija mía; el pobre muchacho está enamorado de una mujer que no le atiende.

JUANA Bueno, pero nosotros ¿qué culpa tenemos de eso?

NARC. (Aparte á Andrés.) ¿Lo estais viendo? Ni siquiera se da por enterada.

ANDRÉS Vamos, Juana, no disimules; eso no está bien. Demasiado sabes que la mujer que quiere Narciso eres tú. ¿O es que no te lo ha dicho nunca?

JUANA Sí que me ha hablado de eso; pero como ya

le contesté lo que pensaba, no creí que tan pronto se le hubiera olvidado mi contestación.

NARC. No se me ha olvidado; pero como yo os quiero cada día más...

JUANA Vaya, vaya; no hablemos de esto. Venga esa mano y conténtate, por ahora, como te he dicho, con ser un buen amigo mío, un hermano si quieres. No puedo concederte más.

NARC. ¡Y dale! ¿Por qué?

JUANA ¡Y dale! Porque en mi corazón no hay hueco más que para un amor, y ese es el de Margarita. El día en que yo la vea dichosa y no tenga ya que ocuparme de ella, me ocuparé de tí; yo te lo prometo.

NARC. ¿Dichosa? ¡Sabe Dios cuándo será eso!

JUANA Tal vez muy pronto; en estos días creo haber hecho algo muy importante para su felicidad.

ANDRÉS ¿Sí? Pues, ea; ya lo oyes; nada de pensar en marcharse ni de ser impaciente. Su mismo amor por Margarita hará que cumpla la palabra, ¿verdad, hija mía? ¿Dónde vas á encontrar un corazón más noble y más leal para vosotras?

JUANA Todo eso lo he pensado ya, pero repito que hay que esperar.

NARC. Es que...

JUANA Punto en boca; la mayor prueba de cariño que puedes darme es esa; resígnate y no te arrepentirás.

NARC. Bueno, pues me *resino*, ¡qué va uno á hacer!

ESCENA IV

DICHOS, MARGARITA y FIFITA (niña de seis años). La niña se adelanta y entra corriendo

FIFITA ¡Buenos días, mamá Juana... buenos días, abuelito! (Corriendo muy contenta á saludarles.)

NARC. ¡La señora marquesa en el molino!

JUANA ¡Hola, hija mía! (Besándola con efusión.)

ANDRÉS ¡Qué sorpresa tan agradable! (Idem.)

JUANA (A Margarita.) Ven, Margarita, hija mía; descansa; no esperaba verte por aquí. (Se sientan.)

ANDRÉS Ni yo tampoco; como tu señor esposo te ha prohibido venir...

MARG. Roberto no sabe nada; ¡es que me he escapado! (Con agitación é inquietud.)

JUANA ¿Escaparte?

ANDRÉS ¿Cómo?... ¿Qué dices, Margarita?

MARG. Sí, me he escapado de mi casa; vengo huyendo... necesito que me protejais, que me defendais... (Con la voz ahogada por el llanto.)

ANDRÉS ¿Contra tu marido?

JUANA ¿Contra Roberto?...

FIFITA Papá ha sido bien malo esta mañana con mamá.

ANDRÉS ¿Cómo? ¿Pues qué ha pasado? Habla, hija mía.

JUANA No nos ocultes nada.

MARG. Roberto no me ama, ya lo sabéis; huye de mi lado en cuanto tiene ocasión y pasa en París meses enteros dejándome en el más triste abandono. Tan solo regresa al castillo de vez en cuando para abrazar á su hija y vuelve á partir á las pocas horas. Pues bien; esta mañana Roberto, al anunciarme su próxima partida, me ha dicho que no consideraba conveniente que Fifita permaneciese por más tiempo encerrada aquí; que él deseaba para su hija la educación que con arreglo á su clase debe tener y que para conseguirlo había pensado llevársela para que ingresara en uno de los mejores conventos de París. «Pues bien—exclamé yo,—traslademos á París nuestra residencia.»

ANDRÉS Es lo natural.

JUANA ¿Y qué contestó Roberto?

MARG. Roberto me hizo comprender, delicadamente al principio y con rudeza implacable después, que yo no debía acompañarles; que mi puesto estaba aquí, y que no quería ex-

ponerme á ser recibida con desdeñosa frialdad en el gran mundo, por una aristocracia que se complace en llamarme, burlonamente, «La Marquesa del Molino de Viento.»

ANDRÉS ¡Qué indignidad!

JUANA ¡Pobre hija mía!

MARG. Ya comprenderéis el efecto que me producirían estas palabras. Rompí á llorar. Roberto me consoló ofreciéndome que Fifita vendría á verme ¡una vez al año!... y salió de mi habitación para ocuparse en los preparativos de viaje. Lloré... lloré mucho, pero luego, el amor de madre, se sobrepuso á mi dolor, y cogiendo á mi hija, salí del castillo para buscar entre vosotros un asilo que nos recoja y unos brazos que me defiendan. Yo no quiero que me separen de ella; yo soy una mujer honrada y una madre amantísima, y no hay derecho para que me arranquen este pedazo de mi corazón... (Abrazando á la niña.) ¡defendedme, por Dios!... (Llorando.) ¡Yo no quiero que me arrebaten á mi hija! ¿lo oís?... ¡no quiero que me separen de su lado! (Con triste desconsuelo pero con fiera energía á la vez.)

ANDRÉS Tranquilízate, Margarita.

JUANA Yo sabía ya lo que iba á ocurrir; tu esposo me había dado cuenta de ese proyecto.

MARG. ¿Y nada me habéis dicho?

JUANA Nada; he preferido hacer y no hablar.

MARG. ¿Pues, qué habéis hecho? (Con ansiedad.)

ESCENA V

DICHOS y ROSA corriendo, foro

ROSA ¡Señora!... ¡Señora!

JUANA ¿Qué hay, Rosa?

ANDRÉS ¿Qué te sucede?

ROSA Vengo corriendo á avisaros El señor marqués, al apercibirse de vuestra partida, se ha puesto furioso y me ha ordenado, con muy malos modos, que viniera á buscaros aquí y que os condujera al castillo inmedia-

tamente. Yo, la verdad, le he respondido, que antes de ser doncella en el castillo he sido criada en el molino, y que por nada del mundo le daba yo un disgusto á la señorita.

NARC. Muy bien dicho.

ROSA El se ha incomodado mucho, y ha contestado: «Pues bien; no necesito á nadie; yo mismo iré á buscarla.» Y como lo ha dicho en un tono tan brusco y echando chispas por los ojos, á mí, la verdad, me ha dado miedo, he salido detrás de él y he venido corriendo por el atajo para preveniros.

MARG. ¿Lo veis? ¡Está dispuesto á todo! ¡Qué hacer, Dios mío! (Muy apurada.)

JUANA (Con calma.) Esperar á tu marido.

MARG. ¡Es que viene á llevarse mi hija!

JUANA Eso... ya lo veremos.

FIFITA ¡Yo no quiero dejar á mamá! (Abrazándose á ella.)

JUANA ¡No desesperes aún, Margarita; quién sabe!...

NARC. ¡Ya viene! (Mirando foro. Movimiento de terror.)

ESCENA VI

DICHOS y ROBERTO. Entra bruscamente, pálido de cólera, con el sombrero puesto y con una fusta en la mano. Sin reparar en nadie se dirige á Margarita, después de hacer señas á Rosa y Narciso para que se vayan. Mutis éstos

ROB. Estaba seguro de encontraros aquí. Desde el momento que decidísteis oponeros á mis deseos y revelaros contra mi voluntad, ya sabía que en el molino de Valaine buscaríais protección y apoyo.

ANDRÉS (Con dignidad.) Y esto, ¿no os parece natural, señor marqués? ¿Dónde va encontrar Margarita afectos más puros ni corazones más leales? Vos mismo, no encontraréis tampoco amigos más verdaderos que nosotros. Cuando vinísteis al mundo, vuestra madre, agotada por dolencias cruelísimas y convencida de que no podía criaros, acudió al molino de Valaine y mi pobre hija Sofía, que

á la sazón criaba á Juana, se encargó de ser vuestra segunda madre; más tarde, esta misma Juana, os salvó de una muerte segura, y por último, y como si mi familia estuviese constantemente destinada á velar por la vuestra, Margarita ha dado por vos algo que vale más que la vida.

ROB. Señor Andrés...

ANDRÉS Olvidando todo esto, parece como que os avergonzáis de venir á vernos, y hoy que la cólera os arrastra hacia aquí, entráis en esta casa como pudiérais entrar en vuestras cuadras: con el sombrero puesto y con el látigo en la mano. Señor marqués de Benonville, vuestro padre me decía con mucha frecuencia que hay dos noblezas que se deben mutuo respeto: la nobleza del nombre y de los blasones, y la nobleza del corazón y de los buenos sentimientos.

ROB (Descubriéndose pausadamente.) No necesitáis recordarme lo que os debo, pero tampoco creo que la gratitud pueda obligarme á renunciar para siempre á mis amigos y á mis relaciones, y á permanecer constantemente encerrado en mi castillo. Por otra parte, ¿no os parece natural que yo desee para mi hija la educación que corresponde á su clase y al puesto que algún día ha de ocupar en el gran mundo?

JUANA Eso es muy justo.

ANDRÉS Es vuestro deber de padre.

ROB. Pues ya comprenderéis que aquí es imposible realizar ese propósito.

JUANA Tenéis razón.

ROB. Ya lo oís, Margarita; vuestra madre es bastante más razonable que vos.

JUANA Sí, hija mía; Roberto dice bien.

MARG. ¿Luego encontráis justo que me separe de mi hija?

JUANA De eso es de lo que vamos á hablar precisamente. Yo creo que he encontrado el medio de arreglarlo á gusto de todos.

ROB ¿Cómo?

MARG. ¡Habla, por Dios!

JUANA El señor marqués desea para Fifita una educación... de convento, ¿no es así? (Asentimiento de Roberto.) Pues bien; como conventos hay muchos y en todas partes, yo he ido estos días al de las Ursulinas de Ivetot, y he hablado con la superiora para ver si podía facilitarme una señorita que, educada en la comunidad, estuviese en condiciones de ser institutriz de una marquesita.

ROB. ¿Y bien?

JUANA Dios ha sido tan bueno que ha querido favorecerme con una de esas casualidades que parecen verdaderos milagros. La superiora, al saber de quién se trataba, ha designado como institutriz á una señorita perteneciente á la más ilustre nobleza, una joven distinguidísima, que por falta de recursos permanece como pensionista en aquel convento y que deseaba dedicarse á la educación, precisamente en las condiciones que yo iba á proponer.

MARG. ¡Oh! gracias, madre mía, habéis tenido una idea magnífica.

ROB. Falta saber ahora si esa institutriz me conviene

JUANA ¿Que si os conviene? ¡ya lo creo!... He hablado con ella y estoy encantada. Tiene un aire de princesa que da envidia.

ROB. Bien, pues que se me presente y hablaremos.

JUANA Dentro de un momento estará aquí; la superiora ha quedado en mandármela en seguida para que yo la acompañe al castillo; de modo que aquí mismo podéis verla.

ROB. Pues si es conveniente, como supongo, aceptaré sus servicios por complaceros y por dar gusto á Margarita.

MARG. Dios querrá que esa joven reuna las condiciones que deseais.

NARC. (Desde el foro.) Ha parado un carruaje.

JUANA Ella es, no cabe duda. (Sale á recibirla.)

MARG. (A Roberto.) Ya veis como todo puede conciliarse.

ROB. No sabemos todavía; pero por mi parte, os prometo hacer todo lo posible.

ESCENA VII

DICHOS y ENRIQUETA

JUANA Venid por aquí, señorita. (Desde dentro y apareciendo luego por la puerta del foro.) Precisamente se encuentra aquí la familia de Benonville, y no necesitais ir al castillo para conocerla. (Entrando por el fondo.) El señor marqués, su esposa y la encantadora Fifita, vuestra futura discípula. (Presentándoselos.)

ENR. Soy vuestra servidora humildísima. (Haciendo una reverencia fría.)

ROB. ¿Os dedicais á la educación, señorita?

ENR. (Con afectada dignidad.) Es la única profesión á que puede dedicarse dignamente una persona de mi clase.

ROB. ¿Sois noble?

ENR. Sí, caballero; mi nombre es Enriqueta de Pardiac, y soy hermana del señor barón de este título.

ROB. (Recordando.) ¿El barón de Pardiac? ¿Vuestro hermano estuvo comprometido hace siete años en cierta conspiración contra el Regente?...

ENR. Tan comprometido como vos, caballero. Pero mi hermano no pudo probar su presencia en otro sitio en la memorable jornada del 10 de Octubre de 1719, y tuvo que huir y refugiarse en Inglaterra, donde aún se encuentra. Desde allí me remitió una carta para vos.

ROB. Carta que no ha llegado á mis manos.

ENR. No he querido yo que llegue por no considerar digna de nosotros la recomendación que en ella se contenía.

ROB. ¿Y por qué no? Sin duda en esa carta vuestro hermano me recordaba una promesa que yo no he olvidado, y que por el contrario, me consideraré muy dichoso en cumplir.

ENR. Señor marqués, una mujer de mi clase y de mi apellido no puede deber nada más que á ella misma.

NARC. (Aparte á Andrés.) No, lo que es como pretensiones no le faltan.

ROB. Sin embargo, señorita...

ENR. Las circunstancias me obligan por hoy á aceptar la colocación que esta buena señora me ofrece en vuestra casa. Yo procuraré cumplir dignamente con mi obligación. Señora marquesa, os prometo dedicar á vuestra hija todo mi interés.

MARG. Y yo os lo agradeceré en el alma, señorita; ¡bienvenida seais á nuestra casa!

JUANA (Aparte á Roberto.) ¿Veis como yo decía que era una princesa?... ¡Me parece que para enseñar á Fifita es más que suficiente!

ROB. (Contemplándola.) En efecto; su noble orgullo me cautiva. ¡Y es hermosa!... ¡Muy hermosa! (Por lo bajo.)

NARC. (Aparte al señor Andrés, llevándole á un lado.) ¿No opináis que esta joven es más seria que un funeral de primera clase?...

ANDRÉS (Aparte á Narciso.) Tienes razón; es demasiada rigidez.

ENR. (A la niña.) Ven, hija mía, dame un beso.

MARG. Anda, Fifita... (Margarita acerca á Fifita, pero esta se resiste y al llegar cerca de Enriqueta, que la espera inclinada para besarla, se desprende de la mano de Margarita y corre al lado del señor Andrés gritando:)

FIFITA ¡Abuelo!... ¡Me da miedo esta señora!

MARG. ¿Y por qué, tontina? Ven aquí...

FIFITA ¡No quiero!... ¡No quiero!...

JUANA Dispensadla, como aún no os conoce...

ENR. ¡Bah!... Cosas de los niños. (Roberto se acerca á Enriqueta y hablan por lo bajo. Juana se acerca á Margarita. Mientras, el señor Andrés acaricia á la niña y dice:)

ANDRÉS Y á mí también me da miedo. Los niños y los viejos sienten por instinto el bien y el mal... ¡No sé por qué creo que con esta jóven ha entrado la desgracia en nuestra familia! (A Fifita separándola.) ¡Ven, hija mía, no te asustes; un besito al abuelo! (La besa y la abraza con efusión.)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

CUADRO CUARTO

El ángel malo

Una sala del castillo de Benonville. Puertas al foro y laterales. Segundo término derecha ventana. Mesa á la izquierda. Junto á ella dos sillones. El decorado y muebles del salón han de ser lujosos y severos. Panoplias, tapices, armaduras, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

ROSA y NARCISO. Este viste traje de guarda con bandolera, y aparece ocupado en limpiar una escopeta. Rosa hace salida por el foro, con un canastillo de costura. En el momento de levantarse el telón Narciso dirige el cañón de la escopeta hacia el foro por donde aparece Rosa

ROSA — ¡Ay! (Asustada.) ¡Apunta para otra parte, bruto! (Retrocediendo.)

NARC. — No te asustes, mujer; si está descargada. Acabo de limpiarla y ya la he puesto en disposición de hacer un favor á cualquiera.

ROSA — Bueno, pues déjala por ahí, que me da mucho miedo.

NARC. — (Dejando el arma en un rincón.) ¡Ea, pues ya está! No te creía tan *pusilámine*. ¿Qué traes ahí?

ROSA — La labor de la señorita; me ha dicho que

piensa venir á trabajar un rato. (Dejando el cesto de labor sobre la mesa.)

NARC. ¿Y cómo la encuentras?

ROSA ¡Anda!... *¡Contentísma!* Hace dos meses que parece otra.

NARC. Y es natural. Está rodeada de gente que la quiere mucho; tiene á su hija con ella; el marqués no ha vuelto á marcharse del castillo... ¿qué más puede desear?

ROSA Ya era tiempo, porque mira que ha pasado unos días la pobre...

NARC. ¡Como que no hay nada peor que estar separado de las personas que uno quiere! (Con tristeza y suspirando.) Dímelo á mí, que *ca* vez que me acuerdo de la granja y del molino se me aprieta el corazón y se me llenan los ojos de agua, ni más ni menos que si estuviera partiendo cebolla.

ROSA Bueno, pero como así das gusto á la señora Juana...

NARC. Toma, pues por eso lo llevo con paciencia. Ella ha querido que Margarita tenga á su lado personas de confianza y así como cuando se casó te envió de doncella al castillo, á mí me ha hecho ahora solicitar la plaza de guarda que estaba vacante por muerte del pobre Agustín Barré que santa gloria haya.

ROSA Y ha hecho muy bien la señora Juana; ya sabes que hasta hace poco tiempo la pobre Margarita estaba bien aislada.

NARC. Yo he obedecido con gusto, en primer lugar porque lo mandaba ella, y ella es *pa* mí... ¡el Espíritu Santo en forma de molinera frescachona!... y además porque un guarda no es un criado cualquiera, y yo tengo mi *mijita* de orgullo. (Suenan cascabeles dentro.)

ROSA Silencio; un carruaje entra en el parque. (Yendo á la ventana derecha.)

NARC. (Muy alegre.) ¡Y es de casa! Conozco muy bien esos cascabeles...

ROSA ¡Justo!... ¡Es la señora Juana! (Idem.)

NARC. ¿Lo ves? En cuanto he oído los cascabeles de la burra he dicho: «¡Eso es cosa mía!» (Saliendo los dos á recibirla.)

ESCENA II

DICHOS y JUANA

ROSA — ¿Vos por aquí, señora Juana?

JUANA — Yo misma, que antes de volver á Valaine he querido dar un beso á las chicas y enterarme de lo que ocurre por aquí...

ROSA — Pues voy á avisar á la señora; con vuestro permiso. (Mutis Rosa izquierda.)

ESCENA III

JUANA y NARCISO

JUANA — ¿Y tú, Narciso, ¿cómo te encuentras?

NARC. — Pues de todo hay en la viña del señor... del señor marqués.

JUANA — ¿Pues qué ocurre? ¿Hay alguna novedad?

NARC. — Ninguna; todo marcha perfectamente. Ya sabéis que el marqués lleva tres meses sin hacer un solo viaje á París; apenas sale de de casa, ni para cazar, y cada día está más entrañable con su esposa, con su hija y con todo el mundo.

JUANA — ¿Y Margarita? ¿Estará muy contenta?

NARC. — ¡Anda! Más que nunca; ahora es cuando se puede decir que es completamente feliz. (Recalcando estas palabras.)

JUANA — ¿No me engañas?

NARC. — Ella misma os lo dirá.

JUANA — ¡Ay, qué alegría tan grande! ¡Gracias á Dios que vamos á estar tranquilos!

NARC. — ¡Ya lo creo! Estamos *tós* de enhorabuena, porque supongo que cumpliréis vuestra palabra, ¿eh?

JUANA — ¿Qué palabra?

NARC. — ¿Cómo? ¿Ya lo habéis olvidado? ¿No me dijísteis que el día en que Margarita fuera dichosa os ocuparíais de mí?

JUANA ¡Ah! ¿Pero todavía sigues pensando en lo mismo?

NARC. ¿Cómo que si sigo pensando?... ¿Ahora salimos con esas? (Muy triste.) Señora Juana... vos queréis desesperarme; vos estais jugando conmigo. (Medio sollozando cómicamente)

JUANA Tranquilízate, mi buen Narciso; yo no olvido nada. Si siguen así las cosas, dentro de muy poco podré decirte, toma, esta es mi mano.

NARC. ¡Ay, qué rica! (Queriendo besarla.)

JUANA ¡Quita, tonto! (Retirando la mano y dándole un golpe en la mejilla.)

NARC. (Muy alegre y frotándose la cara.) ¡Gracias... muchas gracias! (Aparte.) Es la primera caricia que me hace. Lo que siento es que no haya pegado más fuerte.

JUANA Vete, que tengo que hablar con Margarita.

NARC. Hasta luego. (Medio mutis.) ¡Ah! y conste que este otro carrillo se va á incomodar en cuanto sepa que habeis dado un manotón al compañero... ¿Queréis igualarlos *pa* que no haya disgustos? (Acercándose con cómica humildad.)

JUANA ¡Anda, anda, y no seas pesado! (Dándole ligeramente en el otro lado.)

NARC. ¿Veis? Ya estamos los tres tan contentos.

JUANA Margarita viene. (Mirando izquierda.)

NARC. ¡A la paz de Dios! (Mutis foro.)

ESCENA IV

JUANA y MARGARITA, izquierda

MARG. (Besando á Juana.) ¡Buenos días, madre; qué alegría tan grande tengo en veros!

JUANA ¡Hola, hija mía! (Abrazándola.) A ver, déjame que te mire. ¡Estás guapísima! No me habían engañado; en la cara se te conoce el contento.

MARG. ¡Ay! sí, madre; soy completamente feliz. Roberto no me abandona ya ni habla de dejar el castillo.

JUANA Vamos, por lo visto la oveja descarriada ha vuelto al redil.

MARG. Y es á vos, madre, á vos, á quien debo este bienestar.

JUANA ¿A mí?

MARG. Vuestra idea de traer aquí á Enriqueta ha sido la que ha solucionado todo.

JUANA ¿Pues qué parte tiene esa señorita en tu felicidad?

MARG. La más importante; ella me ayuda á distraer á mi esposo y á hacerle agradable la estancia en este viejo castillo. No hay medio de aburrirse con ella; es tan amable, tan graciosa, tan complaciente...

JUANA ¡Vaya, mujer, pues me alegro mucho!

MARG. Sabe tantas cosas bonitas que yo me quedo como tonta escuchándola y Roberto lo mismo. Nunca la pagaremos todo el bien que nos ha hecho.

JUANA Pues tenéis el deber de agradecérselo, porque ya sabes que tu marido está obligado con el hermano de la señorita Enriqueta.

MARG. No creais que lo olvida; por el contrario, Roberto ha empleado toda su influencia en la corte para conseguir del Rey el perdón del señor de Pardiac, le ha levantado el destierro y de un momento á otro estará entre nosotros. Roberto ha ido á buscarle al Havre y mañana deben llegar aquí.

JUANA ¿Lo ves? ¡Si tu marido es muy bueno! ¡Si Roberto ha sido siempre un pedazo de pan!

ESCENA V

DICHAS, ENRIQUETA y FIFITA

FIFITA (Corriendo foro.) Ya sabía yo que no me equivocaba; he conocido á Peregrina y he dicho en seguida: «¡Aquí está mamá Juana!» (Muy alegre, abrazándola.) Y á todo esto, buenos días.

JUANA Buenos días, Fifita. ¡Caramba y cómo vamos creciendo!

FIFITA Regular.
JUANA ¿Estudias mucho?
FIFITA ¡Vaya! Enriqueta puede decíroslo. ¿Verdad que me aprendo muy pronto las lecciones? (A Enriqueta.)
ENR. Sí, hija mía, sí; muy pronto.
MARG. Esta profesora es tan amable que con seguridad nos oculta lo que la haces rabiar.
ENR. Al contrario, señora; es una discípula adorable y adelanta mucho en su instrucción.
MARG. Casi no lo creo.
FIFITA (Bajo á Enriqueta.) Dejalas que hablen. Ya verás cómo las sorprendo cuando vean que sé leer de corrido en manuscrito.
JUANA Conque Roberto viene mañana, ¿eh?
FIFITA ¿Cómo mañana? Papá viene hoy. ¿No es eso lo que te decía en la carta? (A Enriqueta, que se turba.)
JUANA ¿Cómo? (Con extrañeza.)
MARG. ¿Os ha escrito Roberto? (Idem.)
ENR. (Vivamente.) No, no señora. La carta á que se refiere la niña es de mi hermano anunciándome su llegada.
ROB. (Dentro.) ¡Margarita, Enriqueta!
FIFITA Ya está ahí papá. (Saliendo muy contenta al foro.)
JUANA Me alegro mucho; así los veo á todos antes de regresar al molino.

ESCENA VI

DICHOS, ROBERTO y PARDIAC

MARG. ¡Roberto! (Abrazándole.)
ROB. ¿Qué tal, hija mía? Dame un beso, monina. (A Fifita.)
ARM. Queridísima Enriqueta. (Abrazándola.)
ROB. Margarita; tengo el gusto de presentarte al señor Barón de Pardiac, un antiguo amigo mío.
ARM. Que no debe ser del todo desconocido para la señora marquesa. Al menos yo, recuerdo perfectamente que fuí invitado á ciertas bo-

das de oro que iban á celebrarse hace siete años en el molino de Valaine.

JUANA ¡Demonio! ¡Pues ahora caigo en la cuenta!... Desde que entrásteis estaba yo diciendo: esta cara... esta cara la he visto yo en alguna parte... Ahora ya sé quién es el ser Barón.

ARM. Ya véis que tengo buena memoria, señora Juana. Después de ocho años de ausencia, comprenderéis que tenía bastantes asuntos que arreglar á mi regreso, pero Roberto estaba tan impaciente por llegar pronto á Benonville, que no ha permitido que me detenga un momento.

MARG. No les esperábamos hasta mañana, pero celebro mucho haber sido prevenida por vuestra carta.

ARM. ¿Mi carta? (Sorprendido.)

ENR. Sí, la que me has escrito desde el Havre. (Rápidamente y para cambiar la conversación.)

ROB. Pero, Fifita, ¿no me dices nada? ¿No estás contenta de que papá haya vuelto?

FIFITA ¡Ya lo creo; mucho! Y más cuando pienso que mi papá no se habrá venido sin algún recuerdo para su niña, ¿verdad?

ROB. Hija mía, reconozco mi falta, pero ha sido tan precipitado el viaje, que te confieso que no he tenido tiempo de ocuparme de ti.

FIFITA (Con triste resignación.) ¡Qué hemos de hacer!.. paciencia.

JUANA ¡No te aflijas tú, hija de mi alma! que si papá te olvida, *pa* eso tienes una abuela que no hace más que pensar en ti. Abajo tengo una porción de juguetes, los más bonitos que he encontrado en la feria de Montevilliers.

FIFITA ¿De veras, abuelita? (Saltando de gozo.)

JUANA Y tan de veras. El trigo se ha vendido bastante bien, y me he dicho: justo es que mi Fifita participe también de las ganancias.

ARM. ¡Ah! ¿pero todavía seguis dedicada á las labores del campo?

JUANA Comprendo vuestra extrañeza, señor. No está bien que la madre de una marquesa trafique en esas cosas, ¿verdad?

ARM. Yo no he querido decir...

JUANA Sí, tenéis razón; pero, francamente, yo no podía acostumbrarme á otra vida. Cuando el señor marqués se casó con mi hija, quiso señalarnos una renta, y nos aconsejó que abandonáramos la granja y el molino, pero nosotros rehusamos. Margarita era casi una niña y tenía tiempo de aprender su papel de marquesa y hacer honor á su marido y á su título. Pero nosotros, señor Barón, tenemos ya los huesos muy duros para ese aprendizaje y hubiéramos estado en los salones como gallina en corral ajeno. *Ca* cosa en su sitio.

ARM. Eso os honra mucho, señora Juana.

FIFITA Abuela, vamos por los juguetes. (Con impaciencia.)

ROB. Margarita, tú me ayudarás á cumplir, con mi amigo Pardiac, los deberes de una franca hospitalidad, ¿no es cierto?

MARG. Y tendré en ello un verdadero placer. Vamos á ocuparnos de vuestra instalación y os dejamos en libertad, para que habléis con Enriqueta, á la que todos queremos y respetamos como el ángel de nuestro hogar.

ARM. En nombre de ella y en el mío, os agradezco profundamente vuestras atenciones.

MARG. Con vuestro permiso. (Saluda y mutis Margarita y Roberto segunda izquierda.)

FIFITA ¿Vamos, mamá Juana?

JUANA A tus órdenes, hija mía. Señores... (Hace una reverencia y se dirige al foro. Mutis con la niña.)

ESCENA VII

ENRIQUETA y PARDIAC

ARM. Veo, querida Enriqueta, que Roberto no ha exagerado en nada. Te encuentro verdaderamente encantadora.

ENR. Estamos sólos. (Después de mirar á todas partes.) ¡Gracias á Dios! No sabes la ansiedad con que te esperaba, hermano mío.

ARM. ¿Qué ocurre? ¿Hay algo nuevo?

ENR. Hay... que cada día es más imposible mi estancia en esta casa y que quiero volver al convento inmediatamente.

ARM. ¿Al convento? No, querida mía; he pensado mucho el asunto, en vista de tus cartas, y espero hacer de ti algo más que una ursulina.

ENR. Tú no sabes hasta dónde llega la pasión del marqués.

ARM. Mejor, eso puede favorecernos mucho.

ENR. No te comprendo, pero lo que sé decirte es que esa pasión me asusta. En su última carta, más insensata que todas las anteriores, Roberto me ofrece abandonarlo todo por mí, pero yo—aun confesando que no he podido ser indiferente en absoluto á ese amor—estoy muy segura de mí y respondo de que jamás seré la querida del marqués de Benonville.

ARM. (Después de una pausa y con intención.) Pero no rehusarías ser su esposa.

ENR. ¿Cómo? ¿Estás hablando en serio?

ARM. La corte de Roma ha roto nudos bastante más sólidos que los que unen á Roberto con esa aldeana.

ENR. ¿Qué intentas?

ARM. Todo es cuestión de tiempo y de influencia. Dame la carta de Roberto.

ENR. Pero...

ARM. Esa carta que tú has dicho que era mía y que por poco nos compromete.

ENR. Aquí está; aun no he tenido tiempo de quemarla como las otras. (Se la da.)

ARM. Está bien; ahora vete; Roberto vendrá á buscarte aquí en cuanto pueda y necesito hablar con él á solas.

ENR. Yo te suplico que...

ARM. Silencio, déjame que yo lleve la gestión diplomática de este asunto. Yo te garantizo que nada hay que temer.

ENR. Sin embargo..

ARM. Vete, hija mía, vete; el tiempo es oro. (La abraza y la despide foro.)

ESCENA VIII

PARDIAC. Luego ROBERTO, segunda izquierda

ARM. (Después de leer la carta y expresando en el semblante una gran satisfacción.) He aquí una pasión que no conviene que se extinga, sino que se aumente y de eso... yo me encargo. Roberto ha conseguido mi indulto, pero no podrá conseguir que mis acreedores me perdonen las deudas. Necesito dinero, mucho dinero... y creo que si exploto con habilidad la pasión de Roberto por Enriqueta podré obtenerlo ¡Oh, sí! Es preciso que mi hermana sea marquesa de Benonville. (Con enérgica decisión.)

ROB. Tu alojamiento está dispuesto en el mismo pabellón de tu hermana y en habitaciones contiguas á las que ella ocupa.

ARM. (Con gravedad.) Mi querido marqués, te estoy muy agradecido; me has devuelto á mi patria y has demostrado por mí un interés que nunca podré pagarte... pero por razones que tú adivinarás fácilmente, no me es posible aceptar la hospitalidad que me ofreces ni dejar un momento más á mi hermana en el castillo de Benonville.

ROB. ¿Cómo?

ARM. Enriqueta, que ya por cartas me había advertido lo que aquí pasaba, acaba de confirmarme esas noticias, expresándome su firme resolución de partir inmediatamente.

ROB ¿Partir?

ARM. Sí. Roberto; eso es lo que exige su dignidad; eso es lo que debemos hacer si queremos evitar los peligros que tu insana pasión puede originar.

ROB ¿Pero ella te ha dicho que esta pasión es mi vida, que no puedo existir sin ella, que estoy loco?

ARM. Todo lo sé y por eso me apresuro á poner el remedio.

ROB. Pardiac, á tí puedo y debo confesártelo todo. Eres más que un amigo, un hermano. Amo á Enriqueta con la fuerza de mi primer amor, con el entusiasmo de mi única pasión.

ARM. ¿De tú primer amor? ¿Pues y Margarita?

ROB. ¡Margarita!... (Con tristeza) Al casarme con ella sólo quise pagar una deuda de gratitud. A los dos meses de matrimonio me arrepentí de haber cedido á un impulso de reconocimiento exagerado. Margarita me salvó, es cierto; quise pagarla con mi fortuna y con mi nombre y con mi cariño, pero no llegué á sospechar que en este precio entraba también algo que vale más que todo eso: la felicidad. Para ocultarla lo que me pasaba, para no hacerla víctima inocente de mi indiferencia, huía de su lado, me sustraía á sus caricias y á sus ternezas y buscaba en París y en Versalles, entre placeres y aventuras, el olvido de mi voluntaria esclavitud. Pero tu hermana apareció un día y desde aquel momento cambió mi vida en absoluto. Mi corazón despertó y la amé... la amé mucho. Dirás que este amor es insensato, sin esperanzas, criminal, lo que quieras, tendrás razón, pero yo no te contestaré más que una cosa, una tan solo: ¡La adoro con toda mi alma!

ARM. Sea. Quiero concederte que tu amor por Enriqueta es grande, sincero, profundo; pero si, por desgracia, mi hermana llegara á participar de ese amor, ¿no crees un deber en mí evitarlo y separaros?

ROB. ¿Separarnos? ¡Oh, calla por Dios! Enriqueta me ama, sí; lo sé, lo he adivinado en sus ojos, en la turbación con que me escucha, en la dulzura con que me rechaza... Y, convencido de esto, ¡no hay poder en lo humano que pueda separarnos!

ARM. Dí más bien que no hay poder en lo humano que pueda reuniros. Tu matrimonio con Margarita Duchemin fué tal vez una locura, una impremeditación que hoy es desgracia;

pero es una desgracia irremediable, una fatalidad consumada, un lazo indisoluble, que te sujeta y que te oprime para siempre.

ROB. ¡Para siempre!

ARM. Para siempre, sí... á no ser que la corte de Roma quiera anularlo como en casos análogos ha hecho.

ROB. ¡La corte de Roma! ¿Y crees que no he pensado ya en eso? Sí, amigo Pardiac, soy tan infame que he llegado á saborear con placer el proyecto de gestionar esa anulación. Mi tío el cardenal, que no me ha perdonado ni me perdonará nunca un matrimonio tan desigual, estoy seguro que me ayudaría empleando toda su influencia en el asunto, pero...

ARM. Comprendo; temes el escándalo.

ROB. No, amigo mío; eso me sería indiferente. Lo que temo es el dolor de mi pobre Margarita, de Margarita, que es un ángel, cuya bondad y cuya inocencia me quitan fuerzas para la lucha.

ARM. Es cierto; debes la vida á esa pobre muchacha, y sería muy cruel herirla en lo más profundo de su alma. Sí, no hablemos más, déjanos partir antes hoy que mañana; la ausencia te hará olvidar á Enriqueta.

ROB. ¿Olvidarla? ¡Eso nunca! Espera unos días. ¡Te lo ruego!... El honor de Enriqueta nada tiene que temer de mí; siempre se respeta al ídolo que se adora; escribiré á Roma, y cuando esté seguro de contar con el apoyo de mi tío el cardenal, entonces... yo resolveré, te lo prometo... Pero esperarás, ¿no es cierto?

ARM. (Pausa.) Si escribes á Roma, aguardaré tu resolución definitiva.

ROB. ¡Oh, gracias!... Gracias, no sabes lo feliz que me haces! (Abrazándole conmovido.) ¡Adiós... y no me abandones en este trance; necesito tu ayuda y tus consejos!... ¡Adios, amigo Pardiac!... ¡Adiós, hermano mío! (Mutis foro.)

ESCENA IX

PARDIAC, que le ve marchar vacilante é indeciso

No se atreverá; estoy seguro. Toda su decisión y toda su energía irán á estrellarse ante la dulce ternura de Margarita; de Margarita que, inocente y confiada, solo puede tener amor para su esposo y cariñosas atenciones para Enriqueta. Roberto seguirá compadeciéndola y perderemos lastimosamente el tiempo. (Pausa corta.) En cambio, si esa niña sintiera el aguijon de los celos, si la marquesa sospechara lo que ocurre... la oveja se convertiría en leona, y esa lucha que Roberto no se atreve á entablar, estallaría con toda su fuerza... ¡oh, sí! Es preciso que Margarita lo sepa todo; esto nos allanará el camino y precipitará los acontecimientos. Para conseguirlo, esta carta es más que suficiente. (Sacando la que le dió Enriqueta y colocándola, después de mirar con precaución á todas partes, en el cesto de labor que Rosa dejó sobre la mesa.) He aquí la chispa que ha de propagar el incendio. Ahora, prudencia y á esperar con calma las primeras llamaradas. (Mutis primera derecha.)

ESCENA X

MARGARITA y FIFITA, segunda izquierda

MARG. Vamos, hija mía; ya es la hora de tu lección.

FIFITA A eso iba. Ya he dejado guardados los juguetes de mamá Juana, y voy á buscar á la señorita Enriqueta, porque no quiero hacer esperar á papá.

MARG. ¿A papá? (Con gran extrañeza.)

FIFITA A papá, sí señora. ¡Si creerás que él no se interesa por mi educación!... Todos los días acude á ver si me sé las lecciones. Y es tan bueno, que no permite que estudie mucho rato; en cuanto leo un cuarto de hora ya me está diciendo: «Descansa, hija mía; vé á jugar un poquito...» Me da dos besos... y hasta el día siguiente.

MARG. ¿Sí, eh? (Preocupada.)

FIFITA Hoy voy á sorprender á la profesora. Me sé la fábula de memoria admirablemente... verás...

MARG. No te entretengas...

FIFITA Espérate, á ver si la recuerdo... (Pausa.) Sí, justamente; oye:

Cantando la cigarra
pasó el verano entero...

(Pausa, dudando.)

pasó el verano entero...

(Dando una patada en el suelo con graciosa impaciencia.)

¡Caramba!... Pues no me acuerdo de lo que sigue... ¿á ver?...

Cantando la cigarra
pasó el verano entero
pasó el verano... (Pausa.)

¡Nada, que también yo voy á pasar el verano sin acordarme! ¡Ah!... ya me acuerdo:

pasó el verano entero
sin hacer provisiones
allá para el invierno.

MARG. ¡Vamos, hija mía, que es tarde!

FIFITA Tienes razón; adiós, mamita, dame un beso. (Besándose.) Y me voy á escape, no sea que se me vuelva á olvidar.

Cantando la cigarra
pasó el verano entero...

(Mutis precipitado y repitiendo deprisa los cuatro versos citados.) ¡Adiós, adiós! (Tirando besos á su madre desde la misma puerta del foro.)

ESCENA XI

MARGARITA, pensativa

No sabía yo que Roberto asistía á las lecciones de Fifita. (Pausa) ¡Bah! ¿y por qué he de preocuparme?... ¡Es natural; quiere tanto á su hija!... (Suspirando con tristeza.) Y sin embargo, nunca como ahora me entristece mi falta de instrucción y la humildad de mi origen. (Se sienta en el sillón y acerca hacia sí el cesto de labor como disponiéndose á trabajar.) Si yo hubiera sido educada como la señorita de Pardiac y supiese lo que ella sabe, mi hija no necesitaría institutrices. ¡Con cuánto gusto la enseñaría yo todas esas cosas tan bonitas que Roberto quiere que aprenda!... (Pausa.) ¡Oh, sí! Es una desgracia tener que valerse de personas extrañas, indiferentes, que no pueden tener otro interés que el de justificar su sueldo... (Pausa. Va á tomar su labor y se fija en la carta que dejó Pardiac en el cestillo.) ¿Qué es esto?... ¡Una carta!... ¡Y letra de Roberto!... ¿Cómo puede estar aquí este escrito y á quién se dirige?... Veamos. (Lee.) «No vivo desde que estoy separado de vos; cuento las horas, los minutos que faltan para volar á vuestro lado»... ¡Cómo! ¿á quién puede dirigir Roberto estas frases?... (Sigue leyendo con creciente agitación.) «Para calmar en parte mi impaciencia os escribo; necesito deciros una vez más que sois desde que os conocí mi primero, ¡mi único amor!»... (Exaltada.) Pero, ¿qué estoy leyendo, Dios mío? Sí, es eso lo que dice... «Mi primero, mi único amor» ¡Luego Roberto ama á otra mujer... á otra mujer que habita en el castillo!... ¡Ah, sí; á Enriqueta!... no puedo dudarlo... Se aman, sí... ¡Me engañan los dos miserablemente!... ¡A ver... á ver... falta todavía!... (Volviendo á leer.) «No me hableis de deberes ni de obstáculos; mi amor los salvará todos. Si Mar-

garita nos descubriera, si osara interponerse entre los dos, su actitud vendría á romper los lazos que nos unen, y me alejaría para siempre de su lado.» (Llorando.) ¡Infame!... «Sí, Enriqueta; partiría con vos y con mi hija.... ¡los dos grandes amores de mi vida!» ¡Eh!... ¿qué dice?... ¿con su hija?... (Dominando sus sollozos y en actitud de fiera energía.) ¡Oh, no; eso nunca!... Yo arrojaré de mi casa á esa mujer infame que me roba el corazón de Roberto... ¿pero mi hija? ¿arrebatarme á mi hija? ¡que se atrevan! La esposa podría perdonarlos... ¡la madre... (Con fiereza.) la madre los destrozaría!... (En este momento aparece Juana por el foro.)

ESCENA XII

DICHA y JUANA

JUANA Oye, Margarita...

MARG. ¿Eh? ¿quién es? (Ocultando rápidamente la carta en el pecho y haciendo un esfuerzo supremo para dominarse y disimular. Transición.) ¡Madre!... ¿Sois vos? (Con calma aparente.)

JUANA Sí, hija mía, yo; ¿te interrumpo?

MARG. No, al contrario, hablad; no sabéis el gusto con que os escucho. (Intentando ocultar su agitación, pero sin conseguirlo en absoluto. Es un momento que se deja encomendado al talento de la actriz encargada de este papel.)

JUANA (Aparte.) ¿Qué es esto? Aquí pasa algo. (Alto.) Pues, nada, hija mía; voy á emprender la vuelta al molino, pero antes quisiera hablar contigo y á solas.

MARG. Ya os escucho.

JUANA El asunto de que se trata te va á sorprender, ya lo sé; es posible que te haga reir... pero he dado mi palabra y creo que ha llegado la ocasión de cumplirla.

MARG. No adivino...

JUANA Nada te diría si no te viera completamente feliz; pero ahora que no tienes pena ningu-

na, ahora que eres dichosa, porque yo creo que eres muy dichosa, ¿verdad, hija mía?

MARG. (Con cierta tristeza.) Mucho, sí... (Aparte.) ¡Pobre madre!... ¡si ella supiera!... (Queda preocupada.)

JUANA Ahora que ya no me necesitas para nada, me atrevo á decírtelo.

MARG. (Aparte y distraída) ¡Estarán juntos!... ¡Se hablarán de amor!.. ¡Infames!

JUANA ¿Qué tienes hija mía? ¿No me oyes?

MARG. Sí, madre, sí; continuad. (Dominándose.)

JUANA Mientras tenías penas, mi deber era consolarte y estar á tu lado; pero ya que por fortuna pasaron los tiempos malos y estás tranquila con tu marido y con tu hija y rodeada de personas que te quieren, ahora tu pobre madre ya no hace falta... ¡casi es un estorbo á tu felicidad!

MARG. ¿Qué decís?

JUANA Pues nada, hija mía, que... me caso y que abandono estas tierras por una larga temporada.

MARG. ¿Vos, madre? (Asombradísima y con terror.)

JUANA Ya sabía yo que te sorprenderías, pero te juro que nunca he tenido esa idea; en mi corazón no había más cariño que el del pobre abuelo, el tuyo y el de nuestra encantadora Fifita; pero Narciso está cada día más enamorado de mí; hace ocho años que el pobre sufre por mi causa: ¡se ha portado tan bien, me quiere tan noblemente, que yo no tengo más remedio que corresponder á ese afecto! Por otra parte, el abuelo dice que hace falta un hombre en la casa... y en fin, que entre los consejos de Andrés, los ruegos de Narciso y la alegría que me produce el ver que tú eres feliz y que no me necesitas para nada, me he decidido, y aquí vengo, muerta de vergüenza á pedirte permiso para disponer de mi blanca mano. (Pausa. Margarita hace esfuerzos por contener el llanto.) Si me lo concedes, como supongo, mañana mismo partiremos el abuelo, Narciso y yo para nuestra granja de Vattot; allí nos casaremos y allí estaremos algún tiempo, el suficiente

para evitar que á nuestro regreso nos obsequien con una cencerrada nuestros queridos convecinos de Criquetot. Conque... ¿qué te parece? (Margarita, que durante estas frases ha procurado disimular su emoción y reprimir sus lágrimas, rompe á llorar amargamente.)

MARG. No, madre, no me abandoneis; yo no tengo en el mundo más que á vos... ¡Soy muy desgraciada!

JUANA ¿Qué decís, Margarita?

MARG. ¡Madre... madre de mi alma! (Se arroja en sus brazos llorando.)

JUANA ¡Ya sabía yo que algo me ocultaban! Vamos, hija mía, traquilízate... los brazos de tu madre no te faltarán nunca. (Fijándose en que Margarita está desmayada.) ¿Pero qué es esto, te sientes enferma? ¡Se ha desmayado! ¡Socorro! ¡Narciso! ¡Rosa! (Llamando.)

ESCENA XIII

DICHAS y ROSA y NARCISO foro

NARC. ¿Qué pasa?

ROSA ¿Qué hay, señora Juana?

JUANA ¡Margarita... hija mía! ¡Se ha puesto mala! ¡Ayudadme á llevarla á su cuarto! (Cogiéndola entre todos.)

NARC. ¿Pero qué ha ocurrido?

JUANA No lo sé; algo que ha escapado á la vigilancia que os tengo encomendada. (Entran primera izquierda Juana, Margarita y Rosa.)

ESCENA XIV

NARCISO. Luego FIFITA

NARC. Ea, pues, ya está otra vez mi boda aplazada hasta sabe Dios cuando. ¡Pero señor, qué habrá podido ocurrir ahora!

FIFITA ¡Hola, Narciso, buenos días. (Lleva un librito en la mano.)

NARC. Buenos días, señorita marquesa.

FIFITA Hoy sí que he acabado pronto, ¿verdad? Papá no ha querido que mi lección dure mucho. ¡Yo, que me había aprendido tan bien la fábula para decírsela!

NARC. ¡Sí que es una lástima!

FIFITA Pero no importa: te la diré á tí.

NARC. No, querida; tengo mucho que hacer. (Aparte.) ¡Bueno estoy yo ahora para fabulitas!

FIFITA Si es muy corta; verás...
«Cantando la cigarra...»

NARC. No, mira; repásala un poco y luego me la dirás. Ahora voy á ver lo que quiere la abuela. (Viendo á Juana que sale. Fifita se sienta en un sillón y abre el libro.)

ESCENA XV

DICHOS y JUANA, que sale izquierda

NARC. ¿Cómo está?

JUANA Muy mal; cuando ha vuelto en sí se ha puesto á llorar amargamente. Todas mis preguntas han sido inútiles; nada ha querido decirme; tan solo he oído que llamaba á Roberto y á Enriqueta; vé á buscarlos. ¡Ya verás cómo aquí ha habido un disgusto, y gordo!

NARC. No lo creáis, señora Juana. Eso no será nada; cuestión de *niervos* y *na* más. (Mutis foro.)

ESCENA XVI

JUANA y FIFITA. La niña sigue sentada, vuelta de espaldas y leyendo sin apercibirse de lo que pasa hasta el momento oportuno

JUANA ¡Sí que es bien extraño lo que sucede; tan alegre hace un rato y ahora tan desolada!... ¿Qué ha podido ocurrirle así, tan de repente?. . Y que es algo no cabe duda... y algo

que está oculto en este papel que he encontrado en su pecho al desabrocharla... ¡Sí; yo no me equivoco; en esta carta está la causa de su pena; por ella de fijo sufre tanto mi pobre Margarita!

FIFITA (Que ha oído las últimas trases, deja el libro y se acerca á Juana.) ¿Qué dices?... ¿Que sufre mamá?

JUANA ¡Sí, hija mía; sufre mucho!

FIFITA ¿Y quién la hace sufrir?

JUANA ¡Ah! Si yo supiera leer ya conocería yo la causa de su mal.

FIFITA ¿Por qué?

JUANA Porque esta carta me lo diría.

FIFITA Pues entonces podemos saberlo muy pronto; yo te la leeré si quieres.

JUANA ¿Tú?

FIFITA ¡Anda! ¡ya lo creo! Sé leer en manuscrito, con algunos tropezones, ¿eh? Verás, dame esa carta.

JUANA Sí, querida mía, ven aquí. (Se sienta y coloca á la niña en sus rodillas.) Vamos á saber lo que aflige á tu madre y así podremos consolarla, ¿verdad, ángel mío?

FIFITA Sí, mamá Juana; verás que pronto nos enteramos. (Desdobla la carta.) ¡Hombre! Esta carta es de papá; mira, conozco nuestro escudo.

JUANA A ver... lee... lee pronto. (Con gran impaciencia.)

FIFITA (Leyendo trabajosamente y casi deletreando.) «No vivo desde que... es... toy se... parado... de... de... vos...» (Hablando.) Es á mamá á quien escribe.

JUANA Continúa (Pausa; Fifita se fija mucho como si no entendiera.) ¿Vamos, qué te detiene?

FIFITA Es que hay palabras que están así como borrosas, mira...

JUANA (Mirando el papel.) ¡Pobre Margarita! ¡Sus lágrimas las han borrado! Sigue más abajo..

FIFITA (Leyendo.) «No .. me habléis de deberes ni de obstáculos; mi amor los salvará todos.»

JUANA (Aparte.) ¡Ah!... ¡Ya lo sabía yo!... Esta carta es para una mujer á quien ama Roberto... A ver su nombre... su nombre debe estar ahí; acaba, hija mía, acaba...

FIFITA (Leyendo.) «Si Margarita nos descubriera.»

(Dejando de leer.) Eso dice, sí; luego no es á mamá á quien escribe...

JUANA Vamos, hija mía, pronto. (Aparece Enriqueta por el foro.)

ESCENA XVII

DICHAS y ENRIQUETA

FIFITA «Si osara interponerse entre los dos...»

ENR. (Avanzando rápidamente y arrancando el papel de manos de Fifita.) ¡Oh, basta; de dónde has cogido esta carta!

JUANA (Levantándose.) ¡Ah, muy bien!... ¡Ya sé todo lo que necesito!

ENR. (Aparte.) ¡Qué imprudencia!

JUANA Mira, Fifita, mamá te llama; vé á verla en seguida...

FIFITA Voy... voy... (Medio mutis. Luego vuelve y dice con candorosa ingenuidad.) ¡Ah! ¡Y conste que he leído bastante bien!... (Mutis izquierda.)

ESCENA XVIII

JUANA y ENRIQUETA

JUANA (Con energía reconcentrada y después de mirar á todas partes) ¿Es á vos á quien Roberto escribe esa carta, verdad?

ENR. (Con calma.) Sí, señora; yo no sé mentir.

UANA ¿Que no sabéis mentir? ¿Pues qué otra cosa habéis hecho desde que entrasteis en esta casa? No sólo habéis engañado villanamente á mi hija, si no que la habéis robado... (Movimiento de Enriqueta.) Robado, sí, esa es la palabra. Si se acusa y se condena á una pobre criada que sisa un escudo para dar pan á su anciano padre, ¿qué merecéis vos que robáis

á una mujer honrada el corazón de su marido?

ENR. Señora, os perdono esas frases... (Con gesto desdeñoso.)

JUANA (Exaltadísima.) ¿Que me perdona? ¿Ha osado decir que me perdona? ¿Pero es que creeis que el blasón de una ridícula nobleza ha de impedirme arrojaros al rostro vuestra conducta incalificable? ¿Qué nobleza es esa que no se detiene ante los delitos ni ante las infamias? La verdadera nobleza no está en los pergaminos ni en los títulos; está en la bondad de las almas nobles y de los corazones generosos.

ENR. ¡Señora!..

JUANA Yo, una hija del pueblo, una mujer del campo sin más blasones que su conciencia honrada, me acerco hoy á vos y os digo con el mayor respeto: «Excelentísima señora Baronesa... ¡sois una infame!»

ENR. ¿Cómo?

JUANA (Con creciente exaltación.) Sin duda habéis pensado vos y Roberto que Margarita, débil y agotada por el dolor, moriría de pena y podríais uniros cobardemente ultrajando su sepultura, ¿no es cierto? ¡Ah! Pero no habéis pensado en que si la pobre Margarita no tiene más que ojos para llorar y corazón para sufrir, está aquí su madre, su madre que la adora y que tiene por fortuna dos brazos, rudos y brutales como las aspas de su molino, pero dos brazos con la fuerza suficiente para arrojaros de aquí por la ventana si es que no quereis salir por la puerta.

ENR. Señora, al creerme culpable, tenéis el derecho de maldecirme, pero no os reconozco el de insultarme.

JUANA Yo lo que no quiero es que Margarita os encuentre en su casa cuando salga de ahí; partid inmediatamente.

ENR. Jamás por orden vuestra.

JUANA ¿Que no? De grado ó por fuerza os haré salir. (Enriqueta va al foro como para llamar.) No me importa que llaméis; que venga todo el mun-

do; ¡yo diré muy alto que es el crimen, que es la traición y la vergüenza la que yo arrojo de esta casa! (En este momento aparece Roberto por el foro.)

ESCENA XIX

DICHOS y ROBERTO

ENR. (Al ver á Roberto va hacia él.) A falta de mi hermano que pueda defenderme, el marqués me protegerá.

JUANA ¿Protegeros... él? No creo que se atreva.

ROB. ¿Qué ocurre aquí?

JUANA Poca cosa, Roberto; que en nombre de la señora marquesa de Benonville acabo de arrojar de aquí á esa mujer.

ROB. ¿Pero olvidais que estais en mi casa?

JUANA Yo sólo me acuerdo de que estoy en la de mi hija.

ROB. Sentiré teneros que demostrar que yo soy aquí el único dueño, y que si la señorita de Pardiac quiere permanecer en el castillo, en él continuará á despecho del mundo entero.

JUANA ¿Cómo? ¿Os atreveréis á llevar vuestra infamia hasta ese extremo? ¡Está bien! ¡Ella misma os lo dirá! ¡Margarita! ¡Margarita! (Llamando izquierda; como loca.)

ESCENA XX

DICHOS y MARGARITA, que sale con FIFITA primera izquierda

JUANA Ven, hija mía; dí á este miserable de Roberto que es preciso que elija entre esa mujer y tú; dile que si no abandona inmediatamente esta casa, tú saldrás conmigo de ella ahora mismo y para siempre.

ROB. (Colérico.) Sí, Margarita, atrévete á decirlo.

JUANA ¿Qué?... ¿Dudas? Ven, hija mía, ven; estos canallas acabarán por asesinarte. (Tirando de ella bruscamente.)

FIFITA (Llorando y abrazándose á Margarita.) ¡Mamá, mamá de mi alma! ¡Yo no quiero que te vayas!

MARG. (Desasiéndose de Juana y cayendo en el sillón con su hija en los brazos.) ¡No, madre, no; es mi hija! ¡Mi deber es quedarme! (Abrazando con efusión á Fifita y sollozando con gran amargura.)

TELÓN RÁPIDO



ACTO TERCERO

CUADRO QUINTO

La envenenadora

Sala corta del castillo. Mesa, sillón y sillas. Puertas al foro y en los dos primeros términos laterales

ESCENA PRIMERA

PARDIAC y el DOCTOR IZET, sentados

DOCTOR El estado de la señora marquesa empieza á inquietarme: ¿qué ha podido ocurrir para una alteración tan repentina de su salud?

ARM. Un disgusto de familia; ya os lo he dicho.

DOCTOR Pero ese disgusto ha debido tomar proporciones muy violentas, porque la pobre señora Juana se encuentra también extraordinariamente afectada.

ARM. ¿También?

DOCTOR Al volver á su granja fuí llamado con urgencia, encontrándola en un estado de excitación cerebral, que en un principio me hizo temer, si no por su vida por su razón.

ARM. ¿Y está ya mejor?

DOCTOR La considero fuera de peligro, por ahora, pero hay que ocultarla cuidadosamente la enfermedad de su hija.

ARM. De modo que vuestra opinión acerca de Margarita...

DOCTOR Mi opinión es, que en el estado de debilidad en que se encuentra, la más ligera complicación puede tener consecuencias funestas.

ARM. ¡Pobre muchacha!

DOCTOR He mandado á Narciso á Loges, á casa de Cantelen (1), el único boticario que tenemos por aquí, y confío en que la fórmula que la he dispuesto, nos ayudará á combatir el mal. Que la tome en seguida (Levantándose.) y que se me avise si hubiera alguna novedad.

ARM. ¿Os vais, Doctor?

DOCTOR Sí; vuelvo al molino á ver cómo sigue la señora Juana. ¡Pobres gentes! He aquí un matrimonio que prometía más felicidades y más alegrías de las que ha proporcionado. ¡Caballero! (Saludando á Pardiac.)

ARM. Hasta luego, mi querido Doctor. (Mutis fondo Izet.)

ESCENA II

PARDIAC. Luego ANTONIO, foro

ARM Por lo visto, Margarita está en realidad enferma. Su constitución débil y la incapacidad, más que probable, de este pobre médico de aldea, pueden proporcionarnos una solución con la que no contábamos. Esperemos, pues.

ANT. Señor barón; un caballero solicita el honor de hablaros reservadamente.

ARM. ¿A mí? (Aparte) ¡Un acreedor, de fijo! (Alto.) ¿Ha dicho su nombre?

ANT. Me ha indicado, al preguntárselo, que su nombre os es desconocido en absoluto, pero que interesa mucho al señor barón el recibirle.

ARM. Hacedle entrar. (Vase Antonio.)

---

(1) Pronúnciase *Cantelan*.

ESCENA III

PARDIAC. Luego RIGOBERTO. Este aparece vestido de negro y con ropa bastante vieja y deslucida. Es jorobado y algo patizambo, representa unos cincuenta años y es un tipo cínico y ceremoniosamente afectado

ARM. ¡Diablo! Pronto han encontrado mi pista. ¿Quién podrá ser?

RIG. (Desde la puerta del foro.) ¿El señor barón de Pardiac?

ARM. Adelante. (Entra Rigoberto inclinándose cómicamente como indicando un gran respeto.—Pardiac le mira con gran fijeza.)

RIG. El señor Barón se toma una molestia inútil queriendo recordarme. Ambos tenemos el gusto de vernos ahora por primera vez.

ARM. (Aparte.) Vamos, entonces no puede ser un acreedor. (Alto.) Tened la bondad de tomar asiento.

RIG. (Sentándose.) Os lo agradezco mucho, señor barón; entre mis piernas, que no funcionan con la debida regularidad y esta protuberancia, vulgo joroba, que aumenta el peso de mi individuo, me canso muchísimo; así, pues, me siento con vuestro permiso. (Pausa. Tose, saca el pañuelo, se limpia. Todo muy despacio.)

ARM. (Impaciente.) ¿Puedo saber quién sois?

RIG. A eso vengo precisamente, señor: á deciros quién soy, quién he sido y quién puedo ser.

ARM. Acabemos.

RIG. Ahora no soy más que un pobre cesante, cargado de familia.

ARM. Basta; si lo que deseais es un socorro...

RIG. No vendrá mal, pero os advierto que los socorros que yo necesito son de bastante más importancia de lo que habéis creido.

ARM. No comprendo.

RIG. Quizá empeceis á comprender cuando yo os diga que un servidor ha desempeñado altos destinos en la corte.

ARM. Lo celebro mucho.

RIG. El último fué el de secretario en el gabinete particular de su Eminencia el Cardenal Dubois (1), primer ministro de Su Majestad el Rey, que Dios guarde.

ARM. Es un bonito destino. (Con cierta sorna.)

RIG. ¡Ah! ya lo creo. Le ocupaba precisamente en la época en que se descubrió cierta conspiración de caballeros normandos y bretones, á algunos de los cuales conocerá sin duda el señor barón.

ARM. Ya voy comprendiendo; sabéis que yo fuí uno de aquellos conspiradores.

RIG. Justamente; ya que el señor barón tiene la modestia de confesarlo...

ARM. Lo que quizá ignoreis es que he vuelto á Francia indultado y libre de toda culpa.

RIG. Gracias á la influencia y al interés de vuestro gran amigo el señor marqués de Benonville, ¿no es eso?

ARM. Veo que estais muy bien enterado.

RIG. Lo sé todo, señor; y precisamente esta noble conducta del marqués y su generoso comportamiento hacia vos da más interés al asunto que motiva mi visita.

ARM. ¿Y ese asunto?

RIG. Es muy breve; oidme bien. (Acercando la silla á Pardiac.) Estaba yo en el Ministerio cuando se recibió una carta procedente de Londres y dirigida á su Eminencia el Cardenal Dubois, con expresa indicación de que solo él y nadie más que él podía abrirla.

ARM. Continuad. (Con cierta turbación.)

RIG. Yo... lo declaro noblemente, soy curioso, muy curioso. Esto no es un defecto; es una afición como otra cualquiera: la afición de enterarme de todo.

ARM. Adelante.

RIG. Así, pues, cuando aquel día entré el correo á su Eminencia, procuré no perder de vista la carta misteriosa, y me fijé muy bien en que monseñor Dubois, después de leerla, exclamó indignadísimo: «¡Oh, qué infamia!

---

(1) Pronúnciase *Dibuá*.

¡Yo no puedo pagar tan caro una cobardía!» Y arrugando el papel entre sus manos lo arrojó á la chimenea y salió del despacho, como vulgarmente se dice, «echando chispas.»

ARM. (Aparte.) Lo arrojó á la chimenea; ¡respiro!

RIG. (Sonriendo cínicamente.) Pero como otra de mis aficiones es la de coleccionar documentos curiosos, así que su Eminencia hubo abandonado el despacho, me precipité sobre el papel que el fuego había respetado y tuve la satisfacción de enterarme de su contenido.

ARM. Eso es indigno.

RIG. Así parece á primera vista, pero pronto verá el señor barón que lo más indigno viene ahora. (Con intención.)

ARM. Acabemos.

RIG. Aquella carta era una historia completa y detallada de la conjuración, y en ella se proponía al primer ministro darle á conocer los nombres de todos los conjurados, cobrando como precio de esta delación la insignificante suma de trescientos mil doblones. (Pausa. Pardiac no puede disimular su agitación.) La firma de la carta os debe ser muy conocida: decía simplemente Armando de Pardiac.

ARM. Eso es falso. Algún miserable tomó mi nombre y suplantó mi firma.

RIG. Eso es lo que yo creí al principio; pero por desgracia para vos y por fortuna para el valor histórico de mi colección, pronto pude convencerme de que el autógrafo era rigorosamente auténtico. ¡Oh! tengo una gran costumbre para esta clase de pruebas.

ARM. En resumen, ¿qué deseais?

RIG. He sabido que habíais regresado á Francia y que os encontrábais precisamente en casa de vuestro entrañable amigo (Con sorna.) el señor marqués de Benonville, y me he dicho: «Voy á prestar al señor de Pardiac un gran servicio», y aquí me tenéis.

ARM. ¿Con la carta? (Con gran ansiedad.)

RIG. No; (*Con guasa.*) tranquilícese el señor barón; con una copia de la carta. El original podía extraviarse y lo tengo depositado en lugar seguro. Se os entregará en cuanto yo haya recibido cincuenta mil doblones, que es el precio que tiene fijado el documento en mi catálogo.

ARM. ¡Miserable!

RIG. (*Con calma y frialdad.*) Reflexione un poco el señor barón y comprenderá que no merezco vuestros insultos. Después de todo vos pensábais traficar con las cabezas de vuestros amigos y yo me limito á traficar con algo que vale bastante menos: con vuestro honor; lo mío es un negocio como otro cualquiera, lo vuestro es una... cobardía.

ARM. ¿Qué? (*Descompuesto y amenazador.*)

RIG. (*Con humildad sarcástica.*) No es mía la palabra, señor; es de su Eminencia el Cardenal Dubois. (*Pausa.*)

ARM. Está bien; pero ahora no tengo la suma que me pedís.

RIG. Ni hace falta que la entreguéis en el acto; os puedo conceder un plazo, por ejemplo, de quince días.

ARM. Es poco; necesito un mes por lo menos.

RIG. Pues para que veais que soy razonable y que sólo me guía el deseo de evitaros un disgusto, queda convenido en que dentro de un mes el documento en cuestión estará en vuestro poder, previo el pago de la suma estipulada.

ARM. Estamos conformes.

RIG. Claro es que si por cualquier circunstancia no pudiérais efectuar el pago dentro de ese tiempo, la carta se remitiría de todos modos al cumplir el plazo...

ARM. Os agradezco esa prueba de confianza.

RIG. (*Continuando y con mucha sorna.*) Digo que se remitiría al señor marqués de Benonville para que vea que tiene en vos un verdadero amigo.

ARM. ¡Oh!... ¡canalla!

RIG. (*Con calma y levantándose.*) Tengo el gusto de

presentar al señor barón el testimonio de mi consideración más distinguida. (Inclinándose ceremoniosamente y dirigiéndose á la puerta. Mutis inclinándose repetidas veces.)

ESCENA IV

PARDIAC, que se pasea agitado

¡Oh! Este hombre puede echar por tierra todos mis planes... No; es preciso forzar la máquina, precipitar los sucesos... tengo un plazo corto, muy corto. (Pausa.) Si en este plazo la enfermedad de Margarita se agravara... ¿Y por qué no? Su mismo médico abriga serios temores; un desenlace funesto no sorprendería á nadie... (Queda preocupado y pensativo.)

ESCENA V

DICHO y ENRIQUETA, foro, vestida de camino

ENR. Te buscaba, Armando.

ARM. ¿Para qué? (Con sequedad.)

ENR. Para decirte que estoy resuelta, y que contigo ó sin tí partiré inmediatamente; quiero regresar de nuevo á mi convento.

ARM. Piensa lo que haces, Enriqueta. Después del escándalo promovido por Juana tu marcha es reconocerte culpable.

ENR. ¿Y qué me importa? Yo no soy de esas mujeres que capitulan con su conciencia y encuentran una excusa en su propia debilidad. No, Armando; por fortuna he conservado el orgullo de nuestra raza y este orgullo me da fuerzas bastantes para alejarme del peligro. Quiero partir inmediatamente.

ARM. (Aparte) Después de todo, es inútil que Enriqueta presencie lo que puede ocurrir aquí. (Alto.) Está bien, hermana mía; hoy mismo

regresarás á las Ursulinas; allí puedes esperar los acontecimientos.

ENR. ¿Esperar? ¿El qué?

ARM. ¡Quién sabe todavía lo que el destino te tiene reservado!

ENR. Pero...

ARM. Silencio; voy á dar orden de que te preparen un carruaje. (Dirigiéndose al foro á tiempo que sale Roberto y escucha las últimas palabras.)

ESCENA VI

DICHOS y ROBERTO

ROB. ¿Un carruaje? ¿Para Enriqueta, no es cierto?

ARM. (Secamente.) Sí; mi hermana regresa esta tarde á las Ursulinas de Ivetot. (Saluda y vase.)

ESCENA VII

ENRIQUETA y ROBERTO

ROB. ¿Estais completamente resuelta?

ENR. En absoluto; quiero alejarme de aquí lo antes posible.

ROB. Está bien; partid Enriqueta; pronto volveremos á vernos.

ENR. ¡Jamás! (Con firmeza.)

ROB. Antes de lo que podéis figuraros.

ENR. Yo sabré poner entre los dos una barrera infranqueable.

ROB. ¡Enriqueta! (Suplicante.)

ENR. Ya he escrito á vuestra esposa pidiéndole perdón; la he jurado por la santa memoria de mi madre que no soy culpable, la he prometido que jamás volverá á encontrarme en su camino...

ROB. Por Dios, Enriqueta; tened piedad de mí.

ENR. Basta, Roberto; olvidadme para siempre. Yo no puedo pensar ya más que en Dios. (Roberto cae en un sillón y oculta el rostro entre las manos transido de dolor.)

ESCENA VIII

DICHOS y MARGARITA, por la izquierda, vestida de blanco, el pelo suelto, pálida y ojerosa y con expresión de tristeza y sufrimiento indefinibles. Al aparecer, Enriqueta se inclina con respeto

MARG. (A Enriqueta.) Señorita, acabo de recibir vuestra carta y pienso que cuando se invoca la memoria de una madre no se puede mentir.

ENR. Tenéis razón. Yo me consideraré muy dichosa si mi juramento asegura vuestra felicidad. (Margarita se vuelve con desdeñosa indiferencia. En este momento aparece Antonio por el foro.)

ANT. El carruaje para la señorita Enriqueta está dispuesto. (Saluda y vase. Pausa.)

ENR. (Avanza un poco hacia el foro; se detiene, mira á Margarita y dice triste y respetuosa:) Señora marquesa, no volveremos á vernos ya en este mundo; ¿me dejaréis marchar sin una mirada de perdón... sin una palabra de misericordia?

MARG. Id en paz, señorita; yo no he sabido jamás odiar á nadie... y os perdono de todo corazón el daño que me habéis hecho. (Tiende su mano á Enriqueta, que la besa con efusión y entre sollozos postrada de hinojos.)

ENR. ¡Oh! ¡Gracias... gracias!... ¡Y adiós para siempre! (Mutis foro.)

ESCENA IX

ROBERTO y MARGARITA. Roberto se levanta del sillón como para detener á Enriqueta, pero luego, impuesto por la serena dignidad de Margarita, vuelve á caer en su asiento con expresión de dolor infinito. Margarita se acerca lentamente á él y le dice con resignada dulzura:

MARG. En cuanto á vos, comprendo lo que sufrís, pero por desgracia no puedo ofreceros más consuelo que el de evitaros el disgusto de mi presencia. (Se dirige á la izquierda.)

ROB. (Se levanta con decisión.) Quedaos, Margarita, yo os lo suplico; sois mi única esperanza.

MARG. ¿Yo?

ROB. Ya que habéis sido tan generosa con Enriqueta, ¿por qué no habéis de tener piedad de mí?

MARG. ¿Qué puedo hacer yo por vos?

ROB. Lo primero, escucharme. (Movimiento de Margarita.) Yo os lo ruego. (La coge de la mano, la conduce á un sillón y Roberto se sienta á su lado.)

MARG. Ya os escucho.

ROB. He sido bien ingrato con vos, Margarita; lo reconozco. Al daros mi nombre y mi mano para corresponder á vuestro sublime rasgo de abnegación y sacrificio, pensé, leal y sinceramente, que con el tiempo os amaría. Erais tan cándida, tan pura, tan bella... tan digna de ser amada, que ni un momento dudé que mi amor correspondería al vuestro en breve plazo. Pero, desgraciadamente, y por doloroso que sea confesarlo, no ha sido así; el corazón tiene misterios incomprensibles y el mío parecía empeñado en demostrar que era incapaz de amar á nadie.

MARG. Y sin embargo... Enriqueta llegó y habéis amado.

ROB. ¡Oh! Creedme, Margarita; he procurado con verdadero empeño resistir á esa pasión que me hacía perjuro; ¡todo inútil! Mi amor por vos hubiera sido la dicha de los elegidos; mi amor por Enriqueta era el suplicio de los condenados... pues bien, Margarita, á vos os debo una confesión completa: en esa lucha horrible entre el ángel que amorosamente debía salvarme y el espíritu infernal que me atraía con fuerza irresistible, éste ha triunfado y loco y delirante caigo hoy de hinojos ante vos, (Arrodillándose.) y os digo: Margarita, la vida común es imposible entre nosotros; no nos empeñemos en llegar al odio ni al desprecio... ¿Consentís en pedir conmigo la anulación de nuestro matrimonio? Siendo de común acuerdo podremos conseguirla sin ruido y sin escándalo... Ya

lo veis, Margarita; no amenazo, ruego... suplico... ¡lloro... á vuestras plantas! (Conmovido profundamente.)

MARG. Basta, Roberto. (Levantándose con dignidad.) Si para contestaros no tuviera más que escuchar los latidos de un corazón que tan cruelmente habéis destrozado, yo no disputaría á la señorita de Pardiac este nombre que vos me habéis dado voluntariamente y sin yo pedíroslo y que ahora queréis arrebatarme... Os dejaría en libertad y volvería hasta con gusto á mi pobre granja de Valaine, donde todo me quiere y donde hasta los pájaros y las flores me sonríen con cariño... pero sin duda habéis olvidado que tengo una hija y no quiero que ésta hija, cuando sea mayor y sepa que fuí desposeída de vuestro nombre y arrojada de vuestro castillo... pueda dudar de su madre... ¡quizá avergonzarse al recordarla!... no, Roberto, no; (Con energía.) eso de ninguna manera; mientras yo viva, ni llevará otra mujer vuestro nombre, ni yo saldré de este castillo más que muerta y marquesa de Benonville. (Entra primera izquierda con altivez, á tiempo que Pardiac aparece por el foro.)

ESCENA X

ROBERTO y PARDIAC

ROB. (Al ver á Pardiac.) Ven, amigo mío; ya está todo resuelto; hoy mismo enviaré á Roma la demanda de anulación de mi matrimonio, y dentro de un mes seré libre.

ARM. Pero esa decisión tan repentina...

ROB. Margarita se acaba de manifestar tal cual es; bajo su resistencia de madre se oculta difícilmente su orgullo de mujer... (En tono enérgico y amenazador.) ¡Ah! ¡Yo venceré esa resistencia..., yo domaré ese orgullo! (Entra primero derecha rápidamente.)

ESCENA XI

PARDIAC, luego ROSA, primera izquierda

ARM. Mi propósito está logrado, pero las cosas no irán tan deprisa como Roberto cree... y como yo necesito. La profesión de Enriqueta puede consumarse; ese miserable que tiene mi suerte en sus manos, no querrá concederme más plazos... ¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer?

ROSA (Con un frasco pequeño en la mano) ¡Ah! Creí que el señor marqués se hallaba en esta sala.

ARM. Acaba de entrar en sus habitaciones. ¿Qué deseais?

ROSA Decirle que Narciso ha llegado con la medicina, pero que la señorita se resiste á tomarla.

ARM. ¿Cómo?

ROSA Han sido inútiles todos mis esfuerzos; no hace más que llorar y llorar, y yo he pensado que si el señor marqués se lo suplicara...

ARM En la disposición de ánimo en que se encuentran, no es el mejor camino para convencerla.

ROSA ¿Y qué haríamos entonces? (Pausa corta.)

ARM. Esperad; creo que hay un medio... ¿dónde está la niña? (Como acometido de una idea.)

ROSA En el parque.

ARM. Dadme ese frasco, Rosa; Margarita adora á su hija, y no resistirá si la pequeña se lo ruega.

ROSA De seguro. (Muy contenta.)

ARM. Esperadme aquí; Fifita se encargará de que su madre tome la medicina. (Sale por el foro precipitadamente.)

ESCENA XII

ROSA y MARGARITA

MARG. (Izquierda.) ¡Rosa! ¡Rosa!
ROSA ¿Qué deseais, señora?
MARG. ¿Dónde está la niña? ¿dónde está mi hija?
ROSA Acabo de dejarla jugando en el jardín.
MARG. ¿Sola?
ROSA Sola estaba.
MARG. Vé á buscarla inmediatamente; no quiero que se separe de mí ni un momento... podrían robármela.
ROSA Cálmese la señora.
MARG. Sí; me la robarían para apresurar mi muerte.
ROSA Por Dios, señora, no os atormenteis con esa idea.
MARG. ¡Vé á buscarla... tráela á mi lado... pronto!
ROSA (Dirigiéndose al foro.) Tranquilizaos: aquí viene la señorita.

ESCENA XIII

DICHAS y FIFITA, con una taza y plato en la mano

MARG. ¡Fifita, hija mía! (Va á abrazarla. Fifita se retira.)
FIFITA Cuidado, mamá, que me lo vas á verter.
MARG. ¿Qué traes ahí?
FIFITA Lo que ha mandado el médico para que lo tomes.
MARG. Bueno, luego lo tomaré; déjalo y dame un beso.
FIFITA Lo dejaré; pero no hay beso como no lo bebas ahora mismo y delante de mí. (Da la taza á Rosa.)
MARG. No insistas, hija mía; si ya estoy buena; yo no quiero tomar nada.
FIFITA ¿Que no? Pues me incomodaré contigo, ¡ea! Cuando hace poco tiempo tuve yo tan mala la garganta y no quería tomar las medicinas, recuerdo que tú me decías: «Anda, Fifita,

monina, toma esto; si no lo tomas, es que no me quieres», y como yo te quería con el alma, lo bebía todo hasta la última gota, ¿no te acuerdas?

MARG. ¡Sí, cielo mío!

FIFITA Pues ahora te digo yo lo mismo: anda, mamita mía, toma esto que acabará de ponerte buena. (*Acercándole la taza. Margarita hace un mohín de disgusto.*) ¡Si no lo tomas, es que no quieres á tu hija!

MARG. ¿Que no te quiero? (*Con rapidez y entusiasmo.*) ¡Dámelo, hija mía!

FIFITA ¡Por fin!

ROSA ¡Gracias á Dios! (*Oscuro en todo el teatro.*)

MUTACIÓN

(*Se hace en el momento en que Margarita lleva la taza á los labios.—Cuadro.*)

CUADRO SEXTO

El ángel bueno

El patio de la granja. La misma decoración del cuatro tercero. Va cayendo la tarde lentamente, hasta que al final del cuadro cierra la noche.

ESCENA PRIMERA

JUANA y el SEÑOR ANDRÉS. Juana, sentada en el banco de piedra, está pálida y debilitada por la fiebre. Andrés, de pie y apoyado en su cayada, la contempla con cariñoso interés

ANDRÉS Vamos, Juana, tranquilízate; ¿había yo de engañarte?

JUANA No; pero en el estado en que me encuentro, lo natural es que me ocultéis las malas noticias.

ANDRÉS Te aseguro que en Benonville se há restablecido la tranquilidad; hace ocho días que, la malhadada institutriz, abandonó el castillo.

JUANA Sí; Roberto la habrá dejado marchar con el propósito de reunirse á ella muy pronto.

ANDRÉS Eres injusta, Juana; el marqués no se separa un momento de Margarita.

JUANA ¡Pobre hija mía! ¡quién sabe si eso es el mayor peligro! Yo tengo todas las noches sueños horribles... pesadillas espantosas.

ANDRÉS La fiebre es la que te produce todo eso.

JUANA Lo que querais, abuelo; pero yo necesito ver á Margarita; quiero ir al castillo.

ANDRÉS Irás, hija mía, irás, yo te lo prometo; si el Doctor lo autoriza, mañana mismo iremos á abrazarla. Pero ahora, entra en la casa, Juana; la tarde va cayendo y este relente puede hacerte daño. (Levantándola.)

JUANA Vamos, sí...

ANDRÉS Apóyate en mi brazo.

JUANA ¿De veras iremos mañana á Benonville?

ANDRÉS Te lo juro, hija mía.

JUANA ¡Pobre Margarita! (Entran primero izquierda.)

ESCENA II

PARDIAC. Viene como desorientado por el fondo y entra mirando á todas partes. Aparece disfrazado de aldeano con sombrero gris que casi le cubre el rostro y un capotillo pardo

ARM. Decididamente me he extraviado. Estos endiablados vericuetos que desconozo y la bruma del mar que todo lo oscurece, me impiden orientarme. Alguien habrá en esta granja que me pueda indicar el camino... ¡Ah de casa!... (Pausa.) ¿No hay nadie?...

ESCENA III

DICHO y ANDRÉS, por la casa

ANDRÉS ¿Quién va?

ARM. Dispensadme, pero soy nuevo en el país y como no conozco bien los caminos, me he extraviado. ¿Podríais decirme dónde me encuentro?

ANDRÉS En la granja de Valaine.

ARM. (Aparte.) ¡Demonio! pues he venido á meterme en la boca del lobo. Afortunadamente este viejo no me conoce.

ANDRÉS ¿Dónde queréis ir?

ARM. Pues... á Iport, que es donde estoy de mozo de molino.

ANDRÉS ¿En casa de Pedro Paillette quizá?

ARM. Sí, justo, en casa de Pedro Paillette.

ANDRÉS No sabía que hubiese cambiado de criado.

ARM. Es que no llevo allí más que una semana.

ANDRÉS Bueno, pues mirad. (Llevándole á la puerta.) Tirais por aquí á la derecha (Señalando foro izquierda.) y á unos cien pasos encontraréis una senda, pasais por delante del castillo de Grandval, y una vez atravesado el valle,

ya estais en franquía. (Sigue indicándole con la mano el camino y dándole explicaciones por lo bajo.)

NARC. (Dentro.) ¡Casilda!... ¿cómo está el ama?

ARM. (Aparte y muy inquieto.) ¡Diantre!... ¡Narciso! ¡Este sí que puede conocerme! (Alto.) Mil gracias, buen amigo.

ANDRÉS Hasta mas ver.

ARM. ¡A la paz de Dios! (Vase precipitadamente foro izquierda.)

ESCENA IV

EL SEÑOR ANDRÉS y NARCISO foro derecha

NARC. Señor Andrés, buenas tardes. (Desde la puerta. De guarda y con escopeta colgada.)

ANDRÉS Entra, hombre.

NARC. Voy muy deprisa; vengo de la botica y hago falta en el castillo.

ANDRÉS ¿Cómo está Margarita?

NARC. Ya va mejor, pero ha pasado tres días horribles. (Entra en escena.) Su enfermedad ha sufrido una agravación tan rápida y tan inesperada, que hasta Roberto que tenía proyectado un viaje ha desistido de él por no dejar á su mujer en tan mal estado.

ANDRÉS ¿Qué habrá sido eso?

NARC. El mismo médico no sabe á qué atribuirlo.

ANDRÉS ¿Pero dices que está ya mejor?

NARC. Por fortuna. ¿Y la señora Juana?

ANDRÉS También va mejorando.

NARC. ¿Puedo verla?

ANDRÉS Ahora no; que está descansando.

NARC. Por Dios, abuelo, cuidádmela bien. Sería horrible que después de tanto esperar me quedase viudo antes de casarme, ¿verdad?

ANDRÉS Calla, hombre, no digas desatinos.

NARC. Vaya, hasta otro día ó hasta luego, porque si desgraciadamente hay recaída tendré que volver á escape á casa de Cantelen. (Medio mutis.) ¡Ah!... (Volviendo.) Y apropósito del boticario... ¿habéis puesto alguna vez arsénico en vuestros graneros?

ANDRÉS ¿Yo? ¡Nunca! ¿Por qué lo preguntas?

NARC. Porque un desconocido ha ido ya dos veces á casa de Cantelen á comprar arsénico diciendo que era para matar los bichos que se comen el trigo en los graneros de su amo, el señor Legay, el molinero de Tilleul.

ANDRÉS Nunca he oído tal cosa.

NARC. Ni yo tampoco, ni el boticario.

ANDRÉS ¿Y qué señas tenía ese hombre?

NARC. Cantelen me ha dicho que llevaba sombrero gris muy echado á la cara y una especie de capotillo pardo.

ANDRÉS ¡Demonio! Pues ese hombre acaba de salir de aquí

NARC. ¿De aquí?

ANDRÉS Me ha dicho que se había extraviado. (Pausa corta.) Y por cierto que ahora recuerdo y, ó ese hombre ha mentido en casa de Cantelen ó ha mentido aquí.

NARC. ¿Por qué?

ANDRÉS Porque me ha dicho que estaba de mozo de molino en Iport, en casa de Pedro Paillette.

NARC. ¡Hola, hola! Pues un hombre que se tapa la cara y que da direcciones distintas, y que por añadidura se dedica á comprar drogas venenosas, no me da buena espina, abuelo.

ANDRÉS Ni á mí tampoco.

NARC. Por lo pronto, yo, si me lo tropiezo en el camino, puede que le haga entrar en relaciones con mi escopeta.

ANDRÉS Andate con tiento, Narciso; podemos estar equivocados; en estos contornos sólo hay gentes pobres y honradas. (Se acerca á la casa como para escuchar si Juana duerme.)

NARC. Tenéis razón; ¿qué interés puede haber en matar á nadie por aquí? (Pausa. De pronto palidece y se altera como acometido por un pensamiento.) ¡María Santísima!

ANDRÉS ¿Qué te pasa?

NARC. *Na*, señor Andrés... (Disimulando.) Que tengo miedo. (Temblando.)

ANDRÉS ¿Miedo?... ¿á qué?

NARC. A encontrarme al tío del capotillo. Vaya, vaya, me voy antes de que cierre la noche.

ANDRÉS No seas cobarde, hombre.

NARC. (Dándole la mano.) Hasta la vista, abuelo. (Aparte.) Lo que es esta noche no entrará nadie en Benonville sin que yo le vea. (Mutis.)

ANDRÉS Anda con Dios, muchacho.

ESCENA V

ANDRÉS. Luego JUANA

ANDRÉS ¿Qué le habrá pasado?... Su mano estaba helada y temblorosa.

JUANA (Dentro con voz angustiosa.) ¡Margarita... hija mía! ¡Aquí estoy... yo te defenderé!

ANDRÉS ¡Virgen santa, otra vez el delirio!

JUANA (Que sale pálida y con los cabellos en desorden y la vista extraviada.) ¡Antes de llegar á tí tendrán que matarme!

ANDRÉS ¡Juana... hija mía! ¿qué dices? Ven aquí, despierta. (Cogiéndola en sus brazos y sentándola en el banco. Pausa. Juana mira en redor, se fija en Andrés, se pasa la mano por los ojos como si despertara de un letargo.)

JUANA ¿Qué es esto? ¡Era un sueño!

ANDRÉS Sin duda; tranquilízate; estás aquí, conmigo, y nadie amenaza á Margarita, ¿lo ves?... ¡Era una pesadilla! (Pausa.)

JUANA Sí... pero... ¡qué horrible! Estaba en la alcoba de Margarita... yo la veía agonizante en su lecho .. y cerca... muy cerca de ella... Roberto y Enriqueta, que reían descaradamente...—Mírala, decía él... dentro de pocos momentos voy á ser libre... tú serás mi esposa...—y el infame pugnaba por arrancar á Margarita su anillo de desposada... Y yo... yo... allí... viéndolo todo, pero sin movimiento alguno... paralizada por el terror... la lucha era horrible... Margarita se extremecía ya con las últimas convulsiones de su agonía... y de repente Dios enviaba uno de sus ángeles en socorro de la pobre martir.. y este ángel, que se interponía entre Margarita y sus verdugos... este ángel...

ESCENA VI

DICHOS y FIFITA, y ROSA foro

FIFITA (Muy á tiempo.) ¡Soy yo, mamá Juana! (Corriendo á abrazarla.)

JUANA (Abrazándola y besándola con efusión.) ¡Sí... tú eras... cielo mío! ¡Bendita seas! (Pausa. Quedan abrazadas.)

ANDRÉS (A Rosa.) ¿Qué ocurre, Rosa? ¿Cómo venís á estas horas? (Alarmado.)

ROSA (Aparte á Andrés.) Tengo que deciros algo muy grave.

ANDRÉS ¡Chist! (Imponiendo silencio.) No conviene que Juana se entere. Entretenida con la niña no se apercibirá de nuestra ausencia. Ven aquí. (Salen de puntillas por lateral derecha y se ocultan.)

ESCENA VII

JUANA y FIFITA

FIFITA ¿Cómo estás, mamá Juana, te encuentras ya bien? Narciso me ha dicho que estabas un poco mala.

JUANA Sí, pero ya estoy mejor, hija mía.

FIFITA (Con tristeza.) En cambio mamá...

JUANA ¿Cómo? ¿Qué le pasa á tu madre? ¿Está peor?

FIFITA ¡Ah! ¿Pero no lo sabías? ¡Caramba, es verdad! ¡Ahora me acuerdo de que me han encargado que no te diga nada!

JUANA ¿Quién te lo ha encargado, tu padre?

FIFITA No; si papá no sabe que he venido.

JUANA ¿Entonces, quién? ¡Habla!

FIFITA Pues... Rosa.

JUANA Bien, pero Rosa es una criada y yo soy tu abuela, y tu abuela te manda que me lo cuentes todo. Habla, hija mía, pronto.

FIFITA Pues, sí señor; yo creo que tú debes saberlo,

y quiero que lo sepas, para que me digas si he hecho mal.

JUANA ¡Acaba, por Dios!

FIFITA Mamá ha estado muy malita. Hace tres días todos creían que iba á morir.

JUANA ¿Morir? ¡Mi hija!

FIFITA Figúrate los ratos que yo habré pasado. Y eso que no perdí por completo la esperanza, porque Dios, que es tan misericordioso, no puede quitar las madres á los niños que son tan pequeños y tan buenos como yo, ¿verdad, mamá Juana?

JUANA Pues es claro... adelante.

FIFITA Mamá estaba muy triste y no quería tomar ninguna medicina de las que le mandaba el doctor. Unicamente yo, entre mimos y caricias, podía conseguir que las tomara. Y el caso es que mamá tenía razón, porque las primeras tisanas que yo la dí la abrasaban la garganta de un modo, que la pobre se abrazaba á mí llorando y me decía: «¡Querida mía, no me des más... esto me hace mucho daño!» Ya ves qué compromiso para mí, abuelita; yo no quería desobedecer á papá ni al médico y al mismo tiempo tampoco quería que mamá sufriera.

JUANA (Con anhelo.) ¿Y qué?... Sigue, hija mía.

FIFITA Entonces tuve una idea. Rosa me sube todas las mañanas una taza de leche para mi primer desayuno; pues bien, yo tiro por la ventana la medicina sin que me viera nadie y le doy á mamá mi taza de leche, con lo cual yo paso algunas hambres, es verdad, pero en cambio mamá se ha puesto mejor.

JUANA ¿Quién prepara esa tisana?

FIFITA Yo no lo sé, pero que tiene algo malo... ¡vaya si lo sé! y mejor que yo mi pobrecito *Canelo*. (Muy triste.)

JUANA ¿Cómo?

FIFITA Esta mañana no pude tirar la medicina porque había gente, *Canelo* entró en mi cuarto, se la ha bebido... y el pobre animal ha muerto hace dos horas. (Entre sollozos y muy afligida.)

JUANA (Aterrada y levantándose como loca.) ¿Eh? ¡Gran Dios! ¡He aquí el peligro que yo presentía! ¡Infames! ¡Quieren asesinar á Margarita! ¡Su madre no está allí para defenderla!... ¡Oh!.. ¡Dadme fuerzas, Dios mío! (Gritando.) ¡Casilda! ¡Casilda!

FIFITA ¿Qué tienes, abuelita?

ESCENA VIII

DICHAS y CASILDA, derecha

CAS. Señora Juana... (Asustada.)

JUANA Te confío á Fifita... no la dejes salir de aquí... que nadie se la lleve.

CAS. ¿Pero os vais á marchar?

JUANA Ya lo creo, ahora mismo... ¡sabe Dios si llegaré á tiempo!...

FIFITA ¿Dónde vas, mamá Juana? ¡Yo quiero ir contigo!

JUANA No, querida, espérame aquí. (Dándola un beso.)

CAS. ¡Pero, señora, mirad que estáis enferma... vais á morir!

JUANA No, Casilda, no. ¡Voy á matar! (Con fiera energía y escapando por el foro derecha precipitadamente, mientras Casilda sujeta á Fifita, que quiere seguirla.)

TELON

ACTO CUARTO

CUADRO SEPTIMO

En los peñascos

La escena representa una pintoresca y salvaje agrupación de rocas elevadas, en la costa de Etretat. Al fondo, y en primer término izquierda, el mar libre. Desde los primeros términos de la escena subiendo hasta el fondo, los peñascos forman verdaderos montes que se elevan á regular altura. En el centro, una meseta practicable colocada en lo alto de unas rocas que dominan á todas las demás; esta meseta cortada á pico, avanza sobre el mar, constituyendo por su altura y colocación un verdadero abismo. Otra meseta practicable más abajo. Sendas que forman toscas escaleras talladas en las rocas, dan acceso hasta la primera meseta y á lo alto de la cortadura. Es de noche; la luna ilumina la escena y se refleja en las aguas del mar. Al levantarse el telón, la señora Juana fatigada y jadeante, se esfuerza por subir una de las sendas trabajosamente. Después de muchas tentativas cae desfallecida sobre las rocas.

ESCENA PRIMERA

LA SEÑORA JUANA

No puedo más. Las fuerzas no responden á mi voluntad... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡No abandonéis á una pobre madre! (Pausa.) Es preciso que yo llegue á Benonville lo antes posible... mi hija está en peligro y me nece-

sita... veamos... un último esfuerzo. (Arrastrándose por las rocas con titánico esfuerzo.) ¡No puedo!... ¡No puedo!... ¡Las piernas se niegan á sostenerme, mi cabeza da vueltas! (Cayendo de rodillas y elevando al cielo los ojos con las manos cruzadas en actitud de orar.) ¡Vírgen Santísima de la Guarda, ayudadme!... (Queda en oración; pequeña pausa.)

NARC. (Desde el foso y lejos.) ¡Señora Juana!

JUANA ¿Eh? Me parece haber oído mi nombre.

NARC. (Algo más cerca.) ¡Señora Juana!

JUANA ¡Oh, sí, es la voz de Narciso!... (Gritando.) ¡Aquí estoy!... ¡Cerca de la meseta!... (Agitando el pañuelo y mirando al fondo izquierda.) ¡Sube pronto!... ¡Gracias, Virgen mía!

ESCENA II

DICHA y NARCISO que aparece por el foso subiendo trabajosamente por las peñas hasta llegar al sitio donde está la señora Juana. Lleva la escopeta

NARC. ¡Demonio! ¡Es más difícil subir aquí que llegar á obispo!... ¡Por algo dicen que las posiciones elevadas cuestan mucho!...

JUANA ¡Animo; ya falta poco!

NARC. ¡Buenas noches, mi ama, y gracias á Dios que os encuentro! (Subiendo.)

JUANA ¿Me buscabas?

NARC. ¡Anda! Y el señor Andrés también; ha sabido por Rosa todo lo ocurrido en el castillo...

JUANA Ya ves si hacemos falta al lado de Margarita.

NARC. Sí, pero ha sido una locura salir de noche y en el estado en que os encontráis.

JUANA No importa, Dios me dará fuerzas y si no, ya estoy tranquila, porque tú ejecutarás lo que yo iba á hacer.

NARC. ¿Pues qué íbais á hacer?

JUANA Poca cosa; ¡matar á Roberto! (Con decisión.)

NARC. ¿Eh?... (Con gran sorpresa.)

JUANA Me debe la vida y ha llegado el momento de cobrársela.

NARC. Pero, señora Juana, pensad en que Roberto puede no ser el único culpable.

JUANA ¿Te atreverás á defenderle?

NARC. No, pero como el señor Andrés y yo creemos estar sobre la pista del verdadero criminal...

JUANA ¿Qué dices?

NARC. Que un desconocido, cuya pista seguimos, ha estado hace poco en casa de Cantelen, adquiriendo veneno con pretextos que luego han resultado falsos.

JUANA ¿Cómo?

NARC. Para averiguarlo *to*, es preciso que ese hombre caiga en nuestro poder y que cante de plano.

JUANA Pero eso es muy difícil.

NARC. No tanto; porque si tiene las intenciones que suponemos, lo natural es que intente entrar esta noche en Benonville; para llegar al castillo, no hay más que dos caminos: yo vigilo el uno, y el señor Andrés el otro; de modo, que como no sea volando, no se nos puede escapar, y aunque volase, ya sabéis que yo donde pongo el ojo pongo la bala.

JUANA ¿Y tú crees?...

NARC. (Escuchando por la derecha.) ¡Silencio!... ¡Por aquí sube alguien!... (Mirando hacia abajo.) ¿No veis un bulto?

JUANA Sí.

NARC. Apartaos un poco. (Montando la escopeta.)

ANDRÉS (Dentro.) ¡Juana! ¡Juana!

NARC. ¡Demonio! ¡Si es el abuelo!

JUANA ¡El mismo! ¡Andrés, aquí estamos! (Gritando.)

NARC. Voy á ayudarle. (Desciende un poco y se oculta.) (Dentro.) Animo, abuelo, y tranquilizaos, que al ama no le ha pasado *na*, por fortuna (Suben cogidos del brazo.)

ESCENA III

DICHOS y ANDRÉS, con un grueso garrote en que se apoya

ANDRÉS Juana, hija mía, ¿cómo te has atrevido?...

JUANA Perdonadme, pero yo no he pensado más que en Margarita; cada instante que pasa aumenta los peligros mientras ese miserable de Roberto continúe á su lado.

ANDRÉS El peligro no está en Roberto, ya te lo habrá dicho Narciso.

JUANA ¿Pues de quién sospechas?

ANDRÉS Del hermano de esa dichosa institutriz.

JUANA ¿Del señor de Pardiac?

ANDRÉS Justamente. ¿Por qué permanece en el castillo después de la partida de su hermana? Ese hombre está arruinado, y puede tener interés en que el marqués quede viudo y libre, ¿no te parece?

JUANA Puede ser...

ANDRÉS Mis presentimientos nunca me han engañado, ya lo sabes.

NARC. No lo dudéis; ese hombre del sombrero gris y del capotillo pardo que ha ido por el veneno, es un miserable vendido á Pardiac.

JUANA Quizá tengais razón, y ojalá la tuviérais. Daría la vida porque Roberto fuera inocente, pero si le hubiéseis visto como yo amenazar á Margarita ..

NARC. Bueno, abuelo; no vaya á escapársenos el pájaro. (Disponiéndose á marchar.)

ANDRÉS Sí, dices bien; vé á cubrir tu puesto, que yo me quedo aquí.

JUANA Y yo continúo mi marcha; el fresco de la noche y este pequeño descanso, han repuesto algo mis fuerzas; el castillo está cerca, y yendo muy despacio, puedo llegar perfectamente.

ANDRÉS Pues no te detengo, hija mía; vela tú allí por Margarita, que nosotros también velamos desde aquí por ella. (Abrazándola.)

JUANA Adiós, Narciso, y buena suerte.

NARC. Lo que hace falta es que el ratón acuda al queso, que si acude... ¡el arsénico se lo come él... y *aderezao* con pólvora *pa* que le siente mejor! (Mostrando la escopeta. Narciso desciende por la derecha, por la senda donde apareció Andrés; Juana sube un poco, salva una roca y desaparece tras ella.)

ESCENA IV

ANDRÉS solo; luego PARDIAC

ANDRÉS Cuanto más lo pienso, más me resisto á creer que Roberto haya concebido tan criminal propósito; no, no ha sido él; me atrevería á jurarlo. El no puede desmentir la sangre leal y generosa de su padre... (Escuchando. Pausa.) ¿Eh?... Me pareció haber oído allá abajo... (Señalando la senda izquierda que sube desde el foso y por la que ascendió Narciso.) Sí... justo... no me engaño; un hombre escala las rocas... quizá algún pescador... (Pausa; sigue fijándose.) ¡Diablo!... juraría que es nuestro desconocido... (Pausa. Pardiac aparece, subiendo trabajosamente. La luna le da de lleno.) ¡El mismo! La luna se ha encargado de descubrirle. Dejémosle llegar con tranquilidad. (Se oculta detrás de una roca.)

ARM. ¡Por Cristo, que la subida es penosa! Hay que descansar un instante para tomar aliento. (Se detiene, apoyándose sobre una roca y mira en redor como orientándose. Pausa.) Recuerdo este sitio; sí, yendo de caza con Roberto lo hemos cruzado... Benonville está cerca; en salvando esas rocas, (Señalando las alturas.) es cuestión de muy poco tiempo... adelante, pues, y mucho cuidado, que si aquí se va un pie, se corre el peligro de ir al fondo del mar, después de rebotar gallardamente sobre las peñas... (Continúa la ascensión; al llegar á la meseta sale el señor Andrés y se le pone delante diciendo:)

ADDRÉS ¿Vais á Benonville, buen amigo?

ARM. (Aparte.) ¡El viejo!... ¡Mala peste!

ANDRÉS Lo digo, porque sin duda os habéis perdido otra vez; este no es el camino de Iport.

ARM. Es... que tengo un encargo para el castillo.

ANDRÉS ¿Un encargo?... ¿y de quién?

ARM. Sois muy curioso, abuelo; ea, dejadme pasar, que llevo prisa...

ANDRÉS Comprendo la prisa; se conoce que Margarita tarda mucho en morir y se os espera con impaciencia, ¿verdad?

ARM. ¿Cómo?

ANDRÉS Podemos jugar á cartas vistas; el veneno que has ido á buscar se destina á Margarita... ¿ves cómo estoy en el secreto?

ARM. Yo no entiendo una palabra de lo que decís.

ANDRÉS Sí; es posible que tú no sepas nada, que seas inocente... pero al culpable le conoces de sobra y vas á decirme quién es. (Enérgico.)

ARM. Repito que no sé de lo que me hablais.

ANDRÉS ¿Quién te ha enviado dos veces á la botica por arsénico? Dime su nombre, ayúdame á probar su crimen. El hombre á quien sirves no es Roberto, de seguro... el miserable que te ha confiado esta horrible comisión es... el señor de Pardiac, ¿no es cierto?... ¡Ah!... sí... el señor de Pardiac.. lo noto en la turbación de tu semblante...

ARM. (Aparte.) Este viejo es más peligroso de lo que yo creía.

ANDRÉS Habla, confiésalo todo... porque si no, tu silencio me hará creer que eres cómplice en el asesinato.

ARM. Vaya, vaya, dejadme en paz y apartaos. (Queriendo avanzar.)

ANDRÉS (Enarbolando el garrote y cerrándole el paso.) ¡Atrás, canalla! Dejarte llegar á Benonville sería decretar la muerte de Margarita, ¡y Margarita es un pedazo de mi corazón!... ¡Figúrate si voy á permitir que des un paso más sin estrellarte contra esas peñas!

ARM. ¿Osais amenazarme?

ANDRÉS ¡Atrás, he dicho! (Con fiereza.) La sangre que

los años habían congelado en mis venas siento que hierve y se reanima, mis fuerzas despiertan. (Avanzando hacia él)

ARM. Pues ya que lo queréis, sea. (Luchan; Pardiac intenta arrebatar á Andrés el garrote que éste defiende con desesperación.)

ANDRÉS ¡No pasarás, canalla; no pasarás!

ARM. Lo siento por vos, abuelo; la lucha no es igual. (Dominándole.)

ANDRÉS ¡A mí!... ¡Narciso!... ¡Juana!... ¡Socorro!... (Gritando y luchando.)

ARM. ¡Calla, desgraciado!... (Le arrebata por fin el palo y asesta con él un fuerte golpe en la cabeza á Andrés.)

ANDRÉS ¡Ay! (Se lleva á la frente la mano, gira sobre los talones y cae á tierra quedando su cuerpo escondido tras de unas rocas.)

ARM. ¡El lo ha querido!... ¿Le habré muerto? (Se inclina á examinarlo, quedando oculto también.)

ESCENA V

DICHOS y JUANA precipitadamente, salvando las rocas del fondo por donde se fué

JUANA Me pareció haber oído la voz de Andrés demandando auxilio. (Mirando en redor.) No le veo aquí... ¿qué le habrá pasado? (En este momento Pardiac se incorpora.)

ARM. Está aturdido del golpe nada más. (Al volverse Juana se encuentran frente á frente.)

JUANA ¿Qué miro? ¡Pardiac! (Con espanto.)

ARM. ¡Juana! ¡Maldición!

JUANA ¿Pardiac con ese traje?... ¡Oh!... ¡tenían razón!... ¡He aquí el envenenador de Margarita! (Señalándole.)

ARM. Escuchad, Juana...

JUANA ¿Qué has hecho de Andrés, miserable? Estaba aquí... te habrá cerrado el paso. (Fijándose en el bastón de Andrés que Pardiac conserva en la mano.) ¡Dios mío!... ¡sí... es su bastón... (Examinándolo.) y manchado de sangre!... ¡Asesino!

ARM. (Aparte.) Valor; no me queda otro recurso. (Alto.) Oidme, Juana. Me será muy fácil probar mi inocencia y rechazar vuestras acusaciones, pero lo urgente ahora es socorrer á ese infeliz anciano; creí que era un malhechor, me ha salido al encuentro, me ha golpeado y yo he tenido que defenderme; en su caída se ha herido en la frente, pero yo os aseguro que, acudiendo pronto, la herida no tiene importancia... venid... está allá arriba... restañaremos la sangre con nuestros pañuelos.

JUANA ¡Oh, sí!... ¿dónde está?

ARM. Venid, vamos pronto. (Echando por la senda que conduce á lo más alto del practicable. Juana le sigue.)

JUANA (En voz alta.) ¡Valor!... ¡Abuelo... aquí estoy ya!... (Siguen subiendo hasta llegar á la meseta superior.)

ARM. ¡Dadme la mano! (Juana se la da.—Aparte.) ¡Oh!... ¡ya es mía! (Con alegría salvaje.)

ANDRÉS (Arrastrándose y apareciendo en la meseta de abajo.) ¡Juana!... ¡Hija querida!... ¡Socorro!...

JUANA ¿Cómo?... ¡Está allí abajo!.. ¡Me has engañado, canalla! (Queriendo desasirse; Pardiac la sujeta fuertemente.)

ARM. Sí, pero ya es tarde para retroceder... No quiero verte más en mi camino.

JUANA (Luchando desesperadamente.) ¡Ah! ¡miserable!... quieres arrojarme al abismo. (Gritando.) ¡Padre!... ¡Socorro! .. ¡Narciso!... (Se ocultan forcejeando detrás de las rocas.)

ARM. ¡Diablo!... No os creía yo tan vigorosa.

JUANA Pues bien... ¡canalla!... ¡al abismo!... ¡pero los dos!... ¡¡los dos juntos!!

ANDRÉS (Con angustiosísimo acento.) ¡Juana!... ¡hija mía! (Incorporándose con gran trabajo.)

JUANA ¡Adiós, padre!... ¡vela por Margarita!

ARM. (Con voz ahogada por el esfuerzo y por el terror.) ¡Ah!... ¡mujer maldecida!... ¡El suelo falta bajo nuestros pies!... (En este momento se oye una carcajada histérica de Juana y un disparo de arma de fuego. Pardiac da un grito de agonía y se le ve caer desde lo alto del practicable, hundiéndose en el abismo, á tiempo que Narciso aparece corriendo con la escopeta

en la mano, por la senda de la derecha; llega de dos saltos á la punta de la meseta y sujeta á Juana que queda en el mismo borde del precipicio. Todo esto rapidísimo y con precisión absoluta.)

NARC. ¡Eh!... ¡buen amigo... feliz viaje! (Asomándose al exterior.)

TELON RAPIDO



ACTO QUINTO

CUADRO OCTAVO

Arrepentimiento

Un salón del castillo con puertas al fondo y laterales. La misma decoración del acto segundo. Mesa y un gran sillón donde aparece Margarita sentada. Sigue con la misma palidez de enferma. Rosa está á su lado.

ESCENA PRIMERA

MARGARITA y ROSA

MARG. Celebro que hayas dejado allí la niña; el castillo está tan triste estos días..

ROSA Dios hará que pronto recobre su animación.

MARG. Y dime, Rosa, ¿has observado preparativos de viaje en las habitaciones del marqués?

ROSA Ninguno, señora. Por el contrario, al saber que la niña se ha quedado en la granja me ha dicho que no quiere que estéis sola y que vendrá á acompañaros.

MARG. ¿Y sus criados no tienen instrucciones de marcha?

ROSA Tranquilizáos; no hay nada de lo que os figuráis; el marqués no piensa abandonar el

castillo; la prueba es... (Pausa. Dudando.) No me atrevo á decíroslo.

MARG. Habla, Rosa, no me ocultes nada.

ROSA La prueba es que ayer dió á Antonio una carta... (Como no atreviéndose.)

MARG. Para el convento de las Ursulinas de Ivetot, ¿no es cierto? (Con tristeza.)

ROSA Sí, señora... pero Antonio no se ha atrevido á llevarla.

MARG. ¿Cómo?

ROSA Os quiere tanto, habéis sido tan buena para él... que el pobre muchacho me la dió diciendo: «Toma esa carta y entrégasela á tu señora; si ella me manda que la lleve, lo haré, pero si el llevarla le proporciona un disgusto, aunque yo pierda la casa, la carta se perderá también.» Y aquí la tenéis. (Sacándola del pecho.)

MARG. Agradezco su buena intención, pero considero inútil interceptar esta correspondencia. (Cogiéndola maquinalmente.)

ROSA ¡El señor marqués! (Mirando derecha. Margarita deja la carta sobre la mesa.) ¿Deseáis algo?

MARG. No, hija mía, hasta luego. (Mutis Rosa fondo á tiempo que sale Roberto derecha.)

ESCENA II

MARGARITA y ROBERTO

ROB. ¡Margarita! (Desde el umbral.)

MARG. Adelante, Roberto... ¿Vos por aquí?

ROB. He sabido que tu pequeña enfermera está ausente y vengo con el propósito de sustituirla... si me es permitido este honor. (Acercándose cariñosamente.)

MARG. Aunque muy débil todavía, me encuentro bastante mejor; no necesitáis molestaros.

ROB. ¿Molestarme? Eres injusta, Margarita. ¡Si supieras cuánto he sufrido en estos días!

MARG. ¿Sufrir? ¿Y por qué? Mi muerte era una solución para vuestra libertad.

ROB. ¡Oh, Margarita; por Dios, no hables así! Po-

dré haber sido indiferente, cruel, ingrato, lo que quieras, pero un malvado, un infame... no lo soy. Ni tú me crees capaz de serlo, ¿no es cierto, Margarita? ¡Bah! No hablemos más de esto; gracias al cielo y á nuestros cuidados el peligro ha desaparecido.

JUANA (Dentro foro.) ¡Margarita!

MARG. ¡Oh!... ¡Mi madre! ¡Qué alegría! (Queriendo levantarse.)

ROB. Yo celebro mucho también que venga.

ESCENA III

DICHOS y JUANA

JUANA ¡Hija! ¡Hija de mi alma! (Abrazándose.)

ROB. ¡Juana!

JUANA (A Margarita, y sin hacer caso de Roberto.) ¿Cómo estás? (Besándola con frenesi.) Como te encuentras? Habla, habla pronto.

MARG. Ya estoy bien, madre. (Fijándose en ella.) Vos, en cambio, habéis debido sufrir mucho.

ROB. Sí, querida Juana, bien se te conoce lo que has pasado.

JUANA No nos ocupemos ahora de mí. Oye, hija mía, el doctor Izet, que me ha acompañado, te espera en tu cuarto... ¿quieres entrar un momento mientras yo hablo dos palabras con Roberto?

MARG. Como quieras. (Aparte á Juana.) ¿Qué ocurre?

JUANA Nada, hija, nada; ya lo sabrás. (Acompañándola hasta la puerta. Mutis Margarita.)

ESCENA IV

JUANA y ROBERTO

JUANA (A Roberto.) Comprendo que os extrañará verme en *vuestra casa* después de lo ocurrido.

ROB. No me extraña, me alegra extraordinariamente.

JUANA Vengo porque el doctor me ha asegurado

que mi hija se encuentra ya en disposición de acompañarme á la granja.

ROB. ¿Piensas llevártela?

JUANA Ahora mismo, si es posible, y quiera Dios que no sea tarde para salvar su vida.

ROB. ¿Qué dices, Juana? ¿Teme el doctor aun por la vida de Margarita? (Con inquietud.)

JUANA El doctor conoce ya la verdadera causa de su dolencia, y apenas da crédito á lo que está viendo.

ROB. ¿Cómo?

JUANA Y vuestro gran amigo Pardiac también conocía de sobra la enfermedad de Margarita. (Con intención.)

ROB. ¿Pardiac? ¡Habla, Juana!

JUANA Sí, señor marqués, voy á hablar; á eso he venido: ha llegado el momento de decíroslo todo, si es que realmente ignorais lo ocurrido.

ROB. ¡Acaba! (Con ansiedad.)

JUANA ¿No adivinais la enfermedad de Margarita? Pues bien, mi pobre hija... ¡está envenenada!

ROB. ¿Qué? ¡Oh, no! ¡Eso es imposible! Tú has perdido el juicio... ¿envenenada? Pronto, quiero ver al doctor. (Dirigiéndose izquierda.) Quiero que me explique...

JUANA (Deteniéndole.) No, no os molesteis; el doctor en estos momentos está prodigando sus cuidados á un pobre herido que Narciso y yo hemos conducido hasta aquí.

ROB. ¿Un herido?

JUANA El abuelo Andrés, que ha estado á punto de ser otra víctima de este crimen horrendo.

ROB. ¿Pero qué dices, Juana, de qué crimen hablas? ¿Quién ha atentado á la vida de Margarita?

JUANA ¿No sospechais de nadie?

ROB. De nadie, te lo juro... ¿y tú, sospechas de alguien?

JUANA ¡Oh! yo tengo pruebas evidentes para deciros hoy cara á cara, señor marqués de Benonville, yo hago más que sospechar, ¡yo acuso! (En este momento aparece por la izquierda Margarita con expresión de angustia.)

ESCENA V

DICHOS y MARGARITA

MARG. No, madre, calla; no acuses á nadie. ¡Yo soy la única culpable!

JUANA ¿Tú?

ROB. ¡Margarita!

MARG. Confieso mi delito, pero no puedo permitir que por mí se acuse á un inocente... Perdonadme, he sido yo misma, yo, la que, cobarde y desesperada, he querido hallar en la muerte el término de mis sufrimientos.

JUANA No, hija mia, no; Roberto, no la hagas caso... estás mintiendo... tú lo sabes.

MARG. He dicho la verdad, madre.

JUANA ¿Te atreverías á jurarlo?

MARG. Si hace falta, sí.

JUANA Pues bien... Júralo por tu hija. (Pausa. Margarita duda.)

MARG. Por... ella os lo juro. (Aparte.) ¡Perdóname, Dios mío!

ROB. ¿Qué has hecho, Margarita? (Yendo á su lado.)

JUANA (Aparte.) ¡Ah! ¡Ya comprendo! ¡Quiere salvarle una vez más! ¡Oh! pues yo la descubriré. (A Margarita con ansiedad.) ¿De modo que entonces eras tú misma la que preparabas el veneno?

MARG. Sí, madre, yo; ¡nadie más que yo!

JUANA ¡Desgraciada!.. ¡Tu hija ha bebido de él!

MARG. ¿Qué? (Aterrada.)

JUANA Tú misma la has envenenado inocentemente.

MARG. ¿Cómo? ¡Qué horror! ¡No!... ¡No he sido yo! ¿Dónde está mi hija? (Como loca.) ¡He mentido, madre, he mentido!

JUANA ¡Ah, vamos! ¡Ya sabía yo que eras inocente! Tranquilízate, yo también he mentido para arrancarte tu secreto.

ROB. Acabemos de una vez, Juana; ¿qué pasa aquí? ¿A quién acusas? ¡Pronto! ¿A quién?

JUANA — Al envenenador de Margarita; al barón de Pardiac. (Con firmeza.)

ROB. — Temo que la fiebre ha trastornado tu razón, Juana; Pardiac es mi amigo del alma y yo respondo de él.

JUANA — (Exaltada.) ¿Que respondéis de él?... ¿Y quien responderá de vos?... (Con energía.)

MARG. — ¡Madre!... (Interponiéndose.)

ROB. — ¿De mí?... ¿Serías capaz de sospechar?...

JUANA — Sí, Roberto, soy capaz de todo; sé que han querido asesinar á mi hija y me basta con eso.

ROB. — Estás loca.

JUANA — Entonces, Margarita, lo está también.

ROB. — ¡Oh!... Margarita es incapaz de suponerme culpable, ¿no es cierto? ¡Habla, Margarita, habla por Dios!... Tu silencio en estos momentos es un suplicio horrible para mí (Pausa corta. Estupefacción de Roberto.)

JUANA — Basta, Roberto; debíais comprender que cuando la víctima lleva su abnegación hasta el extremo de acusarse á sí misma, no os creerá tan limpio de culpa.

ROB. — ¿Pero qué oigo? ¿Me habéis juzgado capaz de ser un asesino?... ¿El más cobarde de los asesinos? .. ¡Juana!... ¡Esposa mía!... ¿Es posible que hayáis pensado eso de mí? ¿Desear yo la muerte de Margarita?... ¿De Margarita, á quién debo yo la vida?... ¿De la madre de mi hija?... ¡Oh!... ¡Dios mío, Dios mío!... ¡Bien castigado estoy!... (Entre sollozos.)

MARG. — ¡Roberto!

ROB. — No tengo pruebas para defenderme de esa acusación, ni las quiero tampoco... Ven aquí, Juana. (Cogiéndole las manos, acercándose bruscamente y con acento de honrada sinceridad.) ¡Mírame al rostro, clava tus ojos en los míos, así, con toda la fuerza de tu indignación! ¿podría yo resistir con serenidad esa mirada si hubiese intentado matar á tu hija? ¡No, querida Juana, tú no lo crees... tú no puedes creer á tu hermano capaz de semejante villanía! (Conmovido.)

JUANA — ¡Así, Roberto, así!... Tú me hablas como me

hablabas en días más felices; tu voz es la misma de entonces y como entonces ha llegado hasta el fondo de mi corazón.

ROB. (Yendo á Margarita con apasionamiento.) ¿Y tú también me has creído criminal?... ¿Y tú te acusabas por salvarme? ¡Oh, Margarita, Margarita de mi alma! ¡Tu angélica dulzura me subyuga y me avergüenza! (Cayendo de rodillas.) ¡A tus pies postrado te ruego humildemente un perdón amplio y generoso! (Pausa.) ¿Por qué no me contestas?... ¿Por qué apartas de mí los ojos?...

JUANA ¡Margarita! ¿Dudas aún de su sinceridad? (Margarita sin decir nada coge la carta que le dió Rosa y se la presenta á Roberto.)

ROB. ¡Mi carta! (Sorprendido.)

MARG. Sí, vuestra carta dirigida á Enriqueta.

JUANA ¿Cómo?... ¿Sigues escribiendo á esa mujer?...

ROB. Creía que esta carta estaba ya en su destino... pero celebro que se encuentre en tu poder. ¿La has leído?

MARG. ¿Yo... y para qué? (Con tristeza.)

ROB. Léela, Margarita. (Ella se resiste con la acción.) Yo te lo suplico. (Rompe él mismo el sello y se la da abierta. Margarita lee.)

MARG. «Me anunciáis vuestra toma de velo y esta noticia coincide con un golpe terrible que ha venido á herirme estos días. Margarita ha estado en peligro de muerte y claro es que en tan angustiosos momentos lo he olvidado todo, para no pensar más que en la pobre mártir. Dios ha tenido piedad de nosotros, y al mismo tiempo que ha salvado á Margarita, ha despertado en mí el sentimiento del deber y de la gratitud. (Con voz emocionada.) Al despedirme de vos para siempre y escribiros esta última carta, sólo os suplico que en la paz venturosa del claustro dediquéis vuestras oraciones á pedir para Margarita la salud y la felicidad que tanto merece.» ¡Oh... madre!... ¡Madre mía! (A Juana, llorando y arrojándose en sus brazos.)

JUANA ¿Lo estás viendo?... (A Margarita.) ¡Roberto!...

A Roberto.) ¡A nuestros brazos!... ¡Eres lo que fuiste siempre; un hombre honrado!... (Se abrazan.)

ESCENA VI

DICHOS, NARCISO y ANDRÉS

NARC. ¿Llegamos á tiempo? (Foro, sosteniendo á Andrés que trae la cabeza vendada.)

ROB. ¡Adelante! (Volviéndose.)

MARG. Pero, abuelito, ¿qué es eso? (Yendo á él cariñosamente.)

NARC. No os asustéis: un mal tropiezo del señor Andrés.

ANDRÉS Ya te lo explicaremos, hija. ¿Y tú cómo estás?

JUANA Muy contenta... Le habíais juzgado mejor que nosotros; Roberto era inocente. (Al señor Andrés.)

ANDRÉS ¡Pues claro! Aquí no podía haber más que un culpable y ese ya está dando cuenta á Dios de sus actos.

ROB. Y MARG. ¿Cómo?

JUANA Sí, hijos míos; Pardiac ha muerto.

NARC. (Con mucha sorna.) Se empeñó en atravesar de noche por lugares peligrosos y escurridizos... se le fué un pie... ¡y allá te va mi hombre dando botes por los peñascos!... ¡Claro es que yo le ayudé un poco *pa* que bajara más deprisa!...

JUANA Vaya, no hablemos más de ese desgraciado.

ESCENA ULTIMA

DICHOS y FIFITA foro, con CASILDA

FIFITA ¿Se puede? (Con gracia desde la puerta.)

MARG. ¡Hija de mi alma! (Yendo á besarla.)

ROB. ¡A mis brazos, Fifita! (Idem con entusiasmo.)

CAS. Se ha empeñado en venir...

ANDRÉS Y ha hecho muy bien. Margarita, aquí los tienes más amantes que nunca. ¡Ahora sí que te respondo de tu marido! (Con orgullo y empujándole hacia ella.)

NARC. ¡Eso, os lo entrega garantizado como los relojes!...

ROB. (Abrazando á Margarita.) Sí, vida mía; perdón y olvido.

MARG. Mi perdón ya le tienes; el olvido... tal vez llegue también...

JUANA ¿Cómo que tal vez?... ¡Todo queda olvidado ahora mismo!

NARC. (A Juana, compungido.) ¿Todo... señora Juana?...

JUANA ¡No, hombre, no!...(Sonriendo.) ¡Nos casaremos cuando quieras! (Dándole la mano.)

NARC. ¡Ay, gracias á Dios! .. (Volviéndose cómicamente á Roberto y después de una reverencia.) Señor marqués de Benonville... que sea enhorabuena... ¡y *cuidaito* con el suegro! ¿eh?...

FIFITA ¡Eso... y cuidadito con regañar otra vez á mamá! (Todos ríen y la abrazan. Telón.)

FIN DE LA OBRA

JUICIOS DE LA PRENSA

El Liberal.

«Con muy buen éxito se estrenó anoche un interesante melodrama que, inspirado en una obra francesa, ha escrito el distinguido autor Gabriel Merino.

El público aplaudió con entusiasmo al autor y á los artistas.

El melodrama *Las dos noblezas* proporcionará muy buenas entradas á la empresa de Novedades porque es, como creo que he dicho ya, muy interesante.

Gabriel Merino ha demostrado una vez más su excelente buen gusto y la suma habilidad que le distingue para llegar al público. «Fué muy aplaudido.»



El Imparcial.

«Con éxito excelente se estrenó anoche el melodrama en cinco actos y un prólogo *Las dos noblezas*, traducido del francés por D. Gabriel Merino. La obra es muy apropósito para aquel teatro popular y tiene situaciones interesantes y de mucho efecto.

El traductor y los intérpretes obtuvieron frecuentes aplausos y llamadas á escena.

La lucha de las dos noblezas, la del blasón y la del alma, es fuente perenne de emoción y entusiasmo para el buen público de sentimiento y corazón. El filón no se ha agotado

aún, como se probó anoche en el espacioso teatro de la Plaza de la Cebada.

Las dos noblezas asegura de fijo el cartel de Novedades durante muchas noches.»

*
* *

Diario Universal.

«Los que gustan de emociones fuertes y aman el melodrama, fuente inagotable de ellas, tienen desde anoche donde satisfacer sus gustos. La obra *Las dos noblezas* tiene todo lo que pueden ambicionar; conspiraciones, registros policiacos, sacrificios salvadores, traiciones inconcebibles, envenenamientos con circunstancias agravantes, asesinatos más ó menos frustrados, despeñamientos terribles y el necesario arrepentimiento final, sin el cual renegarían los autores de melodramas de Piserecourt, su indiscutible «gran padre».

Las dos noblezas, la de los pergaminos y la de los corazones, luchan en el melodrama que anoche vimos con todas las reglas del arte de ese género de esgrima y el Sr. Merino, autor de la obra, puede estar satisfecho de haberla construído con arreglo á los cánones.................................

....

El melodrama, pues, resulta muy aceptable; interesa suficientemente, está escrito con corrección y con esto basta y aun sobra para que tengamos por justificado el buen éxito que anoche obtuvo.

Las dos noblezas, tal como anoche resultó, es obra para sostener durante muchas noches el cartel y proporcionar muchas entradas.»

*
* *

La Correspondencia de España.

«El melodrama de Gabriel Merino *Las dos noblezas*, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa y estrenado anoche en Novedades, obtuvo desde los comienzos éxito lisonjero y franco.

Gabriel Merino, hombre de teatro y conocedor experto de los resortes escénicos, ha conseguido lo que se propuso: escribir un melodrama con todas las de la ley, pues si bien en los primeros actos el interés decae en alguna escena, por lo anticuado del original, en otras se mantiene grandemente. El acto cuarto es de mucho efecto é impresionó muy hondamente al honrado público de Novedades. El desenlace es rápido y simpático. Merino fué llamado á escena muchas veces, y todo hace creer que su nueva obra dará dinero.»

*
* *

El Correo.

«El melodrama estrenado anoche *Las dos noblezas*, adaptado del francés por el distinguido escritor Sr. Merino, obtuvo desde el principio éxito satisfactorio Habilmente construído despierta en el público gran interés arrancando aplausos además en las numerosas situaciones de gran efecto que contiene.

Todos los actos gustaron, especialmente el cuarto que fué objeto de una atronadora ovación. El público premió la inteligente labor del Sr. Merino obligándole á salir muchas veces á escena al final de cada uno de los actos.

La obra creemos dará dinero.»

*
* *

Heraldo de Madrid.

«Sobre el pensamiento de una obra francesa escribió Gabriel Merino *Las dos noblezas*, melodrama que se estrenó anoche con gran éxito en el teatro de la Plaza de la Cebada, único para el que se usa ya la literatura terrorífica y espeluznante.

En el principio, la obra es un poco lánguida, pero crece el interés á medida que se avanza en ella, hasta llegar al cuarto acto que es de gran efecto é impresiona al público de la galería.

En los actos segundo y tercero, y al terminar la obra, tuvo

que salir el autor diferentes veces ante las reiteradas instancias del público.

Nuestra enhorabuena á la Empresa y al Sr. Merino.»

***

El Globo.

«El melodrama es interesante si los hay, y los de la galería se entusiasmaron de veras, aplaudiendo muy calurosamente á Gabriel Merino. Este, que conoce muy bien los gustos del público, ha puesto en la obra varias situaciones dramáticas de las que acreditan á un autor, aunque no se ha cuidado mucho de la forma.

El éxito fué franco y sincero, y la obra durará mucho tiemdo en los carteles de Novedades.»

———

OBRAS DE GABRIEL MERINO

Pescar en seco.— Comedia en un acto y en verso.
Frutos coloniales.—Zarzuela íd. íd.
Curriyo el Esquilaor.—Parodia de *San Franco de Sena*
La pequeña vía.—Revista.
Carambola rusa.—Zarzuela.
La Iluminada.—Parodia de *La Bruja.*
Timos conyugales.—Zarzuela.
¡Pum!—Juguete cómico-lírico.
Juzgado municipal.—Sainete lírico.
Redoble.—Juguete cómico en prosa.
Los Reyes Magos.—Bufonada cómico-lírica.
¿Quién es el calvo? (1).—Juguete lírico.
El día de la Ascensión (2).—Zarzuela.
Miss Erere.—Parodia de *Miss Helyett.*
Los juicios del día.—Sainete lírico.
Fantasía morisca.—Zarzuela.
La venida de Jesús ó la estrella con rabo (3).—Apropósito.
La del capotín ó con las manos en la masa.—Parodia de *La de San Quintín.*
Las hojas del calendario (4).—Revista cómico-lírica.
El muñeco.—Bufonada lírico-fantástica.
Los Africanistas (4).—(Tercera edición). Humorada en un acto y tres cuadros.
Cepa-Club (5).—Extravagancia en un acto y cinco cuadros.
Números primos.—Juguete cómico-lírico.
Academia de hipnotismo.—Juguete cómico-lírico.
Mancha, limpia... y da esplendor.—Parodia del drama *Mancha que limpia.*
La esposa del Señor.—Zarzuela cómica en un acto y en verso.
Tortilla al ron.—Zarzuela bufa en un acto y en verso.
Cerveza amarga.—Juguete cómico-lírico en un acto.
Plan de campaña.—Juguete cómico en un acto.
La cueva del lobo.—Zarzuela en un acto y tres cuadros.
Los adelantos del siglo.—Humorada en un acto y tres cuadros.
Los toros sueltos.—Zarzuela cómica (6).

El mentidero.—Revista cómico-lírica en un acto y cinco cuadros (Segunda edición refundida) (4).
Sonambulismo.—Diálogo cómico en verso.
El paraiso perdido —Bufonada en un acto y tres cuadros (7)
El sueño de una noche de verano.—Fantasía cómica (8).
El Rey de Lydia.—Comedia en un acto y en verso. (Segunda edición)
Cytrato?... ¡De ver será!—Parodia de *Cyrano de Bergerac* (8).
La feria de Sevilla.—Humorada en un acto y tres cuadros, en verso y prosa.
Fruta del tiempo.—Apuntes para escribir una fantasía cómico-lírica-invernal en un acto dividido en cuatro cuadros y un prólogo, en prosa y verso.
A cuarto y á dos!...—Zarzuela cómica en un acto y tres cuadros en verso, parodia del drama lírico *La cara de Dios* (8).
El cuerno de oro.—Zarzuela cómica en un acto original, y en verso (9).
Pajarita de las nieves.—Comedia en un acto y en verso.
Electroterapia, humorada en un acto y tres cuadros, en verso, parodia de *Electra.*
La hermana de la Caridad, comedia en un acto y en verso.
El debut de la Ramírez, zarzuela cómica en un acto, original y en verso.
Sueño de invierno, fantasía cómico-lírica en un acto, cuatro cuadros, original, en verso y prosa.
Los cuatro palos, juguete cómico en dos actos y en prosa (8).
El cuñao de Rosa, zarzuela cómica en un acto y tres cuadros, en verso, parodia de la zarzuela *El puñao de rosas.* (Segunda edición) (10).
Los hijos del mar, zarzuela en un acto y tres cuadros, original y en verso.
Las dos noblezas, drama en cinco actos y seis cuadros, precedido de un prólogo en dos; inspirado en una obra francesa, en prosa.

---

(1) En colaboración con D. Enrique Zumel. (2) Idem íd. con don Salvador Granés. (3) Idem con Fernández Caballero (hijo). (4) Idem con López Marín. (5) Idem con Limendoux y Rojas. (6) Idem con Jiménez-Prieto. (7) Idem con Jackson Veyán. (8) Idem con Celso Lucio. (9) Idem con Calixto Navarro. (10) Idem con Antonio Candela.

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudulento todo ejemplar que carezca del sello de la *Sociedad de Autores Españoles*.